

FRANCISCO CASAVELLA

---

*El Secreto  
de las Fiestas*



ANAGRAMA  
Narrativas hispánicas

## Índice

PORTADA

1. SOY RARO

2. MI ABUELO ME EXPLICA QUÉ ES UN HOMBRE-TACHÁN Y DE PASO ME CUENTA SU VIDA

3. MI ABUELO CASI ME EXPLICA EL SECRETO DE LAS FIESTAS Y, COMO ESTABA PREDICHO, SE ENCIERRA

4. MI ABUELO CONTINÚA SU ENCIERRO Y YO ME VUELVO RARO

6. LOS DE LA CIUDAD SON MÁS RAROS QUE YO

7. ME ABURRO, ENGAÑO A MI PADRE Y SIGO MI CAMINO DE RARO

8. TODOS VUELVEN AL COLEGIO MENOS YO, QUE EMPIEZO

9. MARCAS DE COCHES Y FUTBOLINES

10. CONOZCO A CHENTA, ME CUENTA UNA HISTORIA Y ENTIENDO ALGUNAS COSAS

11. TODO VA MUY BIEN Y TODO VA MUY MAL

12. CUESTIÓN DE UN POCO MÁS O UN POCO MENOS

13. YO TAMPOCO ERA SUPERSTICIOSO

14. LA GRAN JEFA CICATRIZ

15. ¡ESCONDAN A LAS CRIATURAS! ¡LLEGA EL RARO!

16. UNA COMIDA INFORMAL

17. UN MODERNO EN MADRID

18. EL FUTURO ASESINO DEL PECOS, EL PESCADOR DE PECECILLOS Y EL GALLEGO MODERNO

19. ESTOY MUERTO Y NO LO SÉ

20. ¿ALGUIEN ME EXPLICA QUÉ ES EL SECRETO DE LAS FIESTAS?

NOTA DEL AUTOR

CRÉDITOS

*Para María*  
*Para Jaime Escudero*

## 1. SOY RARO

Soy un raro de concurso. Un ni por qué, ni para qué, ni dónde. Un tostadora y un cafetera soy. No de los que van por el mundo con un embudo en la cabeza. Tampoco un raro de esos mayores que se ven en los futbolines con la boca pegada a la oreja de los chavales, que les invitan a una Fanta y los chavales se ponen a gritar: «¡Déjate de Fantas y cómprame una Cota 49 o llamo a un guardia!» De esa clase de raros no soy, porque ahora soy mayor, pero no mayor, mayor. Mi rareza es de marciano en misión especial en la Tierra, que disimula el día entero, todos le siguen mirando y el marciano no sabe por qué, y resulta que le miran porque es verde. Soy raro como una vaca jugando al millón. Y digo bien lo que estoy diciendo, porque sé de vacas y al millón domino. Además, en esto de la rareza he conocido a unos cuantos raros muy raros y puedo comparar.

He conocido a Cosme el del Coto, que perdió tres dedos de la mano derecha cuando le explotó la escopeta al dispararle al zorro, y ya siempre, al oír de noche cualquier ruido, salía a la puerta de su casa con un cuchillo y gritaba hasta cansarse: «*O raposo! O raposo!*» Toda la aldea le oía a lo lejos, y al oírlo, en mi casa justamente, y justamente en la cocina, uno cualquiera de mi familia, que también es bastante rara, asomaba la cara del plato muy despacio y levantaba luego las cejas. Entonces, un dedo modelo «mi reino no es de este mundo» señalaba hacia lo alto, y ese cualquiera de mi familia decía en voz baja: «Cosme el del Coto...» Y mi familia escupía a la vez en todo el suelo de la cocina, como ensayado. Y escupía mi familia porque Cosme el del Coto le hizo una vez algo a una prima de mi padre y ese algo se llama Ramoncito y también es bastante raro, porque se pasaba el día subido a los árboles y se ponía a imitar «glu-glu» a lo que el pobrecillo creía que eran arrogantes halcones, hasta que un día un cazador, que podía ser otro, pero aún no se sabe si era el mismo Cosme el del Coto, aunque algo se dice, le pegó un tiro al árbol y casi le da a Ramoncito y entonces Ramoncito bajó del árbol y se metió en la pocilga y se puso a imitar a los cerdos, pensando que sería la nueva una vida más acomodada, una buena colocación, por así decirlo, y ya se lo llevaron unos hombres a un sitio que le dijeron que estaría muy bien y

habría sábanas limpias todos los días. «¿Y pampam?» «No, Ramoncito, nada de pampam, calma y súbete al motocarro...»

Raros... He conocido a Fusco de Curros, que se emborrachaba todos los domingos y entonces se creía que era invisible y se iba desnudo hasta un llano donde los hombres de la aldea jugaban a los bolos y empezaba a gritar: «¡Tontos! ¡Soy el hombre invisible y no podéis verme! Os da miedo, ¿verdad?» Y los hombres aquellos, unos mendas en conjunto, hacían que no veían a Fusco de Curros, aunque Fusco de Curros se dedicara a patearles y a quitarles la boina y a hacer monerías saltando delante del que iba a tirar la bola. Luego, de tan borracho que iba, Fusco de Curros se ponía a dormir bajo un castaño y cuando se despertaba se veía desnudo, no se acordaba de nada y salía corriendo y todo el mundo le gritaba y le decía: «Pero Fusco, ¿qué haces desnudo?» Yo me hinchaba a reír, porque era bastante divertido hacer como que no veías a Fusco de Curros y luego empezar a darle la bronca cuando se despertaba.

¿Y qué hay de las raras? Pues también. He conocido a Chenta, de la que ya contaré más cosas. Ahora solo diré que Chenta, en su rareza, no le veía razón ni emoción a lanzar cohetes hacia el cielo y prefería tirarlos, una vez encendidos, queda claro, contra la gente que hacía barbacoas en el jardín de la casa de cada cual. Tomen nota de la Chenta.

Y podría seguir hasta quedarme solo. He conocido a Josep Trabal alias el Monstruo, alias la Bestia Parda del Interior del Bosque, que empezó entrando en las papelerías a mangar gomas de borrar que no le servían para nada, porque para utilizar las gomas de borrar hay que haber utilizado antes el lápiz y para eso hace falta saber escribir o dibujar y el Monstruo tenía dificultades, pero que muchas, para esa actividad y algunas otras, y luego se puso a quitarles las marcas a los coches con un destornillador, que parece más difícil, pero no para el Monstruo, y luego se dedicaba a despistar las existencias de Bonys y de Pentavins de los colmados, y luego a atracar viejecitas y ya bancos monetarios directamente. Y cuando el juez de menores le preguntó a la Bestia Parda del Interior del Bosque:

—¿Por qué has hecho todo eso, hijo?

Yo no estaba, pero así hablan los jueces fílmicos.

—Porque me enciende más que el churro media manga.

Así mismo se lo dijo. Aparte de hijo de puta, que lo es, ¿hay rareza en las sucias entrañas del Monstruo o no? ¿He conocido gente rara o no? Porque

también he conocido al Hombre Que Iba A Matar Al Pecos, he conocido al Filósofo Pedófilo... Pero de todos los raros que he conocido, a lo mejor por ser el primer caso y por quedárase grabado muy profundo en la cabeza, el más raro de todos es mi abuelo.

Mi abuelo era famoso en toda la comarca por la moto Guzzi y por los disparates que decía. Lo de la moto Guzzi no tendría mayor importancia si no fuera porque mi abuelo pasaba de los ochenta años y conducía como un Billy el Niño. El asunto de los disparates ya se irá viendo.

Mi abuelo se levantaba muy temprano y en el tazón donde la gente normal coloca medio litro de leche, un poco de café y algo de pan hecho migas, el viejo iba echando aguardiente hasta que aquello rebosaba. Y para adentro. Luego hacía una lista de la compra que solo entendía él y saltaba encima de la moto. No diré dónde vivíamos para que nadie se acerque por allí a burlarse, pero daré una pista: las carreteras son curva a la izquierda, curva a la derecha, curva a la derecha otra vez, curva a la izquierda, hasta que ya solo tienes ganas de bajarte y meter los dedos en un enchufe. Llueve casi todo el día. Hay árboles para dar y para regalar, aunque se regalen poco, que hay mucha herencia en juego. Está lleno de vacas imbéciles que se comen la hierba a todas horas y aún hay hierba para siglos. También hay perros, cerdos, gallinas, conejos y todo lo que sale en los dictados y en las redacciones que se llaman «Mi granja». Pues por ahí iba mi abuelo a tropecientos por hora. A izquierda, a derecha, venga. Una mañana vinieron a decirnos que una pareja de la Guardia Civil había detenido a mi abuelo un momento después de que la Guzzi hubiese adelantado a un turismo por la derecha, y después de hacer un ocho, regateara por la izquierda a un carro hasta los topes de hierba seca que venía en sentido contrario, levantase rueda para saltar la cuneta, un poco de cross en el monte con slalom entre eucaliptos y otra vez en la carretera. Echado el freno, quietos todos ya, la Guardia Civil y mi abuelo habían mantenido la siguiente conversación:

–Tú, Paco –mi abuelo se llamaba Paco–, ya no tienes papeles, ¿verdad?

–Verdad.

–Ni documentación ninguna.

–Ni documentación ninguna.

–¿Y cuándo naciste?

–Decírtelo, no te lo sé decir, pero cuando mataron a Canalejas yo ya había levantado cuatro faldas.

A la hora de comer, la moto de mi abuelo llegaba rugiendo a la puerta de casa, el motor tosía en lo último de la asfixia y mi abuelo gritaba «¡Que viva la Virgen, pero que no viva tan lejos!», un chiste muy suyo que solo él entendía, y entraba en la cocina, los ojos en sangre a más no poder, colgaba la boina en el perchero y nos decía que no había encontrado nada de la lista porque todo estaba cerrado.

–Lo que tuvieron que cerrar cuando te fuiste fue la taberna –decía una de mis tías, Consuelo.

–Agotó las existencias –decía la otra, Brígida–. Para sujetar velas servirán las botellas ahora...

–Y dos que yo me sé, para vestir santos, sirven...

El abuelo se reía, el bellaco, mientras miraba a otro lado y empezaba a canturrear «Vamos a la conga, todos con la conga...», repicaba sobre la mesa con los cubiertos y, cuando le plantaban en las narices el primero de los tres tazones de caldo que se tomaba a esas horas, daba un manotazo en la mesa y bramaba:

–¡Para que los negros digan luego que no tenemos ritmo! ¡Que nos llaman gallegos, y no por nación, que nos lo llaman por torpes!

Su almuerzo era, por orden de prioridad, una botella entera de vino tinto, dos platos bien cargados de ternera con patatas y un cuarto de queso. Y cuando decía «La verdad es que tienen razón los negros: miro en derredor ¿y qué veo? ¡Sachapatacas...!», todos sabíamos que se refería a la falta de ritmo o de viveza de los paisanos o de los aparceros que trabajaban para nosotros, que les llamábamos los Lechuzos, pero nunca en la cara, y que según el abuelo nos estafaban siempre y en todo, y que se iba a echar la siesta.

Cuatro horas de siesta tirando bajo. Roncaba que parecía que alguien en el piso de arriba cortara muebles con un serrucho.

Hasta una hora después de la siesta no se hablaba con nadie, y el que se acercase a él durante ese tiempo era recibido con una bacinilla en medio de la frente y una tormenta de insultos en varios idiomas, que ahí se le notaba un pasado viajero.

El resto del día lo dedicaba a reconciliarse con todo el mundo, aunque nadie le hacía ni caso. Bueno, yo. Así que nos íbamos a dar un paseo bosque adentro.

Ahora tengo que explicar qué hacía yo allí, porque si alguien lee esto imaginará que había nacido entre árboles, entre curvas, entre vacas tontas.

Pues no. Yo era de Barcelona, y en la Ciudad Condal estuve viviendo hasta los seis años con mi padre, ya que mi madre murió en mi parto. Mi padre es músico y durante esos años daba clases en una academia con su horario normal y su sueldo. Pero por lo visto la academia cerró y no había tenido más remedio que entrar en una orquesta que tocaba por las noches hoy aquí y mañana allá. Lo mismo que hacía de soltero. Aunque es más bien pianista, parece que hay más demanda de trompetas y la trompeta es lo que toca. Así que decidió enviarme a vivir con mis tías y mi abuelo, aunque mi abuelo no contó mucho en la decisión. A mí se me dijo que iba a pasar un verano con las tías en el campo y parece que contesté: «Pues bueno.» Pero el verano se acabó y yo seguía allí y me quedé una buena temporada que fueron ocho o nueve años.

Me había dejado a mí mismo a punto de empezar a pasear con mi abuelo por el bosque. Aquí estamos otra vez. En aquellos paseos, mi abuelo nunca me enseñó cómo se llamaban las flores, los árboles y los animales. Decía que no tenía ni idea y que en mala hora había aprendido a nombrar alguno. No contaba historias fantásticas sobre aquellos caminos oscuros como hacían mis tías, ni hablaba de modistas asesinadas hace mucho y siempre apareciéndose y queriendo decir el nombre de su asesino, pero sin poder decirlo porque tenían la boca cosida, a lo mejor por ser modistas. Yo, de meigas, de trasgos, de A Santa Compañía y todas esas cosas típicas de las que dicen que se habla junto al fuego del hogar en las noches lluviosas y oscuras, nunca oí nada, ni falta que hace. Modistas y punto. Y a mi abuelo diciendo, y gritando cuando le daba por ahí, que aquello no eran más que mamarrachadas.

—Son cretinos que ni te lo imaginas, Danielucho. —Me llamaba Danielucho o Lucho y a mí aquello me recordaba a «aguilucho» y, en fin, me gustaba. Aunque me podía haber recordado a lechuzo como los Lechuzos y no gustarme, pero entonces no caí y mejor no haber caído. Mi abuelo seguía hablando—: Yo solo creo en el Hombre-lobo y en el Hombre-tachán.

—¿Cómo?

—Ay, cuánta torpeza en esta criatura del Señor. Vamos a ver. Dos cosas que te tienen que quedar muy claras. Una: el Hombre-lobo. Dos: el Hombre-tachán. Existen y son demostrables empíricamente...

Así decía mi abuelo, y con un silencio de «cuánta razón llevo» se calaba la boina sobre la cara chupada y granate aquella que tenía. Yo no sabía qué significaba «empíricamente», pero a mí me recordaba a «imperio» y algo

grande y considerable y, bueno, bien. Mi abuelo decía cosas como esa una detrás de otra, por eso tenía la fama que tenía. Íbamos caminando, veíamos a unos cuervos picoteando en un pasto y me decía:

–Te doy un duro si adivinas cuál de los cuervos echa a volar primero.

Yo, por poner un ejemplo, señalaba el tercero empezando por la izquierda y, toma, acertaba. Entonces mi abuelo me decía:

–No vas mal, no vas mal... –Y nunca me daba el duro.

Otras veces, levantaba el bastón y vociferaba:

–¡Las vacas no son más bobas porque no se entrenan, ni entrenador que tuvieren!

Y eso era lo que se dice rutina, porque otras veces íbamos andando y de pronto se paraba y me miraba a los ojos, casi con pena:

–Danielucho, nunca te fíes de un filipino.

Un silencio.

–Prométemelo, Danielucho, por la memoria de tu madre.

Otro silencio. Y yo:

–Te lo prometo.

Otras veces me decía:

–Te voy a dar un consejo para toda la vida: nunca tomes anís. Jamás. Prométemelo.

Y se lo prometía. Y otras veces:

–¿Te has dado cuenta de que las vacas tienen nombre, Pinta, Marela, Gallega, etcétera, y los terneros no? Ni tienen nombre los cerdos, ni lo tienen las gallinas, pero sí lo tiene el perro.

El perro se llamaba King, aunque ahora no venga al caso. Pero eso me ha dado tiempo para hacer como que pienso. Y contesto:

–Pues no me había dado cuenta.

–Lo que te vas a comer se queda sin nombre, Lucho.

Ahí lo pillé.

–¿Y los gatos? Yo nunca he visto que nadie les llame nada a los gatos.

–Estupendo, estupendo... Ahora sigue, sigue pensando.

Casi vomito ahí mismo. Y mi abuelo, con su cara más diabólica, decía:

–Los Lechuzos, que nos quieren mal.

Hay más:

–Cuando se fue a Australia, Pedro pensaba que se hablaba gallego en todo el mundo, que el gallego era el idioma universal, vamos. A él lo de la Torre

de Babel le debió de parecer que estaba en Redondela y que la construcción se abandonó por algún pleito...

Eso lo decía porque muchas veces nos cruzábamos con Pedro, un tipo que nos saludaba haciendo reverencias y se tronchaba de risa cuando ya lo teníamos a nuestra espalda. Se ve que tenía cuentas antiguas con mi abuelo por ser primos segundos, aunque no por eso, que allí, además, todos eran primos. Mis tías decían que quien no era primo es que era hermano. Eso encerraba su malicia, parece, aunque ahora no viene a cuento. Lo que sí parece es que por ser primos, y por cosa de herencias, y por un ferrado de monte que te quito que me quitas, llevaban así un montón de años y lo de la risa era una provocación del otro, de Pedro, que conociendo el afamado carácter furioso de mi abuelo, digamos, se reía en su cara para que mi abuelo se lanzase a por él, denunciarle y recuperar sus ferrados. Un ferrado es como un acre en una del Oeste. Medir, algo medirá. Cuánto, no lo sé.

Mi abuelo seguía hablando:

–Aunque ese Pedro que pretende provocarme sin consecuencias, dada su escasa virilidad, por lo cual no haría sino deshonorarme si le diera en toda la cabeza con una piedra de molino hasta que los sesos se le derramaran, y que vengan sus hijos que les machaco también, aunque ese Pedro, digo, no alcanza la altura de Hombre-lobo, has de saber distinguir a los Hombres-lobo y huir de ellos, porque eres Hombre-tachán. Te lo noto. Es muy fácil ser Hombre-lobo y muy difícil ser Hombre-tachán. Lo malo es que se es una cosa u otra de nacimiento y no hay remedio. Piensa mucho en ello cada vez que dejes tu casa o vuelvas a ella. Y cuando consigas pensar en eso bien pensado empezarás a averiguar algo sobre el Secreto de las Fiestas.

–¿Qué es el Secreto de las Fiestas?

–Aún no te lo puedo decir. Porque si te digo el Secreto de las Fiestas, me tendré que encerrar para siempre.

Así que como no podía contarme el Secreto de las Fiestas, mi abuelo empezó a contarme la historia del Hombre-tachán.

## 2. MI ABUELO ME EXPLICA QUÉ ES UN HOMBRE-TACHÁN Y DE PASO ME CUENTA SU VIDA

–Vivimos malos tiempos, Danielucho, una racha que va durando, no sé, millones de años. Desde donde alcanza la memoria del hombre. Desde que el último de los dinosaurios, muerto de frío y sin un mal hierbajo que llevarse a la boca, fue a desplomarse en patética agonía sobre el Hombre-tachán en vez de hacerlo sobre el tozudo Hombre-sapiens. O lo que hubiera sido mejor, sobre el Hombre-lobo, que es el más terrible de los bichos que hay sobre la Tierra y el más ridículo para el que lo sepa ver. El Hombre-sapiens no podía estar cerca del dinosaurio, porque andaba ocupadísimo sacándole el fuego a la tribu vecina garrote en mano, o pintando vacas en las cuevas, o inventando la rueda y el comercio y el monedero de cremallera. El Hombre-lobo, que se confunde con mucha facilidad con el Hombre-sapiens, tampoco estaba cerca del dinosaurio, porque andaba precisamente siguiendo al Hombre-sapiens para confundirse con él y contarle el cuento de que solo era malo las noches de luna llena y bastante tragedia tenía con lo suyo, y que le aguantaran, y también le dominaba para quedarse con el mérito de todo y para inventar la Historia, con mayúscula, lo de las batallas, los romanos y el Cid y eso. Y tú me preguntarás: ¿por qué estaba el Hombre-tachán tan cerca del dinosaurio? Pues el Hombre-tachán estaba tan cerca del dinosaurio porque el dinosaurio tenía muy buena sombra. El Hombre-tachán dedicaba todo el día a bailar y solo a bailar. Y eso era mucho tiempo, porque hasta que inventaron el reloj el día tenía todas las horas que quisieras. Así que el Hombre-tachán no hacía más que bailar bajo esa sombra, aunque la dejaba de tanto en tanto para irse con las mujeres más guapas del Hombresapiens.

–¿Dónde?

–Por ahí, de paseo. Después de la calamidad del dinosaurio, el Hombre-tachán desapareció y no desapareció. Como se había ido de paseo por ahí con las chicas más guapas, alguna vez fueron saliendo Hombres-tachán como alguna vez sale de donde no debe un hotentote, un hugonote, un chino o tu primo Ramoncito, el que se subía a los árboles. Hay pocos Hombres-tachán

puros. Algunos llevan unas gotitas que se van evaporando con la edad y se convierten en perfectos Hombres-sapiens y entonces se pasan el día enfadados y diciendo: «¡Cómo me aburro!» y «¿Dónde he dejado las llaves?» y «Perdona, pero no tengo tiempo» y «Es lo que hay» y «Críalos para esto». O lo que es peor, con el tiempo quizá se conviertan, si lo llevan en la sangre, en perfectos Hombres-lobo. Porque todos los Hombres-lobo son un poco tachanes y tienen mucha envidia a los que lo son más que ellos y por eso, ya te digo, inventaron la Tragedia y la Historia y han hecho todo lo posible para que nadie sepa que los Hombres-tachán existen. Para casi todos, el Hombre-tachán está loco, o como mínimo es un tipo raro. Pero sin duda te estarás preguntando: ¿Por qué le toman por loco?

— ...

—Correcto. Paso por alto ese pasmo de idiocia «a la Ramoncito», que diría un francés, y simularé que me has preguntado lo que seguro te preguntarás cuando la sangre riegue tu cerebro un día. Me has preguntado, nieto mío, por qué al Hombre-tachán le toman ya por loco, ya por raro. Pues porque con su comportamiento pone en ridículo a los demás y les recuerda que no sirve de nada hacerse el importante. El Hombre-tachán nunca dice: «Yo soy de esa clase de personas que...» o «A ti lo que te pasa es que...». No da consejos. No sabe. No quiere. Al Hombre-tachán lo que le gusta decir es: «¿Te gusta la rumba? ¡Pues perdamos el rumbo!» También le gusta dar volteretas cuando nadie se lo espera, sobre todo encima de las mesas. O está hablando tan tranquilo con otro y de repente corre hacia la ventana abierta y se tira por ella en plancha para dar un susto de esos de broma, porque el otro no sabe que las ventanas están a ras de tierra, y a veces, la verdad, no lo sabe ni el Tachán, que se han dado casos. Y sobre todo, ya nieve o truene, más que nada en el mundo, al Tachán le gusta bailar. El Hombre-tachán busca divertirse porque sabe que el mundo ya está hecho, que no hay necesidad de estar haciéndolo todo el tiempo. Al Hombre-tachán también le gustan las puestas de sol y los claros de luna, pero no los mete en una botella, ni abre los brazos y dice unas palabras, ni organiza procesiones, ni juegos florales. El Hombre-tachán vive poco o vive mucho, vive demasiado o no vive lo suficiente, sobre todo si la ventana no estaba a ras... Si vive poco, a nadie le importa y muy pronto será olvidado...

—¿Y si vive mucho?

—Pues también le olvidan rápido. Eso sí, al Hombretachán, si se hace

mayor, ya desde jovencito, no te creas, hay una cosa que le importa por encima de las demás: el Secreto de las Fiestas.

—¿Y por qué no me explicas eso de una vez?

—Ya te dije que no puedo. Me tendría que encerrar. Si cuentas el Secreto de las Fiestas de joven, no pasa nada, pero si lo cuentas de viejo, te tienes que encerrar.

Y aquí el silencio típico.

—Voy a fingir otra vez que has mostrado una curiosidad inusitada, tan propia de tu edad, libre de pudores, y pese a mis negativas y mi estudiado aire de misterio has insistido terco como una mula en las causas, que sospechas intrincadas, por las cuales no puedo contar el Secreto de las Fiestas. Entonces, como no soy más que un viejo de apariencia huraña, pero en el fondo un dechado de bondad, quizá ceda y te explique algo que, si no resulta decisivo, pistas da. El Hombre-tachán no debe olvidarse nunca de la conga, de saber bailar la conga.

—¿Y qué es la conga?

—Para contestar a esa pregunta te tendría que contar mi vida. Y mi vida ha sido muy larga y muy azarosa. ¿Tienes algo que hacer ahora mismo?

—Según la tía Brígida, tenerte lejos de casa hasta la cena...

—De la misma piel de cabra endemoniada, tu tía Brígida. En fin... Si ni tú ni yo tenemos nada que hacer, te cuento mi vida. No la vayas explicando por ahí, que ya sabes lo mala que es la gente y tú, ahora, no sabes distinguir a un Hombre-lobo. Eso te podría hacer mucho daño. Yo me fui de aquí, de esta aldea, a los catorce años. Estaba en los prados de ahí enfrente, en A Meixuada, vigilando las vacas de mi padre, que pastando se hallaban junto al rumoroso arroyuelo. Cuando quise darme cuenta, había perdido una. A esa edad me pasaba el día papando moscardones y meditando sobre cosas que no vienen a cuento. Por eso perdí la vaca. Y una vaca es una vaca, y su pérdida, la catástrofe. La sola imagen de tu bisabuelo descargando un palo o algo más grande y puntiagudo encima de mí mismo provocaban un escalofrío de no te menees, también en mí mismo. No pasé por casa. No me acerqué por el pueblo. No pedí ayuda ni cobijo en lugar habitado. Caminé en dirección al mar días y noches y más días. Esquivaba los caminos, me agazapaba entre la niebla, me alimentaba de la fruta de los huertos, de berzas, de champiñones, y una vez maté un conejo y no supe qué hacer con él. Llegué a la ciudad, pregunté cuándo salía el siguiente barco y me dijeron que al cabo de un mes

zarpaba el *San Cristóbal* para La Habana. Pedí limosna. Cargué cajas en el muelle. Ayudé a misa por un par de hostias. Grité «¡Afilador!» por las calles, asociado a un afilador mudo. Robé. La noche antes de que el barco zarpase para La Habana, trepé por una cadena y me metí en la bodega.

»El barco zarpó. Pasaron los días y yo seguía metido en la bodega. Hambre. Tenía mucha hambre. Por eso, cuando me encontré con un saco de cebada me la comí toda. Después me comí el saco. Los días y las noches se sucedían y yo cada vez estaba más hambriento y mareado. Al cabo de una semana de navegación me descubrieron. El capitán se apiadó de mí como lo haría de los polizontes todos: trabajaría hasta pagarme el viaje de ida y el saco de cebada. Así que empecé a ir con capazos de carbón de la bodega a la sala de máquinas, y al revés, y vuelta a empezar, unas cien veces por jornada. Y ahora ya comía algo, pero no lo suficiente. Fue entonces cuando conocí a Evaristo Pujol. Evaristo Pujol trabajaba en la sala de máquinas, era negro retinto y se pasaba el día cantando “¡Ay, quién fuera blanco, aunque fuera catalán!” y otras cosas. Las otras cosas las cantaba en una lengua extraña, muy lúgubre. Pero aunque se pasaba el día cantando esas canciones tan tristes, Evaristo Pujol siempre estaba muy contento. Un día, me atreví a preguntarle el motivo de tanta alegría. “Porque voy de acá para allá”, me contestó. “¿Te parece poco?” Evaristo Pujol, medio tumbado entre sacos, la camiseta llena de manchas, sudando como un condenado a la horca, repicaba con los nudillos en las calderas al menor pretexto. Yo, un día, le imité. Los ojos de Evaristo Pujol, lo único de su persona que se distinguía allá abajo, se abrieron hasta asustarme de verdad.

»—¡Lo nunca visto! —exclamó—. ¡Un blanco con ritmo! ¿Tú no serás mulatito o algo así?

»—Pues no, don Evaristo, y a mucha honra —le contesté.

»—Ya veo...

»—No se enfade, don Evaristo, pero es que soy de un sitio en el que solo hay vacas y el único negro que he visto antes que a usted es al Chocolatero de Tanganika, que va vendiendo chocolate por los pueblos y me parece que no es negro de verdad, sino que se pinta.

»Evaristo Pujol se echó a reír. Daba su miedo al reírse, y no eran los dientes surgiendo de pronto en la tiniebla de las entrañas del buque. Era que se reía con los brazos, con las manos, con todo el cuerpo. Una risa general era aquello, la revuelta...

»—¡Ay carajo con el gallego comemienda...!

»Así que se le pasó el enfado y durante el resto del viaje, entre hollín y grasa y jergones pulgosos, me enseñó percusiones y canciones y maneras de cantar que, además de divertirnos bastante, aliviaban el hambre que pasábamos. Evaristo me dijo que en La Habana había mucha competencia entre los músicos, pero que de prepararme a conciencia ganaría mucho dinero, porque siendo blanco tendría las puertas abiertas con mayor facilidad. Y además me dijo: “Siendo músico también irás de acá para allá, pero arriba, en cubierta, y no tendrás que ir imaginando lo que ves y lo que no ves.” Se conoce que el pobre Evaristo todo lo imaginaba y nada veía. Nunca he sabido por qué le hice caso. Ganarse la vida como músico en La Habana era muy difícil, demasiada competencia, y uno no conseguía sobrevivir así como así. Pero yo estaba destinado a seguir el consejo de Evaristo Pujol, porque los Hombres y las Mujeres-tachán se reconocen entre ellos, y durante la vida se van apareciendo los unos a los otros para hacerse el bien, no como el fantasma de la modista con la boca cosida, que por lo visto no tiene nada mejor que hacer en el otro mundo que volver a este para asustar al que va solitario por los caminos, al que duerme tan ricamente bajo el manzano, o al que ha cometido un crimen imperdonable. Los Hombres y las Mujeres-tachán se aparecen en la vida de forma normal. Solo se les distingue porque te cuentan una cosa muy rara, pero que tú, en el fondo de tu cabeza y de tu sentimiento, tenías muchas ganas de que te contaran. Y, normalmente, esa cosa rara forma parte de una historia...

Entonces levantó el bastón, me dio con la goma de la contera en el pecho hasta casi mosquearme y me dijo:

—Algo ahí dentro te dirá si se te aparece en la vida un Hombre o una Mujer-tachán. ¡Pero vigila que no sean un Hombre-lobo o una Mujer-lobo! Vigila bien, porque se confunden y te puedes quedar con cara de tonto por dos razones. Que has sido tonto es la primera y principal. La segunda es lo implacable del destino, siempre presto a hundir la existencia de los Tachán. Sigo con el relato de mi vida. Llegué por fin a La Habana. Trabajé en el muelle, dormía en el muelle y durante mucho tiempo pensé que del muelle no salía. Por fin, conseguí un trabajo de mozo de cuadra en casa de los señores de Gárate. Día y noche. Solo me dejaban salir tres horas el domingo para ir a misa. A mí siempre me han visto cara de monaguillo y, allí, en misa, me puse a ayudar. Un día, le pedí de rodillas al cura que me enseñara a tocar el piano,

porque a mí me parecía que él lo tocaba muy bien. El cura me dijo que al órgano de la iglesia ni acercarme, pero me pintó un teclado en una madera con sus teclas blancas y sus teclas negras y las notas que representaban, y me aconsejó que practicara todos los días. Yo, antes de irme a dormir, practicaba y me imaginaba los sonidos y me imaginaba también que unía ritmo y melodía como en un juego de manos en lo que luego me enteré que, como todo, ya estaba inventado y se llama tumbao. Allí, entre aquellos caballos, estuve más tiempo del que quisiera haber estado y me hice demasiado mayor, tan mayor para ser mozo de cuadra que la gente ya me tomaba por tonto. En La Habana, la prosperidad iba en aumento y todo el mundo ganaba su dinero. En cambio, yo seguía arrastrando los caballos por la calle como antes había arrastrado las vacas. Y me encontraba caras conocidas, gente de esta aldea y del pueblo y de otros pueblos cercanos que iba tan elegante con sus trajes nuevos y presumía todo lo que podía y también me tomaba por tonto como casi todo el mundo, porque me pasaba la noche pegándole manotazos a un trozo de madera como si fuera un piano y porque me había escapado de casa al perder una vaca.

»—¿Te la trajiste contigo, Francisco? ¿Os escapasteis juntos? ¿Tan enamorados estabais?

»Ese era el tipo de cosas que me preguntaban. Y se reían. Y su risa se perdía calle abajo. Yo me quedaba bajo el sol como un pasmarote, mientras seguía mirando con rabia aquellas espaldas encorvadas, aquellas toses y espasmos risueños, las manos en los bolsillos y ese renquear de paleta con el que tan pistonudos se veían y esa fama ridícula nos da a los gallegos allende los mares. Y pensaba para mis adentros: “He aprendido a tocar el piano, y algo la guitarra, y no del todo mal. Tiene que llegar el día de mi suerte.”

»Ya pasaba de los veinticinco años. A las mujeres solo las conocía de lejos o en pintura. Las chicas que trabajaban en casa de los señores de Gárate no se hacían conmigo, porque también pensaban que era tonto y estaba medio loco. Con el resto, no tenía tiempo. Un día, uno de los capataces de los señores de Gárate me dijo que los amos iban a vender la mayoría de los caballos, porque ya no les servían para casi nada, así que yo tampoco servía de nada. Después de diez años de servicio me veía en la calle con unos pocos ahorros. ¿Qué hacer con esos ahorros? ¿Volver a España? Nada de eso. Me compré un peine, un sombrero panamá, unos zapatos de dos colores y una guitarra. Además, tenía un plan. Fui por las tabernas de mis paisanos, esos mismos que

se reían de mí porque había perdido una vaca en la aldea, me acercaba al mostrador, encajaba esa sonrisa con la que me recibían, una sonrisa que contaba toda una historia, la de la vaca mismamente, aunque yo, sin hacerles caso, les preguntaba:

»—¿Tienes trabajo?

»—No. Estas vacas tenemos y con estas vacas aramos —me contestaban. Les hacía mucha gracia sacar las vacas en la conversación. Luego se reían. Se reía el dueño. Se reían a mi espalda. Todos reían.

»Fue entonces cuando puse en marcha mi plan. Acercaba la cabeza al oído del dueño y le decía:

»—Bien sé que tu hermano el guardia civil se ha creído que es una señal de tráfico y se pinta de rojo todos los días y se pone en los cruces. Y aunque yo sea tonto y no sepa mucho, me parece que las señales de tráfico no llevan canesú.

»Se acabó la risa. La risa se les iba no se sabía dónde como a mí se me había ido la vaca. Las noticias de por aquí, de la aldea, solían llegar a La Habana antes que las de la propia Habana y uno se enteraba de todo. Los chismes de los paisanos los sabía todo el mundo, pero, como en todos los sitios, las víctimas del chisme creen que solo lo saben ellos.

»—¿Qué quieres? —me preguntaba entonces el dueño.

»—Pues que me dejes cantar y tocar la guitarra aquí los lunes, miércoles y viernes. —Y como enseguida me daba cuenta de que el hombre me había cogido miedo, pues arriesgaba—: Y los martes y los jueves, pues también.

»No, no digas nada. Ya sé que esas cosas que hacía, esos chantajes, son propios de los Hombres-lobo. Pero los Hombres-lobo no tienen entrañas y cuando hacen esas cosas creen que en el fondo tienen razón para hacerlas y entonces, de cara a los demás, se inventan la Tragedia. Pero yo no tenía tragedia. Yo era un Hombre-tachán puro perdido en una isla y que no se divertía. Muchos años anduve por las tabernas. Entraba allí y me ponía a cantar las canciones que me había ido inventando a lo largo del tiempo, adornadas con ritmos tropicales: “Ni vaca, ni lluvia”, “Besos de vaca”, “Vaca infame”, “Una vaca en el cafetal”, “El danzón tolón-tolón” y otras. Y aunque no digo que aquellos sones fueran propiamente un éxito, arrancaban del respetable cierta reacción, la carcajada vil. Pero bueno: tenía para comer, para dormir y para ver a Olga los sábados y los domingos. ¡Ah! ¡Te pillé! ¿Quién es Olga?, te preguntas, ¿de dónde sale esa Olga que tan callado me tenía?

¿Era Olga una Mujer-tachán o una Mujer-loba? ¿Era Olga, Olga? Ojalá pudiera, Danielucho, contestar a tus preguntas. Nunca lo sabré. Solo sé que me enamoré como un incapaz mental cuando la vi por la calle y me dijo:

»—Estás a punto de conseguir lo que buscas.

»—¿Y qué busco?

»—Lo encontrarás siguiendo a Olga.

»Y aquella mulata echó a andar y a mirar para atrás y hacerme así, ven, con la mano, pero yo no sabía qué me estaba diciendo. Así que esperé a la semana siguiente y a la otra y ya me pasé todos los sábados y domingos sentado en aquella calle esperando a que Olga pasase. ¡Y vaya si pasaba Olga! Iba siempre acompañada de señores. Señores altos, señores bajos, señores gordos y muy gordos, señores con bigote en uve, en línea, en herradura, señores con bastón, con pajarita, con reloj de bolsillo. Y Olga siempre se balanceaba al caminar como si el caminar de las mujeres lo hubiera inventado Olga y el ritmo lo hubiera inventado Olga y el tumbao Olga lo hubiera inventado. Cuestión de un aquí voy, aquí vengo, un poquito más y un poquito menos, toma, venga, toma, venga. Y a mí eso me decía algo más que lo que estaba claro que me decía. Eso es importante, Danielucho. Pero no siempre lo importante es a lo que más caso hacemos. Y yo a lo que hacía caso era a que Olga al pasar por mi lado siempre decía cosas de mí, que no sabía yo qué decía, al del bigote o al de la pajarita o al del reloj de bolsillo, que estaba yo sentado, como en el macetero de una palmera, como en un poyo de piedra, con mi única camisa blanca, siguiendo el compás de Olga. Y aquel compás del cuerpo de Olga lo seguía igualito que los negros ríen. Con ojos, dientes, manos, pies y variados miembros lo seguía. Y Olga y el otro se carcajaban hasta perderse calle abajo por el lado de la sombra. Y se me saltaban las lágrimas. Y los treinta ya no los cumplía. Muy ridícula es esa afrenta para alguien que no cumple los treinta.

Ahí intervenía yo después de mucho callarme y mucho pensar. Mi conclusión era impepinable:

—No entiendo... —decía.

—¿Y qué has de entender? Yo sí que entiendo algo al verte. Pasa una generación y viene otra y la que viene es más lerda aún que la que está. Y tú vienes, no detrás de mí, sino detrás de más atrás.

—Pero no me has contestado, abuelo. ¿Qué es una afrenta?

—Un mueble... Lo dejamos y volvemos a La Habana. Lo curioso, fíjate

bien, Danielucho, es que a mi lado siempre se sentaba un viejo con pata de palo y sin dientes. Además, al viejo le faltaba un brazo y media nariz. ¿Te he dicho ya que era jorobado? Pues ese viejo se dedicaba a mirarme como se mira a un bicho. Como si el bicho raro fuera yo, quiero decir, fíjate tú. Y me decía a veces el viejo:

»—Tú quieres saber más de Olga, ¿verdad?

»Y yo decía que sí, sacando la lengua como un perro al que le enseñaran un hueso, y el viejo cojo y desdentado me decía entonces:

»—¿Y si Olga es lo que parece y solo eso, y a ti te han sacado de yo no sé dónde ni cómo, que hay que ser imbécil y mucho?

»Aunque al viejo ni caso le hacía, estaba muy triste y me dedicaba a componer canciones que cantaran mi amor por Olga: “Cien años con Olga”, “Olga o nada”, “Olga: abismo”, “Sabor a Olga”. La clientela ya estaba harta de mí y de Olga y se ponía a gritar: “¡Pesado!” y “¡Déjate de olgas!” y “¡Preferíamos la vaca!”. Y abandoné la música. Ahí me tienes, humano despojo, días y noches en el fondo de las tabernas hasta que me caía al suelo y me echaban y ya no podía más.

»Sin embargo, una noche memorable, recién expulsado de la taberna, tumbado sobre la acera, escuché acercarse, como entre sueños, el rítmico paso de una pata de palo. Levanté la cabeza como pude y entonces descubrí por partida doble y como un borrón al ciego chepudo, manco, cojo y desdentado. “¡Yo sé dónde está Olga! ¡A ver si me alcanzas!”, me dijo. Atontado como estaba, no pensé mucho si me estaba tomando el pelo o no. Me levanté como pude, con mucho esfuerzo, y miré en todas direcciones. El cojo, por llamarle algo, doblaba la esquina. Fui hasta allí. El cojo se estaba subiendo a una guagua que iba a las afueras. Esperé al siguiente vehículo y me fui yo también a las afueras. Aquí tengo que decir que no volví a ver al viejo aquel en toda mi vida, ni a Olga. Llegué a las afueras. En un descampado se estaba celebrando una fiesta y todo el mundo iba disfrazado. Era Carnaval y yo sin enterarme. Antorchas encendidas aquí y allá, olor de palma quemándose, voces y gritos que significaban muy poco para alguien tan atontado como yo. De pronto, me vi envuelto en un torbellino. Rugido, estrépito, barullo, máscaras, África, mujeres altas, mujeres bajas, hombres gordos y altos y niños. Estalló la tormenta y la estampida se volvió unánime. Sonaban bongós, sartenes y cacerolas, maracas, güiras y claves, cencerros, marímbulas y botijas. Tumbadoras retumbaban por doquier. Y entonces,

medio mareado, me arrastraron hasta el estómago de una enorme serpiente. Sí, Danielucho, eso es lo que era: una serpiente infinita recorriendo toda Cuba. La gente se cogía de la cintura, se colocaban unos detrás de otros, y siguiendo el ritmo daban a la vez un pequeño salto en los compases pares, levantaban una pierna y gritaban: «¡CONGA!» ¡Era la conga, Danielucho! ¡El género cantable y bailable! ¡El ideal de vida del Hombre-tachán! ¡La conga de Jaruco ahí viene arreando!

»Ya lo tenía. Estaba entusiasmado, en medio de aquella gente y levantando la pierna en los compases pares. Tenía que olvidarme de Olga y de las vacas. Tenía que unir mis fuerzas con otros músicos y extender la conga alrededor del mundo. Volví a recorrer las cantinas, pero esta vez no era para cantar de amor y de vacas: buscaba músicos competentes y entusiastas. Cuando los encontraba, les exponía mi idea: teníamos que glorificar la conga, ser su bandera en el panorama internacional. Muy pocos me entendieron. Solo un puñado de valientes: Gladys Ulldecona, nuestra voz femenina, que solo tartamudeaba fuera del escenario; Barbarito “Leporino” Gómez, hábil trompetista, con todo, y mejor que uno que yo me sé, por cierto; Oswaldo “Ratón” Cisneros, “Un metro veinte de voz caliente”; los percusionistas Lino y Humberto O’Sullivan, los gemelos, pelirrojos por fuera, negros por dentro; Elpidio “la Malaria” Macapagal, dudoso violinista de origen filipino, y un servidor, Francisco Basanta, al piano y dirección orquestal. Danielucho, te estoy presentando al septeto Los Huracanes. Todos menos uno éramos Hombres-tachán y yo me había aparecido a ellos en el momento adecuado y les había contado lo que deseaban escuchar en el fondo de su cabeza y de su sentimiento. Nos empezaron a contratar en los salones de baile y en algunos circos. La conga gustaba, tenía que gustar, todo el mundo olvida sus penas con la conga. Hicimos una gira muy exitosa por la isla. Cruzamos el Atlántico. Llegamos a París. Encargamos el elegante traje de Hombres-tachán a la modista del Gran Casino de París, Zenelle, esas camisas de mangas con volantes, verdes, azules, rojas, que han pasado a la posteridad de un modo ridículo, porque las copió un Hombre-lobo, Xavier Cugat, y la jauría entera de un sitio llamado Hollywood. Nos hicieron una y mil fotografías, visitamos los salones, giraba la bola en la ruleta, saltaba el tapón de la botella de champaña y brotaba la espuma y chorreaba y sonaban Los Huracanes y su ritmo tropical. El Bagdad de París, el Sporting Club de Montecarlo, Le Touquet de Biarritz, el Grosvenor House de Londres, el Heliopolis Palace

Hotel de El Cairo, Le Monseigneur de Alejandría... Cuando estaba en el escenario pensaba en Evaristo Pujol, en mi madre, en el cura que me dio un tablón de madera con teclas, en el cojo, y hasta en Olga. Sentía un ahogo inmenso, que acaso sea la felicidad para quien pueda soportarlo. Así es como hubiera querido estar siempre. Aquellas canciones: “Conga dans la nuit”, “Conga musulmana”, “Conga a la Basanta”, “Mi última conga”. Los Huracanes cruzamos otra vez el Atlántico porque Hitler en persona había puesto precio a nuestras cabezas. Llegamos a Ámsterdam. Queríamos embarcar en uno de los últimos buques atracados en el puerto, el *SS Rotterdam*, que estaba a punto de levar anclas con rumbo a Nueva York, compitiendo por un puesto entre el pasaje con miles de judíos que llegaban a ofrecer auténticas fortunas por un billete. Tuve una idea genial. ¡Tachán! Si nosotros éramos músicos, de fama además, lo mejor sería ofrecernos gratis como orquesta para amenizar el viaje de aquella gente, que si algo necesitaba era una inyección de moral y de ritmo. La propuesta fue aceptada. A las pocas horas de zarpar, Ámsterdam era bombardeada por los nazis. Aún pudimos ver las luces de los antiaéreos barriendo el cielo y escuchar el sonido del terror. Los judíos se lamentaban y se echaban los unos en brazos de los otros cuando de pronto estalló... ¡la conga! Aquello era perderse: todos lo comprendimos y bailamos agarrados cada uno a la cintura de nuestro compañero de delante. Así llegamos a Nueva York y, hay que reconocerlo, muchos familiares de aquella pobre gente no entendían nada. Cuando, tras dejarnos en tierra, el *SS Rotterdam* regresaba a Europa, fue hundido por un submarino alemán. Una pena. Sí, Danielucho, mi vida ha sido muy azarosa, llena de peligros. Durante la segunda guerra mundial, y en gira por Sudamérica, recalamos en Río de Janeiro. Hacíamos doblete diario en dos casinos que se encontraban en extremos opuestos de la bahía. De noche, una pequeña lancha nos transportaba para que pudiéramos cumplir con nuestros horarios y los brasileños bailaran la conga. Y entonces llegó el tifón, Danielucho. ¡Y qué tifón! ¡Vaya rayos y vaya truenos! El temporal con olas de mayor altura que se recuerda en el litoral atlántico. Nos hundíamos, nos hundíamos y nos hundimos. Caímos al agua, nos la tragábamos a litros. El filipino Elpidio decía entre burbujas: “Tiene gracia que nos llamemos Los Huracanes.” Éramos puntos diminutos en la inmensa cólera de la naturaleza. Afortunadamente, un carguero fue a buscar refugio en la bahía y su sonda captó un extraño movimiento en la fauna marina: ¡el mundo subacuático

bailaba la conga! Salvados otra vez, aunque eso no es todo. En la frontera entre Argentina y Chile, un tren de alta montaña en el que viajábamos cruzando la cordillera andina descarriló por mor de una sacudida tectónica. Dos de los vagones cayeron por un acantilado. Abrí la ventanilla y comprobé con alivio que aquellos vagones no tenían pasajeros. Aunque también vi que lo menos diez vacas que estaban pastando en el prado donde habían caído los vagones se habían muerto del susto. Y aunque el filipino Elpidio me preguntaba “¿Y por qué no nos llamamos Los Terremotos?”, no le hacía ni caso, para que veas, y fue entonces cuando me di cuenta de que no había pensado en vacas durante mucho tiempo. Los Huracanes seguimos viajando algunos años más. Conocí mujeres hermosas y salté de amanecida por los balcones. Me condecoraron reyes, presidentes, dictadores, pero yo tiraba las medallas al mar. Me agasajaron en los banquetes, pero nunca dije unas palabras de agradecimiento y comía con las manos. Y luego... Se está haciendo de noche.

–¿Y luego qué? –pregunté yo. Después de tanto vértigo y tanto viaje, quería saber el final de la historia.

–Luego volví a casa y no había nadie. Todos estaban muertos. Así fue como yo, que había actuado con un éxito sin precedentes en el Sporting Club, me compré una boina. Hazme caso, Danielucho, nunca andes con filipinos.

Mi abuelo y yo habíamos caminado hasta muy lejos. Nos cruzamos con Pedro. Nos saludó con grandes aspavientos y enseguida escuchamos su risa a nuestra espalda.

–Ese se fue a Australia y volvió sin saber en qué idioma hablaban.

No dije nada. Mi abuelo me miró.

–¿Qué te pasa, Danielucho?

–Pues que la historia de tu vida ha acabado de una manera muy de repente y muy, no sé...

–¿Rara? ¿Qué quiere decir rara? Porque si ha acabado de una forma rara, ha acabado como todas las historias verdaderas. Oye, prométeme una cosa. Esto que te he contado es algo entre tú y yo. ¿Me lo prometes?

–Bueno...

–Y ahora dime una cosa: ¿somos Hombres-tachán o no lo somos?

–Ni idea.

–Claro que lo somos. Anda, ponte detrás de mí y cógeme de la cintura.

Me puse detrás de mi abuelo y le cogí por la cintura. Mi abuelo empezó a

imitar el sonido de una trompeta. Su silueta se recortaba en el comenzar de la noche hasta que la espalda negra de su chaleco negro fue la noche misma. Nos fuimos adentrando en la oscuridad del bosque, de vuelta a casa. Estábamos bailando la conga entre árboles y vacas y curvas a la derecha y a la izquierda. Entonces empezó a llover, también muy despacio, y mi abuelo me dijo:

–No es por alardear, pero suena mejor el vibrato de mis labios que uno que yo me sé con diez trompetas.

### 3. MI ABUELO CASI ME EXPLICA EL SECRETO DE LAS FIESTAS Y, COMO ESTABA PREDICHO, SE ENCIERRA

Aquellos eran los paseos que dábamos mi abuelo y yo mientras me iba haciendo mayor. La pregunta que ahora toca, toca porque toca. ¿Qué hacía yo además de escuchar la vida de mi abuelo? ¿Qué hice a los ocho, a los nueve, a los diez, a los once y a los así todo el rato años que estuve entre curvas, árboles de todas clases, lluvia, vacas y gente rara? Pues poca cosa. Empezar a construir cabañas que nunca acababa. Inventarme deportes en los que siempre resultaba ganador hasta que me aburría de ganar siempre. Construir una batería con cacerolas y fastidiar la hora de la siesta a todo bicho viviente. Adiestrar como perro asesino a King, que tenía muchísimos años y se pasaba el día durmiendo y viéndolas venir, mientras que yo daba vueltas a su alrededor imaginándome que King saltaba a través de unos aros, acorralaba a unos desalmados que venían a secuestrarme, seguía pistas con su hocico infalible y, en fin, hacía las cosas que hacen los perros asesinos adiestrados. Pero King no hacía nada de eso. King era más viejo que mi abuelo y tan tonto que hasta las vacas le tomaban el pelo. Otras cosas que hacía yo. Leer *Más que prohombres, titanes*, que era el único libro que había en toda la casa y te explicaba la vida de ricos americanos y británicos y mi padre se lo debió de dejar antes de irse a Barcelona y pensar que lo tenía difícil para ser más que prohombre, titán. Seguimos con mis actividades. Subir y bajar de los árboles, pero sin decir «glu-glu» a la Ramoncito. Aprender a escupir entre los dientes de delante. Hacer que las piedras cruzaran un río dando botes y aprender que las piedras han de ser planas y que si el río lleva corriente ya te puedes ir despidiendo. Jugar a bolos cada domingo con los de la aldea y reírme de cómo Fusco de Curros se creía el Hombre Invisible. Imaginarme cómo hubiera sido mi vida en la ciudad, que cuando imaginas, mola, pero luego ni idea resulta que tienes. Bailar la conga solo o con mi abuelo. Creerme que tenía una banda y yo era el jefe. Intentar encontrar discos, fotos o cosas de la vida de mi abuelo sin resultado, pero sin preguntarle a nadie, porque había prometido no decir nada y nada había dicho. Estar convencido de que la

próxima vez que viniera mi padre me iba a llevar con él hasta que venía y ya no lo tenía tan claro y, claro, valga la redundancia, ver a mi padre los pocos días en que aparecía de visita que siempre eran, dada la bohemia vida del músico, en lo más crudo del crudo invierno.

La primera vez que yo recuerde, así, en plan escena entera, con su planteamiento, nudo y desenlace, que mi padre viniera, lo que resultó ser mi padre estaba en la cocina regalándoles a las tías unos vasos de duralex que ellas miraban, lo juro, como si diamantes les hubiera traído Cecilio Rhodes, el Rey de los Diamantes mismamente, que a los veinte años ya se pagó a tocateja los estudios en Oxford con diamantes que se había encontrado y luego le dio su nombre a un país, como si yo hago que con el tiempo un sitio se llame Basantilandia y, en fin, fue más que prohombre, titán. Pues un poco Cecilio Rhodes era mi padre cuando sacaba los vasos de duralex, pero poco, porque mis tías, aunque le decían riendo así, como en broma pero en serio, que con ese pelo y esa barba parecía un Landrú, no le veían la gracia a la pinta de mi padre. Y es que mi padre parecía lo que yo, tiempo después, aprendí a llamar con precisión un puto hippy. Mi padre me daba un par de besos, me levantaba del suelo y me hacía un caso normal, quizá por el miedo que notaba que yo le tenía, que no es que me diera asco, sino que parecía, así echándole su cuento, una especie de guía mestizo del séptimo de caballería, aliento de agua de fuego inclusive. Y en cuanto llegó mi abuelo y aparcó la moto, dijo lo de que viva la Virgen, pero no tan lejos, entró en la cocina y sin dejar la cosa religiosa miró a mi padre de cabo a rabo, miró a mis tías y luego les dijo a mis tías, que a mi padre ya no le dirigió la palabra mientras estuvo allí:

—¿Veis, mujeres de poca fe? Rezando, rezando, os viene a ver san Judas Tadeo en persona. —Y luego decía, buscando no sé qué en la cocina económica—: Ya tendrá sus años san Judas Tadeo...

Y mi padre estaba una semana, más o menos. Y me llevaba de pueblo en pueblo con un 850 Coupé, que tenía su gracia, el turismo, a ver a sus amigotes, que también le llamaban Landrú y le miraban como diciendo «quién te ha visto y quién te ve». Luego bebían en las tabernas y contaban historias que yo ni entendía, sobre cuando llegaba a Barcelona la VI Flota y a mi padre le requerían en el puerto por músico al grito telefónico de «¡Ya están aquí los marinos!». Pero yo lo que notaba era que los amigotes de mi padre se reían mucho de las cosas que decía y le preguntaban cómo era, así

en persona, Andrés do Barro, un cantante famoso, y cómo era uno que se llama Pucho Boedo y cómo era uno que se llama Serrat y otro que se llamaba Mike Kennedy, como José Kennedy, quien fuera rico financiero de Massachusetts. Mi padre les decía cómo era este, ese, el otro y hasta el Kennedy. Y los otros mucho preguntar, sí, pero en cuanto mi padre se giraba se le quedaban mirando como quien mira a un bicho raro y se miraban entre ellos como que no se creían nada, y yo pensaba que a mi padre, al fin y al cabo, le pasaba lo mismo que al abuelo, aunque luego, ya ves tú, Judas Tadeo... Y mi padre, después de darme un billete de cien pesetas, como venía se iba y me decía que crecía mucho y que muy bien. Adiós, hasta otra.

Mi mayor dedicación era dar clase con mi tía Consuelo.

Porque yo tenía que estudiar y la aldea estaba a unos veinte kilómetros de la escuela más cercana y no podía desplazarme allí cada día y lo de ir en moto con mi abuelo ni pensarlo. ¿Que qué hicieron conmigo? Un día, mi tía Consuelo y yo cogimos el coche de línea y nos fuimos a hablar con el maestro. Yo, que para la ocasión iba vestido como de boda, ya había ido antes al colegio en Barcelona con compañeros y eso, pero la verdad es que me acuerdo de más bien poco: solo de que salíamos media hora al recreo y otros chicos y yo nos poníamos a darle patadas a una bola de papel mientras gritábamos «¡Reixach! ¡Reixach!». Y ya está. El caso es que mi tía Consuelo y el maestro acordaron que ella me diera clases todos los días y cada tres meses iríamos al pueblo y yo me examinaría con el maestro. Y ahí me llevé otra sorpresa, porque me enteré de que mi tía Consuelo también era maestra, pero que no ejercía. Cuando se sacó el título la enviaron a enseñar muy lejos y se sentía tan triste fuera de casa que se comía las tizas de colores delante de los niños y luego lloraba y los niños tenían que ir a decirle: «No llore más, doña Consuelo.» Por lo menos, eso es lo que me contó mi abuelo. El caso es que yo daba las lecciones con la tía Consuelo, que, dicho sea de paso, se aclaraba con los libros tanto como yo, y entre los dos hacíamos lo que podíamos. Luego, el día antes del examen, mi tía Consuelo me ayudaba a hacer las chuletas y me acompañaba a la escuela. Al llegar, me sentaba en un pupitre de la clase solitaria, bajo la atenta mirada de Pablo VI, de Francisco Franco antes y del Rey después, que de la pared estaban colgados. Entretanto, mi tía se ponía a hablar con el maestro de que si la verbena de tal sitio ya no era lo que había sido, y si el Tal o el Cual cada día estaban peor del reuma y si Fulatino y Menganito seguían peleados por la herencia y que los años no

perdonan y polvo éramos y polvo seremos y cosas así, todas ellas para ponerse la mar de contentos el uno al otro. Pero el intrínquilis del asunto es que, mientras mi tía Consuelo hablaba con el maestro, se ponía delante de él con toda intención y me tapaba. Y yo, pues a copiar se ha dicho. Sacaba unas notas estupendas.

Y así pasaban los años. Tonterías, más tonterías, estudio y paseos con mi abuelo. Desde que me contó lo de los Hombres-tachán y lo de la conga y su vida y eso, mi abuelo no volvió a tratar el asunto. Yo insistía alguna vez, pero él decía entonces que no se acordaba de esas chorradas por las que preguntaba. Yo suponía que, como me había dicho que no lo hablara con nadie, sería de hombres no sacar eso a relucir. También le preguntaba de tanto en tanto por el Secreto de las Fiestas y él decía lo mismo, que de qué le estaba hablando. Él a lo suyo: que no te hagas con filipinos, que Pedro estuvo en Australia y volvió tan zote como se fue, que si las vacas son tontas. Además, cada vez hablaba menos y dábamos los paseos más cortos. Yo no tenía nada claro que pudiera llegar a enterarme algún día del Secreto de las Fiestas y ese misterio me reconcomía. Por eso, una tarde insistí tanto que mi abuelo me cogió y, así, pum, me dijo:

–Siéntate ahí y cállate un rato. –Me señalaba una piedra bastante grande.

Me senté y me callé.

–¿Tú eres un Hombre-tachán o no lo eres? –me preguntó en plan serio.

–Creo que sí.

–Pues yo creo que no. Porque eres más pesado que tus tías y ellas, así me coma el demonio, no son Mujeres-tachán te las mires por donde te las mires.

–La tía Consuelo un poco.

–¿La tía Consuelo? ¿La que se comía las tizas de colores delante de los niños?

Lo dejé correr, que a lo mejor así iba al grano.

–Danielucho, ¿crees que eres lo suficientemente mayor como para escuchar de boca de tu abuelo el llamado desde los tiempos más remotos «Secreto de las Fiestas», y que yo, Francisco Basanta, escuché una vez de boca del famoso playboy David Walker en el Gran Casino de Montecarlo, mientras la ruleta giraba, la bellísima acompañante de David Walker tarareaba «Mamá, me están guiñando el ojo» y el mismísimo David Walker, que sería muy playboy pero más bien cenizo, se quedaba sin camisa?

Mi abuelo se había puesto solemne y como de final de campeonato. La

tarde prometía.

–Muy bien, Danielucho, tú lo has querido. El Secreto de las Fiestas se basa en una serie de reglas fundamentales. Algunas ya las sabes, porque te las he contado, aunque no te he dicho que pertenecían al Secreto de las Fiestas. Ahora, levanta la mano.

Levanté la mano.

–Esa no, la otra.

Levanté la otra, que resultó ser la izquierda.

–Muy bien, ahora yo digo cada una de las reglas y tú las vas repitiendo.

¿De acuerdo?

No pude contestar. Estaba emocionado de verdad.

–Regla primera. Descubre el indicio en lo evidente.

–Regla primera. Descubre el indicio en lo evidente –repetí.

–No hace falta que repitas «Regla primera», torpe. Y no bajes la mano.

–Descubre el indicio en lo evidente –dije entonces.

–Muy bien. Regla segunda. Sigue el indicio para que el mundo no te alcance.

–Sigue el indicio para que el mundo no te alcance.

–Regla tercera. Conoce al Tachán a través del indicio.

–Conoce al Tachán a través del indicio.

–Regla cuarta. Esto... Es que hace tiempo que no las digo y se me han olvidado algo.

Mi abuelo se puso a pensar. A mí me dolía el brazo de tenerlo levantado.

–¡Ya está! Regla cuarta. Guarda el Secreto aunque no lo conozcas.

–Ya me dirás cómo.

–¡Qué poca intuición para el gran momento! ¡Repite y calla, que esto es alta sabiduría!

–Regla cuarta. Guarda el Secreto aunque no lo conozcas.

–Regla quinta. Aguanta la incertidumbre: date prisa, no te muevas.

–¿La qué?

–Es cuando no sabes lo que te va a pasar.

–Aguanta la costumbre.

–La in-cer-ti-dum-bre.

–La incertidumbre... ¿Y lo de darme prisa y no moverme? –pregunté como hubiera preguntado cualquiera.

Mi abuelo no me hizo ni caso, siguió pensando y yo me dije: «Pues esto

será también alta sabiduría.»

–Regla sexta. Escóndete entre la gente mientras bailas la conga.

–Difícil lo veo –me atreví a opinar, que soy tozudo.

–Y es difícil. Pero aún estás a tiempo de volverte un paleta de esos de por aquí. Eso es fácil. Eso lo hace cualquiera.

Aún no había acabado de hablar mi abuelo y ya estaba repetida la regla sexta.

–Y regla séptima –dijo al fin–. Reconoce que el Secreto nunca termina.

–No entiendo.

–¿Qué es lo que no entiendes?

–Si me estás explicando el Secreto de las Fiestas, y que tiene unas reglas, pero luego me dices que nunca se termina de saber, es como si no me lo dijeras.

–Pues ese es el secreto. O casi.

–Pero casi saber un secreto es como no saberlo.

Mi abuelo miró al cielo.

–Se está haciendo de noche. Volvamos a casa.

–Me has engañado. –Yo estaba bastante enfadado.

–¿En qué te he engañado? –Mi abuelo estaba perdiendo la paciencia.

–En nada, en nada. –De pronto, me di cuenta de que, si no me esforzaba en memorizar las reglas, se me olvidarían. Así que hice un esfuerzo: ¡las reglas!

Primero: Descubre el indicio en lo evidente.

Segundo: Sigue el indicio para que el mundo no te alcance.

Tercero: Conoce al Tachán a través del indicio.

Cuarto: Guarda el Secreto aunque no lo conozcas.

Quinto: Aguanta la incertidumbre: date prisa, no te muevas.

Sexto: Escóndete entre la gente mientras bailas la conga.

Séptimo: Reconoce que el Secreto nunca termina.

Algunas no las entendía, francamente. Y la última, la que menos. Pero en cuanto las memoricé, y quizá al memorizarlas abrí el tapón de la memoria, me acordé de algo fundamental: mi abuelo me había dicho que, una vez que me hubiera contado el Secreto de las Fiestas, no le quedaría más remedio que encerrarse. Y no fue al día siguiente, pero al cabo de dos o tres semanas sí que se encerró. Un día no se levantó de la cama, no saltó sobre su moto, no

volvió del pueblo diciendo barbaridades. No salía de la habitación y mi tía Brígida subió a ver qué pasaba. Mi abuelo le tiró una bota. Lo intentó mi tía Consuelo y otra bota le dio en medio de la frente. Mis tías se empezaron a preocupar de verdad y llamaron al médico. Mi abuelo le tiró una palangana al señor doctor. Mis tías y el médico se sentaron en la cocina a hablar en voz baja y a beber copitas de Licor 43. Me llamaron y me dijeron que entrara en la habitación y le preguntara al abuelo qué le pasaba, si le dolía algo o qué mosca le había picado. Que a mí el abuelo me quería mucho. Sentí una especie de chulería interior por hacer algo que los mayores no podían hacer. «Eso es cosa mía», les dije. Subí las escaleras. Llamé a la puerta con los nudillos y nadie me contestó. La abrí poco a poco mientras decía:

–Abuelito...

Entonces la bacinilla cargada con todo lo de mi abuelo me cayó encima. De lleno. Empapado como estaba, aún tuve que oír:

–¡Y no me llames abuelito, nenaza!

Cerré la puerta. Bajé las escaleras. Me puse a llorar y seguí llorando, pero con cabreo, que conste, y con ganas de dar dos hostias, que conste también, hasta que me di cuenta de que el abuelo estaba así por lo que estaba.

#### 4. MI ABUELO CONTINÚA SU ENCIERRO Y YO ME VUELVO RARO

La situación era esa. Mi abuelo encerrado y yo con pena porque se había encerrado por culpa mía, pero también con mi cabreo, porque el susodicho, cuando se cabreaba a su vez, que siga constando, no conocía a nadie ni a nada respetaba y tampoco era de extrañar, entre otras cosas, que mi padre se hubiese dejado el pelo largo y se vistiera como Buffalo Bill. El verano empezaba. Yo tenía quince años. Me pasaba los días sentado en la puerta con King al lado, los dos en la misma postura. De tanto en tanto, yo cogía una rama del suelo, la tiraba y me entretenía en mirar cómo caía. King, ni eso. Que ni miraba, me refiero. Y de levantarse a cogerla o traerla es que no han conocido a King. En resumen: una gran ocupación. Lo nunca visto. Mis tías entraban y salían de casa, pasaban por mi lado y me miraban un momento. Nunca decían nada. O casi nunca. Porque a veces se agachaban y me susurraban al oído: «No te preocupes, el abuelo está bien» o «Ya verás como muy pronto volvéis a pasear juntos». Pero yo sabía que el abuelo no estaba bien, porque me había prometido encerrarse, y además, por otro lado, que se encerrara me parecía una tontería, porque quieras que no me estaba haciendo mayor y me daba cuenta de que todo eso de los Hombres-tachán y el Secreto de las Fiestas y todo lo demás no eran más que tonterías que se le dicen a un niño para entretenerle. Y si mi abuelo se había encerrado y mis tías llamaban al médico y si el abuelo les hacía probar el caldo delante de él porque decía que lo querían envenenar, o eso decían mis tías que decía, o si de las ventanas de su cuarto salía a veces unos «Aaaaay...» y «Me mueeeeero...» y esas cosas, era porque mi abuelo era muy viejo y estaba enfermo y todo había sido una coincidencia. Y yo ya tenía quince años y quería que aquella gente me comprara una tele y quería tener amigos de mi edad y quería, sobre todo, que pasaran cosas. Normales o no, pero que pasaran. Quería dejar de hablar con los árboles, con los perros y con las vacas. Quería que la gente del pueblo me tratase como a alguien normal, no como a un tonto envuelto en celofán, que crujía si lo tocabas. En fin, había que hacer algo y yo no hacía nada. Mis tías pasaban por mi lado y me miraban como a una mancha que antes no estaba

ahí y desde la cocina me llegaban voces, pero no entendía ni dos frases seguidas. Así que me acerqué sigilosamente a oír lo que decían, lo que tantas veces he oído luego que dice la gente:

–El niño está raro –dijo mi tía Consuelo.

–No es que esté raro –dijo mi tía Brígida–. Es que ES raro.

RARO. La palabra que más odio en este mundo, y la única en la que puedo esconderme, todo a un tiempo. RARO. Como si mis tías no fueran RARAS. Como si Enrique Ford, al introducir el trabajo en cadena en la industria del automóvil, no hubiera sido raro. Entonces no me daba cuenta, pero luego he ido conociendo a más gente y, en comparación, mis tías eran MUY RARAS. Y mucha gente que me ha llamado RARO, cuando he conocido a otra y he podido seguir comparando, también era MUY RARA. Además, ¿cómo no iba yo a ser RARO? Si esos días estaba triste y pensaba, por ejemplo, que me hacía ilusión que fuera lo más crudo del crudo invierno, porque pronto vería a mi padre y le pediría que por favor me llevara con él, y que yo no me metería con el pelo que llevaba, que eso era asunto suyo, y que podría ir al colegio y que quería conocer gente de mi edad y eso, pues se acercaba mi tía Brígida y me decía:

–Ha escrito tu padre. Hay unas letras para ti.

Hablando de rarezas, que mi padre escribiese era cosa bien rara. Y lo de las letras para mí, qué voy a decir. Pero leí:

Querido Daniel:

Espero que estés muy bien. Muy alto y muy fuerte. Consuelo ya me ha dicho que tienes el Graduado Escolar. Estoy muy orgulloso de ti. Este mes de enero no podré ir a casa, que ahora formo parte de un grupo que se llama SuperFussioon con el que he soñado toda la vida. Y en verano tampoco, que están las orquestas. Pero en octubre me acercaré unos días y haremos muchas cosas juntos, que ya va siendo hora de que escuches tú a los Led Zeppelin. Salud, tío.

Pero ¿qué leches de zeppelin? ¿Esta carta era para mí o para algún tío suyo? ¿Cómo no iba a ser raro? Octubre estaba tan lejos como Barcelona, como todo. Arrugué la carta, la tiré al suelo y King corrió detrás de ella y me la trajo en la boca. El perro idiota no se movía aunque le tiraras un filete, pero tenía que ser precisamente entonces cuando se moviera para devolverme el puñetero papel. Y creo que mis tías avisaron al abuelo para que bajase y me contara algo o se pusiese a hacer locuras. Pero mi abuelo no bajó. Y yo no

quería que bajase, ni que mis tías empezaran a decirme «Pobrecito» y «Te llevaremos a la verbena del pueblo en dos semanas» y «Toma veinte duros», que cogí, hay que decirlo, sin escrúpulo ninguno, porque fermentaba en mi mente el mismo plan que llevó a Andrés Carnegie, el Midas del Acero, a marcharse de su Escocia natal y fundar la U. S. Steel Company. Yo no quería que nadie me llevara a ningún lado, quería ir solo y pensaba que si hasta mi abuelo se había ido de casa a los catorce años por perder una vaca, yo, con vaca o sin vaca, con Steel Company o sin ella, me iría también. Porque ya no aguantaba más todo aquello y porque, insisto, quería que me pasaran cosas y ya no quería estar solo.

Aquella misma noche me fugué de casa.

A las diez subí a mi cuarto. Cogí la hucha y la envolví en un paño. La rompí contra el alféizar de la ventana ya que el suelo era de madera y hubiera sido un estruendo. Sumados los recientes veinte duros a la suma total de la hucha, era un dinero importante el que yo poseía. Me puse los pantalones de fiesta. Me metí vestido en la cama y esperé a que mis tías se fueran a dormir. Mientras escuchaba cómo mis tías trajinaban en la cocina iba haciendo mis planes. Empezaría a caminar por el sendero del bosque para evitar la carretera y que alguien me encontrase allí y me devolviera a casa. Luego llegaría al pueblo, situado a veinte kilómetros, y me iría directamente a la parada del coche de línea, que estaba en las afueras. Calculé. Si por ejemplo salía a las doce de la noche, caminando tres kilómetros por hora estaría allí a las siete o a las ocho de la mañana. El coche de línea salía a las diez. Así que tenía tiempo de sobra. Me subiría a ese autobús. Iría lo más lejos posible. Si alguien me preguntaba, diría que iba a ver a mi padre que acababa de llegar. Luego, en la capital de la provincia, cogería el primer tren. Y, una vez allí, ya nadie podría alcanzarme. Llegaría a Barcelona. Llamaría a mi padre por teléfono y le diría: «Papá, aquí estoy.» Entonces le demostraría dos cosas: que estaba harto de la aldea y que era lo suficientemente espabilado como para estar con él, aunque saliera por las noches a tocar con los Zeppelines o los Supersifones y me dejase solo.

Yo creo que las dos horas que pasaron de las diez a las doce fueron las más largas, pero también las más cortas, de mi vida. Largas, porque se me hacía eterno el cuchichear de mis tías en la cocina. Cortas, porque me empecé a imaginar lo que iba a ser mi vida a partir de ese momento. Quería pensarlo y a la vez no quería pensarlo. Porque no es como cuando te imaginas

haciéndote el chulo delante de tres matones y diciendo: «Yo me pego contigo, contigo y contigo, qué pasa...» O como cuando te imaginas entrando en un sitio con la chica más guapa del mundo, aunque, lo digo yo, es mucho mejor SALIR de un sitio con la chica más guapa del mundo. Esas son cosas claras y fáciles de imaginar. Pero cuando imaginas lo futuro, lo que imaginas no se para y entonces se pone a cambiar como una llama en la hoguera, que ahora está aquí y luego allá, aunque no mucho más aquí ni allá, y siempre es la misma llama, y está cerca, pero no puedes tocarla, y eso lo imaginas porque te va a pasar dentro de un momento, o mañana, o pasado mañana, pero muy pronto. Y nada de lo que me imaginé fue lo que me pasó luego, pero estuvo bien pensarlo y eso también es aventura.

A las doce ya no se oía nada. Bueno, lo típico.

Abrí la puerta de mi habitación, salí y pegué el oído a la puerta de Consuelo. La verdad es que no hacía falta que pegara el oído, porque el piso de arriba era cada noche un concierto de ronquidos infernal. De todos modos, comprobé que todos estuvieran dormidos: si iba a empezar una nueva vida era necesario que la empezara siendo cuidadoso. Mi tía Consuelo, bendita sea, roncaba como un motor estropeado. Mi tía Brígida no roncaba, pero decía «Más, más...» y yo había oído eso otras veces, y siempre pensaba: «Ya está soñando con herencias...» No me acerqué a la puerta de mi abuelo. Si entraba a despedirme y le decía que me iba aunque en mi caso no hubiera perdido ninguna vaca, igual me tiraba algo antes de que pudiera decir ni pío y despertaba a todo el mundo. Pasé por el salón y escuché, como si alguien le hubiera subido el volumen al tic-tac del enorme reloj. Y el tic-tac del reloj se fue transformando, allí en la penumbra, en Da-niel, Da-niel, Da-niel. Y en la pared iba viendo fotografías de la familia del año de la pera que me miraban. Da-niel, Da-niel, Da-niel. Y me movía y aquellas caras me seguían mirando fijamente, a los ojos, como Franco y Pablo VI y Juan Carlos, y a punto estuve de volverme a la habitación. Pero bajé las escaleras muy despacio mientras caía en algo que no había pensado antes: cómo abrir la puerta sin hacer ruido. Porque aquella puerta hacía un ruido de mil demonios. Era precisamente el ruido de la puerta, cuando corrían el enorme cerrojo, el que me despertaba cada mañana. Mientras pensaba, entré en la cocina y entonces vi algo bastante divertido a través de una ventana pequeña que daba a un lado de la casa. Una escalera de madera es lo que vi. Una escalera de mano que iba hasta otra ventana abierta en la habitación de la tía Brígida, justo encima de la

cocina. «Así que la tía Brígida no habla en sueños», pensé. Abrí la ventana de la cocina, me cogí a la escalera, di un salto, llegué al suelo, vi cómo King levantaba la cabeza, se acercaba, me olisqueaba y volvía a tumbarse allí mismo. Corrí hacia el camino y me adentré en la oscuridad cuando los Lechuzos, los aparceros, para quien no se acuerde, con las luces ya apagadas, blasfemaban en voz baja como siempre y se insultaban y alguna hostia que otra le estaría cayendo a alguien.

A mí que me dejen de rollos: la primera vez que te pasan las cosas es la más fuerte, de la que siempre se acuerda uno. Y el miedo que pasé esa noche, mientras me iba adentrando en la oscuridad del bosque, es de lo que no se olvida. Iré por partes. Empecé a caminar y, vale, conocía el terreno, pero no es lo mismo ir por un camino con árboles y más árboles a un lado y a otro de día, o cuando anochece, que de noche cerrada. Porque, a ver, si tú vas por el bosque por la tarde y escuchas un ruido, miras y ves un pájaro volando, o una ardilla, o alguien de la aldea segando matojos o cualquier otra cosa, pues ya está. Pero de noche se siguen oyendo ruidos y tú no sabes de dónde vienen, ni quién los hace. Mucho peor: te lo imaginas con las alas de la imaginación, y yo tengo unas alas para eso que ni los aviones de Hogardo Hughes. Así que yo iba andando y, zguiss, escuchaba algo deslizándose entre la maleza, una rama que se rompía, y pensaba: «Ya está: un asesino. Adiós. Me voy con la modista que tiene la boca cosida.» Y no sabía si pararme, si echar a correr o si seguir caminando a mi paso. O si ponerme de puntillas y caminar más despacio, o salir gritando a toda leche como un loco. ¿Y los búhos? A los búhos, cuando los ves anocheciendo y los oyes diciendo «Uhu; uhu...», piensas «¡Serán gilipollas!». Pero a mí me gustaría ver a más de uno caminando por un bosque, sin saber muy bien adónde va, y que escuchara «Uhu; uhu...». Te cagas sin pararte y sin limpieza ninguna. Más cosas. La oscuridad. Las sombras. Porque aquella noche no es que la luna estuviera exactamente llena, pero luz había. Entonces una parte del camino era gris, algo así como el agua turbia, mientras el resto estaba oscuro, pero no del todo, porque de pronto veías a lo lejos lo que parecía un claro del bosque y alguna sombra, o unas rocas, y, bueno, te volvías a cagar. Yo iba siguiendo el camino, la parte gris, que parecía resplandecer como si estuvieses caminando en un sueño y caminando a mi paso. Y, nada, iba escuchando zguiss y uhu y croc y, de repente, una ráfaga de viento hacía que el bosque se pusiera a

susurrar como si los árboles hablaran todos juntos y entre ellos. Y que estuvieran hablando de ti. De qué hacer contigo.

Así que eché a correr en conclusión.

Corrí y corrí y me puse a imaginar que era un atleta corriendo la maratón en una olimpiada, o que era un piloto de la RAF y me había escapado de un campo de concentración nazi, o, la verdad, que a partir de ese momento, cuando se hiciese de día, iba yo a tener que espabilarme. O no imaginaba, y me ponía a pensar. Y pensaba en mi abuelo y lo que había de verdad y de mentira en lo que me había contado a través de los años. Y veía la sombra, que era la de un ahorcado. Y apretaba a correr aún más rápido hasta que me olvidaba. Y entonces me decía: «Daniel, tienes que pensar en algo que te haga llevar el ritmo», así que me puse a pensar otra vez en las reglas del Secreto de las Fiestas y las iba recitando siguiendo el ritmo: «Descubre el indicio en lo evidente. Sigue el indicio para que el mundo no te alcance (esa ahora me sobraba). Conoce al Tachán a través del indicio. Guarda el Secreto aunque no lo conozcas. Aguanta la incertidumbre: date prisa, no te muevas (más bien me doy prisa y ya hablaremos). Escóndete entre la gente mientras bailas la conga. Reconoce que el Secreto nunca termina.» Lo que nunca se terminaba era aquel camino. Porque no lo he dicho, pero aquello no era una recta y ya está. Subidas. Bajadas. Pensar en cuál de los caminos era el bueno. Seguir alguna referencia que me dijera «vas bien». Vigilar que no se me cayera el montón de monedas que iban saltando todo el rato en unos bolsillos que me reventaban de lo llenos que estaban. Parar de vez en cuando a descansar y escuchar la respiración y el ahogo, que parece que te vas a morir, y los latidos del corazón se escuchan por encima de las cosas. En fin, todo eso. Y, en resumen, se fue haciendo de día. Llegué a lo alto de la colina y divisé el amanecer sobre un valle en el que no había estado nunca, pero del que había oído hablar. Al otro lado del valle estaba la parroquia a la que yo me dirigía. Era bonita la parroquia aquella. Sobre todo, a esa hora de la mañana. Sus casas dispersas, sus huertos, su río, sus vacas, que hasta parecían más guapas que las de mi aldea. Aquel valle era otra cosa. Decidí sentarme bajo un pino a descansar y a contemplar la primera etapa de mi viaje y, a lo lejos, el pueblo, el coche de línea que tenía que salir dentro de, calculaba yo, una o como mucho dos horas.

Fue sentarme debajo del pino y pensar: «De aquí no me levanta nadie.» Estaba agotado, molido, triturado, apisonado, K.O.T. Adiós, amigo. Yo no sé

si sería la tensión o el miedo los que habían hecho que no sintiera el cansancio, pero, ahí, debajo del pino, me estaba viniendo todo de golpe. ¡Y un sudor! No entendía, vamos, pero que de ninguna manera, cómo mi abuelo había llegado a pie hasta La Coruña, que era el lugar desde donde había salido su barco hacia La Habana. La Coruña estaba a más de cien kilómetros. Total que pensé: «Bueno, el caso es que descanse, que me lo tome con tranquilidad, y si acaso me subo en el coche de línea de la tarde.» Porque salía otro por la tarde, no sé si lo he dicho. Seguí mirando el valle: los prados, el río, un asno ameno, etcétera. Descubrí un puente que atravesaba el río en mitad del valle y al lado del puente una casa. Y en la fachada de la casa, una chapa de esas grandes de Coca-Cola. En dos palabras: el paraíso. Me tomaría, no una, sino todas las Coca-Colas que me cupieran en el cuerpo. Me levanté y empecé a caminar otra vez.

Una cortina de esas de tubitos que suena como un arpa y ya estoy dentro:

–Muy buenas. Póngame usted una Coca-Cola si es tan amable y no le resulta molesto –dije. No es que me hubiera vuelto imbécil cruzando el bosque. Creo que era la primera vez que pedía algo en un bar y, además, no quería que me tomaran por vagabundo. Todas las miradas, desde la de la señora que me servía en la barra hasta las de la clientela, estaban puestas en mí como si se les hubiera aparecido uno de esos fantasmas que siempre decían que aparecían pero que nunca aparecen. Y seguían mirando mientras pedía mi segunda Coca-Cola todo serio y mayor. Las miradas parecían pensamientos en voz alta: «Ahora se pondrá a levitar», «Ahora hablará en chino», «Ahora nos matará a todos». Uno de aquellos, sin soltar el cigarro de los labios, dijo muy seguro:

–Es un enano...

No me lo invento. Ustedes ya me empiezan a conocer. Ahora soy moderno y nuevaolero, pero entonces iba vestido normal, como el maniquí juvenil del escaparate de Modas Chic, la sastrería del pueblo. Tenía mis razones para hablar como hablaba. Seguro que Cosme el del Coto, el que gritaba «*O raposo, o raposo...!*» o Fusco de Curros, el que se creía el Hombre Invisible, no les hubieran llamado la atención un segundo, pero, en cambio, yo sí, ya ves. Otro me preguntó de lejos:

–¿Tú de quién eres?

–Un hombre libre –contesté, y en el ámbito se hizo un silencio de hierro

hasta que el del cigarro colgando, una mierda liada y retorcida en una boca sin dientes, que no sé dónde la sujetaba, insistió:

–Un enano... –Y lo decía el pobre como si en verdad dijera: «A mí ya me gustaría no ser tan sabio, pero es que cuando te toca, te toca.»

Decidí dejar de servir de espectáculo para aquella gente y me concentré en la máquina de millón. Siempre me habían gustado las máquinas de millón, pero hasta aquel día solo había jugado dos o tres partidas, cuando acompañaba a mi padre a un bar y él se ponía a beber vino con los amigotes y se olvidaba de que yo estaba allí y que tenía mis horarios. Así que me acerqué a la máquina y me puse a mirarla.

SURF-PARTY.

La máquina se llamaba así: SURF-PARTY.

## 5. NO SÉ SI DESCUBRO EL INDICIO, PERO LA GORDA SE ARMA SEGURO

Pues sí, SURF-PARTY.

Hay personas que descubren el amor de su vida a la voz de ya, en la guardería o donde se críen, cuando ven a un niño o a una niña todo sonrisa gateando hacia ellos. Hay gente que se pasa la vida mirando a su madre y piensa: «¡Qué guapa y qué lista es mamá!» Hay gente que va a todas partes con una berenjena. Son casos. Yo, en aquel bar de un sitio que nunca sabré cómo se llama, descubrí SURF-PARTY.

Lo primero fue el dibujo del cristal del marcador. Representaba a un grupo de chicas y chicos en la playa, bailando alrededor de una pequeña hoguera. A lo lejos, en el mar, otras chicas y chicos hacían equilibrios sobre tablas de surf cabalgando olas altísimas. Yo creía que el mar dibujado de SURF-PARTY era el último límite del mundo, que más allá no había nada ni nada podía haber. En el dibujo parecía que fueran las siete o las ocho de la tarde. Miré fijamente a una de las chicas. Rubia, el pelo largo, una camiseta con rayas

azules, pantalones cortos, piernas largas, baba en la boca (el de la baba era yo). «Me gusta esa chica», pensé. Eso mismo había pensado otras veces, y con chicas de verdad. Pero las chicas seguían caminando y ya no las volvía a ver nunca jamás. Así que, de verdad o dibujadas, para el caso era lo mismo.

Miré a otra chica.

«También me gusta esa otra chica», pensé.

Miré el transistor dibujado y miré la arena. Las bebidas. El fuego. Las cosas eran más cosas, vivían más. Casi podía escuchar la música en el aire. El sonido de las olas. Olvidarme de que el del cigarro estaba contando que hay enanos que no tienen por qué ser cabezones necesariamente.

«¡Quiero estar allí!», grité, pero en pensamientos. «¡Quiero vivir así!»

Luego miré la máquina, los *bumpers*, los pasillos, todos los nombres que he ido aprendiendo con el tiempo, y aunque no son indispensables para jugar estupendamente como yo juego, nunca viene mal saberlos. En el sitio por donde bajaba la bola se veía a un chaval haciendo surf. Pero no tocaba el agua. Estaba en el aire. Como si volase. Debajo, el mismo chaval dibujado con una chica en cada brazo. Las chicas le miraban.

«Quiero ser ese», pensé. En *Más que prohombres, titanes* había leído una frase que me impresionó mucho, aunque allí dice que es mentira: «Detrás de cada gran fortuna hay un gran crimen.» Pues a mí qué. Si para ser el tío vacilón de la máquina y beneficiarse de sus beneficios todos hay que matar al del cigarro torcido, ya me pueden ir afilando la guadaña.

Tenía tiempo de sobra para coger el segundo coche de línea. Me dispuse a aprender cómo se jugaba a SURF-PARTY y a echar unas partidas. Leí las instrucciones. Ya iría viendo.

A las veinte partidas, más o menos, empecé a coger el tranquillo. SURF-PARTY no era una máquina fácil. Hacerse partida por puntos, imposible. Hay máquinas que son así, raras también, como mal hechas la primera vez que las ves. Si querías hacerte partida tenía que ser por SPECIAL WHEN LIGHT. Si lograbas encenderlo, te podías hacer todas las partidas que quisieras. Tirabas la bola. La bola bajaba por uno de los tres pasillos y caía en un *bumper* y en dos agujeros. Los agujeros impulsaban la bola hacia abajo, y, luego, nada: la bola te caía pasando por el dibujo del surfista vacilón hasta los mandos. ¿Qué había que hacer entonces? En lo alto del plano inclinado en que consiste el variopinto terreno de juego de toda máquina de millón, tenías diez dianas. Si tirabas todas en la misma bola, se encendía el SPECIAL WHEN LIGHT en uno de

los pasillos de arriba, en uno de los agujeros y en uno de los pasillos laterales por donde la bola se escapa. Lo dicho, no era fácil. Pero te entretenías, porque el caso era ir tirando dianas sin más.

Yo iba metiendo las manos en los bolsillos y sacando duros. No había ningún problema con los duros. Debía de llevar unas cuarenta partidas cuando se acercó el primer mirón. Un mayor con boina, que este sí venía a investigar. Me miró un buen rato. Luego me preguntó:

–¿Tú de quién eres?

–Un excursionista –contesté esta vez.

–Yo soy alcalde pedáneo –me dijo aquel hombre.

Uy, qué peligro. Y eso que entonces aún no conocía a los hombres mayores de los futbolines, a los que invitan a Fantas o al cine y tienes que pegarles un corte a gritos para que se avergüencen y se marchen. Seguí jugando como si nada y el hombre se fue sin añadir ni mu. Empecé a ver que la máquina tenía trucos. Más que trucos, recursos aprovechables. Hacia la mitad de la máquina, a medio camino entre los mandos y las dianas, había otros mandos que casi no utilizabas al principio. Pues eran fundamentales. Te subías la bola, la aguantabas allí, y, pum, a las dianas. También te hacían mucho servicio los mandos esos para meter la bola en los agujeros cuando tenías el SPECIAL WHEN LIGHT. Otro truco: la máquina se podía mover bastante sin hacer falta. Si ese día aprendí algo, fue sobre todo a mover máquinas sin hacer falta, o *tilt*, que también te sale y es lo mismo, que todo se apaga y vámonos. Una máquina se mueve con todo el cuerpo, porque también se juega con todo el cuerpo, como dice mi abuelo que ríen los negros, si es verdad eso. Los cinco sentidos hay que tener puestos, y todo es un poquito más, un poquito menos, suave cuando toca, fuerte en su momento. Ser de campo o haber pasado allí una temporada y tratar con el ganado y algunos bichos salvajes o un abuelo ayuda mucho, porque se trata de mover, pero sin cabrear, que la bola se mueva y no se cuele por donde se empeña en colarse, pero sin que bajo la superficie de la máquina se mueva el péndulo que está ahí dentro y toca el aro que le rodea, que cuando toca ya es falta o *tilt*. Si usted no es de campo, le pondré otro ejemplo. ¿A que si va a jugar con un perro desconocido no coge lo primero y le pega, toma, una patada en el morro, así, a modo de presentación? Pues con una máquina de millón es lo mismo. Hay que conocerlas y dejar que te conozcan. Una tontería, ya lo sé, que las máquinas de millón solo son máquinas, como su nombre indica. Pero

que tienen su carácter, el suyo cada una, lo juro. Y eso hay quien lo aprende rápido y otros que no lo aprenden nunca. Ya haré comparaciones más adelante, porque la máquina de millón se puede comparar, si no con todo, sí con muchas cosas. Seguro que el del cigarro torcido les diría que ya puedes jugar muy bien y mucho rato que la bola siempre acaba en el agujero y eso es como la vida misma de cada uno y de todos. Pero eso pongamos que lo ha dicho el del cigarro torcido, que es así de sabio, que no lo puede evitar. Y no sabe dar el golpe de kung-fu ultraoculto, que yo sí, y lo explicaré también más adelante.

Llevaría unas setenta y cinco partidas más o menos cuando empecé a sentir hambre. Le pedí un bocadillo a la camarera:

–Si no tiene otra ocupación que le urja más, ¿sería tan amable de servirme un bocadillo de salchichón y una CocaCola bastante fría?

Tardé menos de un minuto en zamparme el bocadillo. La Coca-Cola me la guardé para ir echando sorbos entre bola y bola. Llevaría unas cien partidas y, por qué no decir la verdad, era el rey absoluto de SURF-PARTY como Juan Rockefeller, padre, lo había sido de las refinerías de petróleo, cuando la señora de la barra, o sea, la camarera, se acercó y me dijo:

–Vamos a cerrar.

Me faltaban dos bolas de aquella partida y, lo que es peor, el marcador señalaba que aún me quedaban otras tres partidas por jugar. Pero tampoco era cuestión de significarme. Por lo tanto, contesté:

–Sus deseos son órdenes para mí, gentil señora.

–¿Sabrás volver a casa? –me preguntó.

–Sin ser nativo, que no lo soy, ha de considerarme uno más, señora, tal que los lugareños de las márgenes del Hudson hacían con Cornelio Vanderbilt cuando tendía líneas fluviales a lo largo del susodicho río.

Así que al salir del bar escuché cómo la mujer apagaba la máquina y, hablando sola, decía: «¡Ay qué rareza de rapaz!» Aquello me dolió, pero tampoco mucho, porque tenía cosas más importantes en las que pensar. Lo de Cornelio Vanderbilt, reconociendo la chorrada, no me había venido a la cabeza porque sí. Se estaba haciendo de noche y ya planeaba mi futuro inmediato debajo del puente que cruzaba el río, que no era el Hudson, que ni sé cuál era, pero que estaba allí, al lado mismo del bar.

A estas alturas de mi sensacional fuga, podría pensarse si no me daba cuenta de la preocupación de mis tías, y en su alarma, cuando hubieran ido a

despertarme aquella mañana y se hubieran encontrado, socorro, socorro, con que su sobrinito Daniel había volado. La respuesta es sí y no. Me preocupaba no haber dejado una nota en la que les explicara qué había decidido. Pero si les hubiera dejado una nota, se habrían asustado igual. Además, tenía claro que yo en esa casa estorbaba. Nos queríamos mucho todos, o no sé si tanto, porque ni lo pensaba entonces ni lo pienso ahora, la verdad, pero no había sitio para mí. Y más ademases. La sola idea de decidir lo que tenía que hacer al día siguiente no me dejaba pensar en nada: seguir caminando, coger el primer coche de línea, llegar a tiempo para sacar el billete a Barcelona. Era como si otro Daniel, más nervioso, que pensaba lo justo para ir tirando, se hubiera puesto en mi cabeza y mandase sobre el Daniel de costumbre que todo lo piensa doscientas veces.

Debajo del puente no se estaba mal. La noche era bastante calurosa. Si al amanecer tenía frío, pues mejor, porque así iba a despertarme y empezaría a caminar hasta el pueblo, hasta la parada del coche de línea. Estupendo. La jornada había sido muy larga, había caminado, había corrido, había vivido las emociones de SURF-PARTY y, la verdad, estaba agotado. En fin, que ya estoy durmiendo. Y antes de que me pudiera enterar ya era el día siguiente.

Abrí los ojos. Vi la posición del sol. Me di cuenta de que era bastante tarde. Me miré. Resulta que, mientras dormía, había ido resbalando hasta llegar a un charco de fango en la orilla misma. Estaba, más que manchado, rebozado de arriba abajo. Me lavé la cara y las manos en el río, me peiné un poco con los dedos y me encaminé hacia el bar del día anterior.

Cuando entré, la camarera y los otros, que eran los mismos, me miraron como, no sé, como si vieran entrar a un pariente muerto hace años. Yo no digo que mi aspecto no sugiriera que me acababan de desenterrar. Tampoco digo lo contrario, porque yo era joven y alocado, y esas cosas ahora sé que algunos las tienen en cuenta a la hora de juzgar y dicen: «Bueno, mira...»

–¿Tiene hora española, admirable dependienta? –pregunté.

–La una... –La camarera dijo algo así como «La ana», porque seguía con la boca abierta.

Había perdido otra vez el coche de línea. Pues bueno. En el fondo me alegraba. Así podría volver a jugar unas partiditas en SURF-PARTY.

Debería llevar unas treinta partidas cuando me di cuenta de que el bar estaba lleno de gente. Todos me miraban con la boca abierta. Yo les miré a ellos. Como empezaba a creer que era una costumbre de aquel valle, algo así

como un saludo, abrí la boca a mi vez. Y quizá fuera al verme con la boca abierta, aunque no creo, cuando uno de aquellos individuos dijo:

–Ya sé quién es. El nieto de Basanta.

–*O tarabelo?* –preguntó otro. Para el que no lo sepa, diré que «tarabelo» es indicación de rareza. Por lo menos.

–De casta le viene al galgo –añadió el del cigarro del día anterior. Mismo hombre y quizá mismo cigarro.

Me habían descubierto. Pero no había de qué preocuparse. Si disimulaba, si hacía como que no pasaba nada, ellos no pensarían que me había dado a la fuga. Me quedaban seis partidas en el marcador. Las jugaría tranquilamente y luego me iría, silbando en plan disimulo, hasta la parada del coche de línea.

Coincidencias de la vida. Fue en ese momento, teniendo yo más prisa que nunca, cuando mi dominio sobre la máquina era tal que no paraba de hacerme partidas. Y no era cuestión de dejarme ganar. Ni de abandonar las partidas para que las jugaran otros, y más aquellos. Total, que el Daniel nervioso de mi cabeza se puso a imaginar que jugaba contra los chicos que estaban dibujados en el cristal, y que las chicas dibujadas miraban cómo no dejaba de hacer partidas y gritaban «¡Muy bien!» y «¡Yupi!» y no paraban de dar saltos. Y, mientras tanto, dale que dale a los mandos, y la máquina sumando puntos y el «¡tac!» fuerte cuando me hacía partida. No estaba jugando a la máquina. Estaba en la máquina y eso era lo más parecido que se podía estar en otro sitio sin mover los pies más que para jugar, en armonía con el resto de tu cuerpo, tal que ríen los negros. Y bien que se ríen...

A las cincuenta o cincuenta y cinco partidas, mi tía Brígida me pegó un bofetón que ni te cuento.

Aún estaba alelado por el impacto, cuando me arrastraron hasta la puerta del bar y al coche de Severino. Severino era uno de la aldea, el único que tenía automóvil, y por lo que me pude dar cuenta entonces, por cierta manera de hablarse entre ellos, o no hablarse, mejor dicho, que nada tenía que ver cuando se saludaban al cruzarse en un camino y yo iba con mi tía, o cuando se encontraban en misa o en una verbena, el tal Severino tenía también muchas ganas de subir y bajar escaleras de mano por las noches, cuando todos duermen. Por eso, cuando mi tía Brígida empezó a dar gritos, que yo no la había visto así en mi vida, y a decir no sé qué del disgusto que le había dado y no sé cuántos de que si hasta mi abuelo se había levantado de la cama y casi se muere, y que si no sé qué de que mi padre se iba a morir también de

vergüenza cuando se enterara y, sobre todo, de que cuando llegáramos a casa iba a saber yo el precio de un peine de la paliza que me iba a dar, no tuve más remedio que decir:

–Como me toques un pelo, con peine o sin él, le digo a todo el mundo que este –«este» era el Severino– viene a verte por las noches.

Silencio total, señores. No se habló más en todo el viaje. Ya sé que lo que hice está muy mal hecho, ya lo sé. Y aunque en ese momento yo no creyera ni en los Hombrestachán ni en ninguna otra creencia, sabía que lo dicho no era lo que los Hombres-tachán deberían ir diciendo por ahí. Era una especie de voz rara la que me lo decía. Como si no fueran pocas las voces de la conciencia, así, normales, ahora me salía una nueva sin comerlo ni beberlo. Pero, claro, te das cuenta de que si no haces según qué cosas te toman por tonto. Y si yo no llego a decir lo del novio nocturno, mi tía Brígida me pone a caldo. Y no me puso.

Llegué a la aldea. La tía Consuelo se me echó encima y se puso a llorar. Creí ver por un momento la cara de mi abuelo en la ventana. Volví a mirar y ya no la vi. King contempló el espectáculo un momento y luego siguió durmiendo. Yo aquello lo vivía, pero era como si no lo viviese, como si fueran otros distintos a los que yo conocía los que lloraban, los que daban vueltas de acá para allá, los que decían: «Es que no me extraña...» Pues a mí tampoco me extrañaba, porque los extraños no se extrañan de los extraños.

–Vete a tu habitación. Estás castigado –dijo mi tía Brígida. Y dijo eso algo acojonada, la tía, valga la redundancia–. Y lávate y cámbiate, que pareces un vándalo.

Me metí en mi habitación. Escuché la llave de la puerta al cerrarse. Me encogí de hombros. Me cambié de ropa. Me tiré encima de la cama. Me puse a pensar.

Y lo que pensé fue que mi fuga había sido un desastre.

Como el crack del 29, vamos, que supuso un antes y un después en el modo de actuar de aquellos que más que prohombres eran titanes. ¡Vaya aventurero estaba yo hecho! Cruzó un bosque por la noche y me quedo embobado delante de una máquina de millón. Me echo a dormir debajo de un puente y quedo hecho un pingajo. Me descubren a la primera de cambio. Y saber que no eres del grupo de más que prohombres, titanes, aunque solo sea de momento, da rabia.

Me quedé dormido y empecé a soñar.

Y no sé lo que soñé, que siempre sueño carajadas que se me olvidan en nada. Pero me gustaría haber soñado que estaba en una playa llena de máquinas de millón mientras chicos y chicas decían algo así como *guachinguor* y lo repetían muchas veces y bailaban una música que no había oído en toda mi vida. Yo quería dejar de jugar a la máquina y bailar con ellos, pero los dedos no se me despegaban de los botones de los mandos y entonces me ponía muy nervioso y empezaba a cantar esa música que no había oído nunca, pero era como si estuviera pidiendo ayuda. Y entonces me veía corriendo por el bosque, pero no escapaba, sino que llegaba a casa y había una escalera bajo la ventana de mi habitación y subía cantando esa canción que no había oído nunca. Había llegado de pronto y nadie me había visto, o eso pensaba en el sueño. Me metía en la cama, me tapaba con las sábanas y entonces se abría la puerta de mi habitación. Era mi abuelo con un pijama rojo. Yo tenía miedo, porque nunca había visto a mi abuelo con ese pijama. Una de esas sensaciones tontas que tienes en los sueños, que ni siquiera tienes, sino que te imaginas que tienes, soñando que has soñado. Mi abuelo se acercaba hasta mi cama, se agachaba y me decía al oído: «Ya has descubierto el indicio.»

«Regla primera: descubrir el indicio en lo evidente.»

Y yo aún tenía más miedo.

Cuando a la mañana siguiente escuché a mi tía Brígida gritar: «¿Quién ha abierto esta puerta?», y esa puerta era la mía, fue cuando me asusté de verdad, y entonces me inventé el sueño que no había soñado, a lo mejor.

Pasaron dos o tres días y yo seguía castigado. Mi humor había mejorado mucho. Le había empezado a encontrar el lado bueno a mi aventura. Lo he dicho ya más o menos, pero las historias que me contaba mi abuelo de La Habana siempre o casi siempre me habían parecido una auténtica locura y, la verdad, casi mentira. Pero ahora que me daba cuenta la mía, a menor escala, también había sido bastante loca. Y no era mentira. Y eso podía querer decir que en las aventuras de mi abuelo podía haber algo o mucho de verdad, y que no todo eran exageraciones y disparates. A la gente que es de una determinada manera le pasan esas cosas. Y el quid de la cuestión, o eso pensaba yo entonces, era verle el lado divertido a esa historia. Me había fallado la ambientación, como si dijéramos. No era sitio de aventuras, aquello. No era Klondike, Yukón, por un lado, ni París, Francia, por otro. Y no había otro mal que no ser aquel más que un sitio con vacas y tipos con

cigarros liados, que te dicen que eres un enano y ahí se morirán de imbecilidad diciéndolo, los imbéciles. Es como el veneno con color de Cola Cao que te dan mezclado cada día en la leche para hacerte sufrir. Y si no lo piensas, si no caes en la cuenta, te encuentras sufriendo y volviendo a sufrir que hasta echas de menos el sufrir como echas de menos el Cola Cao en la leche, que aunque esté envenenado te da gusto y lo necesitas. Y no puedes vivir sin el sufrimiento como me imagino que le pasó a mi tía Consuelo cuando se fue de maestra a otro pueblo y se empezó a comer las tizas de colores. Que necesitaba sufrir, y si no había Cola Cao, pues se sufría con otra cosa. Pero era mejor sufrir con el Cola Cao, a menos que hubieras descubierto el contraveneno del Cola Cao. Y yo lo había descubierto en la máquina de millón SURF-PARTY. Evidente.

«Ya has descubierto el indicio en lo evidente.»

En eso pensaba yo mañanas, tardes y noches, mientras me traían la comida a la habitación, que aflojar no aflojaban. Una semana o diez días así hasta que oí el sonido del motor de un coche a la puerta de casa. Eso no era normal. Solo mi padre, cuando venía, acercaba el coche hasta la puerta de casa cuando la carretera dejaba de ser carretera y, si cogías el desvío, se volvía un camino que bajaba hasta nuestra casa y a las casitas de los Lechuzos y a las cuadras. El del pan, el de la carnicería, las visitas, siempre dejaban el coche en un pequeño descampado que había en lo alto, en la misma carretera.

Enseguida oí la voz de mi padre. Era sorpresa y no era. ¿Qué pensar? ¿Qué hacer? Y los susurros...

La puerta de mi habitación se abrió. Mi padre, la tía Brígida, la tía Consuelo me miraban. Todos allí, menos mi abuelo. Ahora que no llevaba barba, mi padre parecía un indio navajo, hay que decirlo. Me acerqué despacio y le di un beso tipo cuando se acercaba John Wayne y decía «Jau», porque conoce las costumbres y, sí, hay un respeto, pero lo fundamental es que no salten todos encima de ti y te arranquen el cuero cabelludo.

Había su tensión y sus ganas de que aquello explotara, no sé por parte de quién. Pero el encierro es lo que tiene, que endurece:

–Quiero irme contigo –le dije a mi padre sin mirar a mis tías, como si no existieran.

–Ya... –me dijo, y no dijo más.

Mi padre dejó de mirarme y con la misma mirada, o sea que hizo como un barrido, miró a mis tías como diciendo «Vamos a parlamentar» y las tías me

miraron con rostro inescrutable, pero dejaron la puerta abierta. El castigo, por lo visto, se había terminado.

Esa noche cenamos todos juntos. Todos, todos, no. Mi abuelo no bajó: mi padre había entrado a verle y mi abuelo le había tirado un jarrón con agua. En la cena, mis tías y mi padre hablaban del tiempo, de las cosechas, de las vacas y de lo que habían votado o dejado de votar mis tías, y que ni hablar de perder el día entero para tanta tontería, y eso que había parado un autobús y se habían repartido papeletas de Fraga y bocadillos, que si hubiera sido un lacón aún subían. Pero se notaba que hablaban por hablar, porque si no hubieran hablado de mí, de mi abuelo y de la herencia por este orden de importancia. Mi padre decía que tenía que volver enseguida a Barcelona porque ahora había fiestas de partidos políticos y carnavales y cosas que antes no había y la orquesta tenía muchas actuaciones y que si no trabajaba no cobraba. Luego vi cómo mis tías miraban a mi padre como diciendo: «¿A qué esperas?» Y mi padre me dijo que subiera a mi habitación. A ver, me explico. Lo que hizo fue «mandar». Pero con poco brío, muy mal, para ser un padre, y ya no digo el padre de los Lechuzos, que les arreaba a sus hijos, mucho mayores que yo, unas hostias que ni Urtain y a todos a la vez, si le daba por ahí, que a ver quién se pelea con ese, que cuatro manos como azadones parecía que tuviera. Así que cuando mi padre me dio la «orden», yo estuve a punto de decirle: «¡Córtate el pelo, cherokee!», pero los cálculos eran los cálculos y ni un punto de esos cálculos iba a moverme. Así que di las buenas noches a todo el mundo. Subí con todo el ruido que pude las escaleras de madera, me saqué los zapatos, me tiré en la cama como quien se tira en una piscina para que se notara en el piso de abajo, me levanté y bajé muy despacio la escalera.

Y ahí sentado me quedé.

Estaba seguro de que ahora iban a hablar de mí. Pero entre lo bajo que hablaban y la puerta de las escaleras, solo oía frases sueltas:

–En la peor edad me lo quedo... –dijo mi padre.

–Tuyo es... –dijo Brígida.

–Un niño es... –dijo Consuelo.

–Pero mira el niño. Y la boca que tiene, que no sé dónde ha aprendido algunas cosas... –dijo Brígida.

–Pero es que si va al instituto aquí, a mí me da tiempo... –dijo Consuelo.

Pues a nada le dio tiempo, ni a acabar la frase:

–Tuyo es... –volvió a decir Brígida.

Para la tía Brígida yo parecía el corazón del Jesusito de su vida: «Tuyo es, mío no.» Y no se callaba:

–Tú, su madre no eres... Y está padre...

No se preocupen que lo explico: para mí que la tía Brígida estaba pensando en casarse con Severino y largarse de allí y dejarle a mi tía Consuelo con el muerto de mi abuelo. Es decir, con el muerto vivo de mi abuelo. Aquello era el sálvese quien pueda. Y esto lo he ido yo pensando con el tiempo, aunque poco tiempo le he dedicado, eso es verdad, como es verdad que poco tiempo merece. Pero sé que interpreto bien lo que allí se dijo porque tras las palabras de Brígida, que puso las cartas boca arriba, durante un tiempo solo se oía una botella moviéndose y el otro glu-glu, el del licor, hasta que oí un sonido que, aunque allí todo Dios era músico o maestro, solo yo distinguía: el de una de mis tías cambiando la botella de sitio y dejándola de un golpe en el sitio nuevo como diciendo: «Se acabó.» A mi abuelo se lo hacían cada dos por tres y ahora se lo hacían a mi padre. Y como mi padre era su hermano pequeño, pues aún se cortaban menos.

–Aquí la cosa está clara... –dijo entonces mi padre, y no sé en verdad lo que le cabreaba, porque, aunque se cabreaba poco, ahora algo cabreado parecía–. Y está claro que no he venido de visita. Aquí sobran las excusas y sobra la mala leche y sobra el hacerse la víctima. Eso es lo que más sobra. Que insultáis por insultar, como necias, como insulta el de arriba. Vamos a lo que vamos. Mío es, claro que sí. Pero ¿por qué está tan raro?

–Raro está porque está, que aquí mal ninguno le hemos hecho, todo lo contrario –dijo mi tía Consuelo.

–Se está haciendo raro –dijo mi tía Brígida–. Y hoy te hace esta y mañana te hará aquella. Y aquí y en Barcelona y donde sea, te lo digo yo. Y también te digo que muchas gracias por tenerlo ocho años. Y mantenerlo, que no se merecen.

Ya no quise oír más. Al día siguiente, hicimos las maletas.

Mi padre se fue al pueblo con la tía Consuelo a buscar el certificado de Graduado Escolar. «Daniel Basanta Vázquez: Sobresaliente.» Sí, sobresaliente, qué pasa... También se suponía que había aprobado dos cursos de Bachillerato Unificado Polivalente, o BUP, que lo de «polivalente» debe de querer decir que puedes aprobar de varias maneras, como si fueras normal o como aprobé yo.

Por la noche fui a despedirme de mi abuelo.

Llamé a la puerta. No contestó nadie. Abrí y me tapé la cabeza con los brazos por si me caía algo encima.

El bellaco del abuelo se puso a reír.

–Adelante, adelante...

Me acerqué, cogí una silla y me senté.

–Así que te vas –me dijo. Mi abuelo estaría encerrado, pero se enteraba de todo.

Hacía tiempo que no le veía de cerca. Estaba sin afeitarse, muy pálido y parecía que le costase respirar. Levanté un poco las sábanas por si llevaba un pijama rojo. Pero no. Su pijama era azul claro con rayas muy finas.

–¿Qué miras, Danielucho? –me preguntó.

–Nada. ¿Estás muy enfermo? –le pregunté. Como mis maneras diplomáticas, calcadas a las de Benjamín Disraeli, eran muy populares en aquel sitio, las mantuve hasta el final.

–Un poco. Pero enseguida me pondré bien y el verano que viene, o cuando vuelvas, te enseñaré a ir en moto. Lo tenía pensado.

–Ah... –dije.

–Bueno, vete a dormir, que mañana tienes que madrugar y a mí esto de las despedidas nunca me ha gustado.

Le di un beso.

–No seas nenaza –me dijo.

Benjamín Disraeli, como lo pienso lo digo: en la aldea tú fracasas.

Me levanté. Sacó un brazo de debajo de las sábanas y me alargó la mano. Pensé que mi iba a dar dinero, que era lo habitual en otros.

–Choca esos cinco.

Le di la mano. Cuando la aparté, él seguía apretando.

–¿Escuchaste el aviso? –me preguntó entonces.

–¿Qué aviso? –pregunté yo.

Él se llevó un dedo a los labios como diciendo que me callara. Caminé hasta la puerta. La puerta de su armario estaba abierta y podía haber mirado los pijamas. Pero estaba claro que no soñé lo que me había convencido en soñar que soñaba.

## 6. LOS DE LA CIUDAD SON MÁS RAROS QUE YO

¿Han sentido ustedes alguna vez lo que llamo «dolor de estómago de los viajes»? Es esa cosa en la boca del estómago y el estómago vacío. Y ese pasarte de todo nada más levantarte. «Coge esa bolsa.» «Toma esto.» «Ten cuidado.» Los mayores parece que estén preparados para esas cosas, porque van de acá para allá a toda marcha. Pero uno está medio dormido y no entiende nada y está muy nervioso, pero sin estarlo, porque parece que lo acaben de fabricar y esté atontado.

El coche de mi padre ronroneaba a la puerta de casa. Mi padre cargaba maletas y quesos y chorizos y jamones en el maletero como podía, que en el 850 Coupé no cabía ni un huevo. Mis tías lloraban a moco tendido. De pronto me puse a pensar, así, en plan solemne. Ahí estaba yo y ahí estaba también el sitio donde había vivido desde que me acordaba o casi. Ahí estaba mi padre y ahí estaban mis tías, que no podían estar más feas con tanta lágrima y no sabía si darles besos de verdad o lo contrario o qué. Y ahí estaba el gallo cantando y ahí estaba King, que también se daba cuenta de que pasaba algo extraño y ladraba como un descosido. Y ahí estaba el cielo amaneciendo, más despacio imposible. Y salieron todos los Lechuzos de sus casas a llorar también como si yo hubiera hecho algo bueno por ellos, o algo malo, o si hubiera pensado en ellos alguna vez o algo. No les iba a decir: «Fuera lloros, hombres y mujeres, que si a mí me dais igual, pues lo mismo vosotros conmigo.» ¿Qué era todo aquello? Al día siguiente estaría en Barcelona y todo sería nuevo. Nuevo. Y «nuevo» significaba que tendría que esforzarme, aguantar los cambios. Y que tendría que estar mucho tiempo solo porque mi padre trabajaba por los pueblos con la orquesta, con los Supersifón, con quien fuera, que ahora, también lo dijo la noche anterior, el doble tendría que trabajar. Y desde ese momento supe algo que si me lo hubieran preguntado el día anterior aún estaría riendo. Iba a echar mucho de menos todo aquello: a mi abuelo, a mis tías, el juego de los bolos, mis árboles preferidos, la lluvia cayendo poco a poco y a la gente tratándome bien y las tardes en la carretera saludando a los coches que pasaban, que a lo mejor solo pasaban tres o cuatro

en una tarde, y la merienda y a ponerme a leer *Más que prohombres, titanes* debajo del castaño y que la lluvia cayera y repicasen las gotas en las hojas y a mí me diera lo mismo, porque estaba seguro de que la lluvia, tan fina, nunca mojaría el libro. No he hablado de alguna de esas cosas antes porque no las consideraba importantes para la historia que quiero contar, la historia de mi rareza y la historia del Secreto de las Fiestas. Y a lo mejor sigo pensando que no lo son, pero cuando uno se pone en plan solemne, le da importancia a cosas que así, de normal, pues no se las da. En resumen, que cogí un cuchillo de cocina, salí por la puerta de atrás para que aquellos no pensarán que los quería matar a todos y me fui corriendo hasta el castaño y me puse a grabar mi nombre. Enseguida me di cuenta de que grabar mi nombre era muy poca cosa y me puse a pensar. Al final, lo que grabé fue esto:

DANIEL BASANTA  
HOMBRE-TACHÁN  
1979

Y hubiera seguido grabando porque, tengo que reconocerlo, tanta solemnidad y tanto momento importante molaban lo suyo. Pero enseguida empecé a escuchar:

–¡Daniel! ¡Daniel!

No era cuestión de dar más la nota. Eché a correr hacia la casa. Y ahí estaban todos esperándome en la puerta. Todos, menos mi abuelo.

–¡Ay, qué raro eres, Danielito! –Eso lo decía mi tía Consuelo entre lágrimas como si dijera: «¡Qué grande eres, benefactor de esta casa, filántropo has sido para nuestras vidas, y salvación de todas ellas, como muchos de los titanes del libro que te olvidas y nunca más echarás de menos!» Pero no decía eso, no. Nada de todo eso.

Entonces, berreando que daba miedo, mi tía Brígida me cogió y me pegó un abrazo que casi me asfixia y un beso en toda la frente que aún siento la presión porque casi me sorbe los sesos. Y yo ahí con los brazos abiertos y en una mano el cuchillo que unos días antes, para qué les voy a engañar, le hubiera clavado en la espalda. La tía Brígida me soltó y me metí en el coche. Miré hacia la ventana de la habitación de mi abuelo porque esperaba verle ahí arriba, despidiéndose con la mano, en plan reina de Inglaterra. Pero mi abuelo no estaba. El coche arrancó. Se metió en el camino. Subió la cuesta que llevaba a la carretera. Miré hacia atrás y vi a King persiguiendo el coche y a

mis tías a lo lejos, y los Lechuzos más atrás, debajo de una higuera saludando con la mano y secándose las lágrimas. Más atrás quedaba la casa.

Llegamos a la carretera. Tomamos la curva y alguien, ni recuerdo quién, nos saludó con la mano y yo pensé que esa sería la última vez que le saludaría, que esa persona de la que no me acuerdo volvería a hacer sus cosas y en esa aldea se haría de noche y luego otra vez de día y ya no estaría allí.

Seguimos por la carretera, cruzando el bosque. Llegamos al pueblo. Lo dejamos atrás. Prados. Bosques. Más pueblos. Muchos más pueblos. Ciudades. Puertos de montaña con unos precipicios de no te menees, que me río yo del Yukón. Luego fue todo bajada hasta que se acabó el verde y empezó el amarillo. Paramos a comer y mi padre no decía nada. Se levantó y se fue a llamar por teléfono. Volvió con la cara muy seria y no dijo nada. Luego cambió la cara con esfuerzo, pero seguía sin decir nada. Solo me preguntaba qué quería comer y esas cosas normales. Con la copita de coñac, empezaron las sonrisas y luego me dijo que estaba muy serio yo, que siempre estaba así de serio, que parecía Pamplinas. Que su padre, le contesté. Y la cara se le quedó como si le hubiera tirado una pedrada, aunque solo un momento.

–Es verdad. Perdona. A quien más te pareces es a Buster Keaton.

Ni puta idea, pero sonaba mejor. Le dije con la cabeza que sí, que era verdad, y ahora entiendo el chiste del cabronazo de mi padre. Eso, ahora que lo veo, y lo escribo, me doy cuenta de que mola. Se la metes doblada a alguien, con perdón, y el idiota, yo en este ejemplo, cae a cuatro patas, pero te callas y no se entera el otro ni nadie. Y cuando el otro se entera, si es listo, dice: «Mira, el tío...» Lo malo es que no se entere, o que se entere tarde, o que se entere y empiece a sospechar que todo el mundo se ha enterado y quiera venganza.

Echamos gasolina. Más carreteras y más casas y más pueblos y castillos en el horizonte y también castillos delante de uno o al lado mismo. Y ahora pensarán que soy un paleta, y lo era, a qué engañarse, pero me resultaba muy difícil imaginar cómo podía haber gente que pudiera vivir en sitios sin árboles, sin vacas y sin lluvia. Pobre de mí. No sabía lo que me esperaba. Paramos a dormir en el hotel de un pueblo, Burgo de Osma. Después de llamar por teléfono a vaya usted a saber quién y de cenar, mi padre empezó a roncar nada más tumbarse en la cama. Lo de roncar debía de ser cosa de familia. Me asomé a la ventana y estuve mirando la calle. Unos hombres

hablaban de sus cosas, asuntos que nunca me importarían. Un grupo de chicos pasó riendo y cantando. Y yo me imaginé que todos tendrían sus problemas, que a lo mejor no podrían dormir por las noches del miedo que sentían por algo, no sé, o una preocupación... Pero para mí ellos representaban entonces lo mejor que se puede hacer en esta vida, y ellos no sabían que yo estaba pensando precisamente eso. Los chicos y las chicas doblaron la esquina y yo, claro, no los volví a ver en la vida y para mí siguen riendo y cantando en aquella calle.

Llegamos a Barcelona la tarde siguiente. Edificios. Unos más altos, otros más bajos. Coches. Coches grandes, coches más grandes y más coches, y un olor entre gas y mierda al que enseguida me hice y ya dejé de notar. En fin, impresionante. Algo que yo debí haber visto y sentido cuando era pequeño, pero de lo que no me acordaba es que nada. Cuando me di cuenta de que tenía la boca abierta decidí no abrirla nunca más y fingir que nada me venía de nuevo. Llegamos a nuestra calle y entonces sí me di cuenta de que de algo me acordaba y que había soñado muchas veces con esa calle. Que esa era una de las tonterías que soñaba yo. Subimos las escaleras con las maletas y los chorizos y los jamones y los quesos. Mi casa. También había soñado con ella. Pero lo que son las cosas: pensaba que todo era mucho más grande. Y eso sería porque en el fondo de mi cabeza estaba el recuerdo de mi casa y entonces yo era muy pequeño y todo me parecía muy grande. Y ahora que yo era grande, pues todo me parecía pequeño. Y las velas esas y todo pintado como si fuera el cielo, medio como de moros, y los carteles de músicos negros tope serios con la trompeta al lado. Y también un cartel de un tío con boina, y en la boina una estrella. Aquel hombre se parecía mucho a Cantinflas por el bigote, y a mi padre por el pelo, y miraba como si le hubieran pillado en falta por algo y disimulaba, de eso no estaba seguro. «¡Comandante!», decía al pie. Lo que sí recordaba de siempre eran el piano de pared, que ocupaba lo suyo, y encima la trompeta en su estuche. También había una tele, menos mal.

Mi padre llamó al timbre del piso de enfrente. Abrieron la puerta y una señora de unos sesenta años apareció delante de mí.

—Esta es la señora Anita —dijo mi padre.

Y la señora Anita me abrazó y me dio un beso y me dijo todas esas cosas de la guapura y de la altura, etcétera. A mí me extrañó que esa señora, que no era, así, digamos, elegante, elegante, pero se la veía muy curiosa, que decían

mis tías, no llamara a la policía al ver que el cosaco de mi padre había raptado a un niño, que era lo que habíamos parecido todo el camino. Y la tal señora, sin conocerme de nada, me dio otro beso, me dijo unas cosas en algo que parecía francés, luego creo que dijo las mismas cosas en español, y no había ningún misterio porque eran las de la guapura y la altura, etcétera. Se repetía, sí, la señora, mientras con la mirada le venía a decir a mi padre que fíjate el niño, que parece de otro. Y mi padre me acabó preguntando por fin si es que no me acordaba de la señora Anita, que tanto me cuidó de niño.

—No.

Pues adiós, ya se sabe cómo son los chavales, y más etcétera. Nos pusimos a cenar. Yo miraba a mi padre y esperaba que me dijera algo de una vez. Eso no era nuevo. Cuando hablaba con la gente de la aldea, o cuando íbamos al pueblo y discutía con los amigotes, el tío no paraba de hablar, ya lo he contado. Pero conmigo no hablaba. Y no sabía si es que le importaba un pito, o es que no le salía hablar conmigo. No sé, no sé. A mí me costaba creer que mi padre fuera hijo de mi abuelo. Aunque los dos eran músicos, a primera vista eran lo menos parecido como personas que se puede encontrar en el mercado. Para que ustedes se hagan una idea, yo lo veía como una mezcla de mis tías, pero en hombre y disfrazado, claro es, aunque ahora en la ciudad no tanto, y más viendo a los negros y al de la boina con la estrella. Además, se había venido a Barcelona cuando tenía veinte años y sus modales tenían que ser distintos a la fuerza. El caso es que conmigo no habló nunca hasta aquella noche. Nos habíamos acabado nuestro queso y nuestro chorizo. Mi padre llevó los platos a la cocina. Volvió, se sirvió un whisky y me dijo:

—Bueno, Daniel, ya estamos aquí. Tú lo has querido.

Y se puso a reír. Yo no le veía la gracia por ningún lado. Mi padre siguió hablando:

—Ahora tienes que esforzarte en ser hombre y hacer bien las cosas. A partir de mañana, me tengo que ir de casa a las cinco de la tarde y llegaré sobre las seis, las siete o las ocho de la mañana.

«¡Vaya golfo!», pensé. Mi padre a lo suyo:

—Son los horarios de la orquesta.

—¿Cómo se llama esta vez?

—La Dinámica. Y ahora tengo un grupo de jazz-rock.

—Eso suena a coñazo fuerte.

—Ah, vaya... ¿Así que sabes de música?

–Sé bastante sobre la conga.

–¡La conga! ¡Vaya! ¡Un moderno!

Y a mí me extrañó que él no supiera nada de la conga, precisamente de la conga, pero a lo mejor no se acordaba o tenía otras cosas en que pensar y que decir.

–A lo que íbamos, Daniel. Yo llegaré a esa hora. Me echaré a dormir. Luego comeremos. Los días que libre, no muchos, podremos pasear por ahí. Hasta el invierno será, no sé..., rutinario. Pero a partir de entonces podremos estar mucho más tiempo juntos. O eso espero, porque a lo mejor organizo un trío para trabajar los fines de semana en bodas y comuniones. Pero entonces no será todos los días. El caso es ahorrar, que ahora somos dos, y lo mejor será que nos vayamos conociendo...

Y se puso a reír, pero como con vergüenza.

–Ya te he apuntado en un colegio. Empiezas en septiembre. Como verás, fui a la aldea con toda la intención de que volvieras conmigo. Por eso te apunté en el colegio. Si hubiera ido para que te quedaras, no te apunto en ningún lado. ¿Está claro?

–¿El qué?

Silencio largo. Diré una cosa: hasta disfrutaba un poco viendo lo mal que lo pasaba ese hombre al mismo tiempo que yo lo pasaba mal con él.

–Vas a pasar mucho más tiempo solo que los demás chicos. Esto te tiene que quedar claro. El primer año es el más difícil. No conoces Barcelona. Si uno viene de la aldea, Barcelona es muy grande y complicada. No te puedes fiar de nadie, porque, de verdad, hay gente muy extraña que te puede hacer mucho daño. Atracadores, drogadictos, gente de la política, terroristas, locos, vagabundos, gente rara porque sí... Si vas por la calle y se te acerca alguien que te invita a cualquier cosa...

–Un pedáneo.

–Un pedófilo. O un pederasta... –me corrigió como asustado–. Pero eso ahora no importa y además tú ya eres mayorcito para esos. De momento, y perdona que parezca desconfiado, solo te diré dónde comprar el pan y las bebidas. Aquí cerca. Aparte de eso, no salgas de casa bajo ningún concepto. Y cuando haya clases, de casa al colegio y del colegio a casa. Te daré unas llaves, pero solo para que bajes a comprar. Yo con el tiempo te daré toda la libertad del mundo, pero es que ahora...

No encontraba palabras. Y yo pensaba: «Este hombre algo tonto es.» ¿Qué

esperaba? ¿Que le pidiera mil pelas diarias para irme por ahí de cabarés? A mí lo de la libertad, pues qué sé yo, si te la dan... Pero con ver cuatro gatos de camino al cole, yo ya iba sobrado.

–Te llamaré cada noche desde el sitio donde esté tocando y me dices si hay algo. Cualquier cosa que necesites, se la pides a la señora Anita.

–Es muy vieja.

–¿Y eso qué tiene que ver?

–Que no es tu novia. Pregunto solo...

Se echó a reír.

–No te rías, que el Severino es mayor que la señora Anita y bien que la tía...

Y mi padre aún se reía más.

–Pero ¿qué tía? ¿Y tú qué sabes?

–Brígida.

Y más risas... Y luego:

–Me parece que me ahorro explicarte cuatro cosas.

–Es que en la aldea no hay tele.

Y más risas...

–Sí, tú ríe, que me parece que también estoy aquí por eso.

Dejó de reír mi padre. Y así, como embistiendo, se levanta y me da un beso en la frente.

–No seas nenaza –le dije para que siguiera riendo. Pero le cambió la cara.

–Tu abuelo nunca pierde el tiempo... –Y luego, como si ya se acabara la risa, me preguntó–: ¿Está claro lo que te he dicho? Lo demás ya lo iremos viendo sobre la marcha.

Me fui a dormir. A los cinco minutos, mi padre roncaba. Salí al balcón. Me puse a mirar. No vi a ningún atracador, ni a ningún comunista, ni a nadie así. En el portal de la acera de enfrente, un grupo de chicos y chicas hablaban y hablaban entre chulos y medio moscas sentados o apoyados en motos. A esos sí les seguiría viendo, pero ya adelanto que no aparecerán más en esta historia como tampoco otras cosas que hasta ahora he ido contando.

## 7. ME ABURRO, ENGAÑO A MI PADRE Y SIGO MI CAMINO DE RARO

Ese verano pasó despacio.

Yo, lo voy a confesar, tenía ganas de empezar las clases y conocer gente y todo eso. También tenía ganas de conocer chicas. De hablar con ellas. Y de tocarlas, claro. Pero era necesario ir por partes. Y yo, la única vez que había hablado con una chica había sido en el pueblo, en Galicia. Estaba con mi padre y sus amigos en un bar. Yo estaba cansado de estar con ellos y de cómo hablaban del Simón y del Garfunkel y comían pulpo y se bajaban el Ribeiro de un golpe y siempre pagaba mi padre. Así que salí a la calle. Ya estaba yo en la calle pensando en mis cosas cuando pasó una chica así como de mi edad. Fue la chica detenerse y ponerme rojo yo. La conversación fue la siguiente:

–Hola, ¿tienes hora?

–Pues no.

–Adiós.

–Adiós.

Toda una experiencia. Se crea o no se crea, recordé esa conversación un montón de veces.

Así que tenía ganas de empezar las clases y conocer a todo tipo de gente. Pero para eso tenía que pasar el verano y el verano no pasaba y en Barcelona hacía un calor que a mí no me convenía. Era como si traes un pingüino, por ejemplo. Algo menos. Un yak. Por mi parte había decidido no dar la nota y obedecer a mi padre en todo. Así que solo bajaba a comprar el pan y las bebidas. La panadería estaba en la esquina de casa y la bodega al lado. Más fácil, imposible. Así que, después de levantarme, bajaba a comprar. Luego mi padre se despertaba y comíamos juntos. Después, cuando se iba, me ponía a tocar el piano. Me había decidido a aprender a tocar el piano sin que nadie se enterase. Pero más que aprender a tocar el piano, lo que hacía era imaginarme que sabía tocar el piano y que todos alucinaban conmigo. Cuando me cansé de que todos alucinaran conmigo, dejé de tocar el piano. A las nueve o las diez llamaba mi padre y me preguntaba si todo iba bien. Estupendamente.

Más cosas que hacía. Me ponía a ver la tele y me aburría como una ostra. Toda la vida deseando tener tele y ahora me daba cuenta de que no me gustaba nada. Porque a mí la tele, la verdad, siempre me ha parecido una especie de broma. Todo el mundo tan contento y eso. Las pelis del Oeste, lo único, que me recordaban a la aldea, cada uno en su rancho, pero más como hubiera molado que fuese la aldea. Prefería la radio. Así que me ponía en la oreja una radio que tenía mi padre y me asomaba al balcón a ver pasar gente. Una vez intenté leer un libro que teníamos en casa y al menos la portada no echaba para atrás como esos otros que se llamaban *Siddartha* y *El tercer ojo* y *El almuerzo desnudo*. La portada que molaba y además pasaba en América era una que se llamaba *Mientras la ciudad duerme*. Lo de dentro era un tostón: la historia de una familia muy desgraciada y de un tío que se hace rico, pero no como los de *Más que prohombres*, *titanes*, sino estafando y casándose con una rica, que así cualquiera. Además, y eso es lo importante, no me enteraba de lo que yo quería enterarme, o sea, de qué pasa mientras la ciudad duerme. El único que se dormía era yo. Lo que más me gustaba, desde luego, era escuchar la radio. La música. Me metía en la cama, sin sábanas ni nada, porque hacía un calor que te morías, y escuchaba la radio, por lo menos, hasta las tres o las cuatro de la mañana. Y, según la canción, pues me imaginaba que estaba en tal o cual país, o con esta o con aquella. Mi padre tenía un tocadiscos y unos discos. Pero cada canción de los discos de mi padre duraba algo así como cinco horas y ni cantaban.

Una mañana mi padre me llevó al zoo. Y había pingüinos, que dije: «Eso me pasa por pensar mal», porque tenían una cara los pobres, que sin ánimo de hacer comparaciones con mi experiencia... Otra mañana fuimos al Museo de Cera: la gracia de ese sitio, supongo, es conocer al que se parece al muñeco, y, claro, yo ahí no conocía a nadie. Sigo. Otra vez fuimos a comprar ropa y ya le anticipé a mi padre que yo, de trampero, no me iba a vestir. Así que buenamente me compró lo que le iba diciendo sin dar opinión ninguna. Sigo. Otra vez cogimos el teleférico y vimos Barcelona desde arriba. No estaba mal, pero yo lo que quería era conocer gente.

Porque la gente nos rodeaba. Y veías grupos de chicos y chicas de mi edad. Y yo quería ser normal. Lo peor es que no me atrevía a decirle nada a mi padre, porque, aunque parecía estar tan contento explicándome cosas, la verdad es que se notaba que hacía un esfuerzo por sacarme de casa y que

cuando me sacaba dormía muy poco y estaba como mareado y olía a cubalibre que echaba para atrás.

Y tampoco le decía nada por otra cosa.

Otro de aquellos días, mi padre me despertó por la mañana. Venía de tocar. Me dio un regalo, y yo me acordé de que era mi cumpleaños: dieciséis. El regalo era una pluma Parker bastante estupenda. Luego fuimos a comer fuera. Y después volvimos a subir al teleférico, porque cuando me preguntó qué me apetecía hacer no se me ocurrió más que eso. Pero yo me sentía muy mal. Y me sentía muy mal porque hacía tiempo que estaba engañando a mi padre. Y no era un engaño, sino dos. Esa era la otra cosa que hacía que nunca me quejase de lo aburrido que estaba.

Ya les he dicho que iba a comprar todas las mañanas. Y les he dicho también que tanto la bodega como la panadería estaban en la esquina. Pero no he dicho que entre mi casa y la esquina había un bar, y que en el bar había una máquina de millón. Una tarde en que me aburría como nunca decidí bajar al bar y jugar una partida.

Menos mal que el bar cerraba pronto, porque a las treinta o cuarenta partidas, y cuando ya dominaba la máquina, que cada máquina es un mundo en sí misma, me dijeron que iban a cerrar y, qué curioso, me preguntaron por las buenas si tenía casa. Yo contesté que claro y todos los del bar se rieron. Luego me enteré de que era un chiste que siempre hacía el camarero cuando quería cerrar. A lo que iba. Al ver que cerraban el bar me fui a todo trapo para mi casa y llegué como dos minutos antes de que sonara el teléfono. La conclusión era que si me lo montaba bien con la hora, podía ir todos los días a jugar a la máquina.

Me di cuenta de que en la manzana de mi casa había ocho bares y que en seis había máquinas de millón. Así que a las cuatro o a las cinco abría y cerraba la puerta sin hacer ruido para que no me oyera la señora Anita, bajaba a la calle y decidía jugar hasta las ocho, a dominar cada mundo de cada una de aquellas máquinas de millón: Cabaret, Space Mission, Fireball, Mississippi... Pero siempre se me hacían las nueve o las diez. Y ese tiempo que iba de las ocho a las nueve o las diez me ponía con el corazón a trescientos, porque sabía que me tenía que ir, pero no podía dejar de jugar. No podía y no podía. Siempre pensaba: «Una más y ya está.» Y luego pensaba: «Bueno, ahora sí, la última.» Y luego: «Ahora, de verdad, la

última.» Y cuando acababa esa última salía del bar a toda prisa y los clientes del bar me miraban y decían:

–¡Qué chaval tan raro!

Esto que voy a contar ahora es la otra cosa en que engañaba a mi padre. Una noche llegué corriendo al portal y empecé a subir las escaleras de casa muy despacio para que la señora Anita no me oyera. Entonces me di cuenta de que el teléfono de casa estaba sonando. O eso pensé yo, que siempre pienso lo peor. Pero cuanto más subía y más me acercaba a casa, más claro tenía que sí, que era el teléfono de mi casa. No exagero si digo que el tiempo que tardé en subir los peldaños, abrir y cerrar la puerta sin hacer ruido, coger el auricular del teléfono y decir la excusa que yo tenía si alguna vez pasaba algo –«Perdona, papá, me había dormido»– fueron los momentos terceros o cuartos más angustiosos de mi vida. Y no sé muy bien explicar ahora por qué, pero lo fueron.

–Perdona, papá, me había dormido.

–No te has dormido. Vienes de jugar a la máquina.

Esto ya era fuerte. Pero lo más fuerte de todo es que la persona que hablaba no era mi padre. Era una voz de mujer.

–¿Quién es usted? –le pregunté.

–No me conoces... –dijo.

Claro que no la conocía. Yo, en Barcelona, si descontamos a la señora Anita, yo, mujeres, lo que se dice conocer, no conocía a ninguna.

–Ya... –dije–. Mi padre no está. ¿Quiere dejar algún recado?

–No, no, Daniel.

–¿Cómo sabe que me llamo Daniel?

–Yo sé muchas cosas de ti. Eres muy guapo.

–Muchas gracias. Y a mandar... –Eso se llama hacerse el playboy y a mí me salía de maravilla cuando no tenía que hacerlo en serio.

–Vamos a hacer una cosa. Si tú no le dices a tu padre que he llamado, yo no le digo que te escapas de casa para jugar al millón.

Esa tía me tomaba por tonto.

–Oiga, señora, que mi padre sabe que salgo por ahí.

A esas alturas yo ya tenía claro que esa mujer no era normal. A lo mejor era de esa gente extraña sobre la que me había advertido mi padre. Drogadicta, pederasta o las dos cosas. Así que la rematé:

–Bueno... –dije–. Pero solo llamar. Nada de vernos.

La mujer se rió.

–Si no tiene nada más que añadir, a sus pies, un honor y que usted lo pase bien.

Colgué cuando la tía ya se descojonaba. Y enseguida pensé: «¿A los demás también les pasan estas cosas?» Decidí no mencionarle a mi padre ni una palabra de todo eso, porque antes o después se sabría lo del millón. Y antes o después se sabría, esto no lo he dicho antes pero lo digo ahora, que hacía tiempo que se me habían acabado los ahorros y yo cada mañana le sacaba dinero a mi padre mientras dormía.

Y así pasó el verano. Me amargué porque quise. Por lo que he contado y por otra cosa que cuento ahora, porque si no la digo reviento. Y ya que me he decidido a contar mi vida, pues la cuento toda para que se entienda y se vea que soy raro, pero que no soy tan raro.

Si llegas a una casa que no conoces pero que es tuya, o en la que estuviste una vez pero ya no te acuerdas, tienes una sensación entre inquietante y sin freno. Y te pones a investigar con un suspense también inquietante y también sin freno.

Investigación hubo. Exhaustiva. ¿Y qué encontré? Muchas cosas. Billetes de avión para ir y venir de Londres el mismo año de nacer yo, pero antes. Allí se habría hecho mi padre un puto hippy, seguro. Billetes para mi padre y para mi madre: Mercedes Vázquez. Encontré también el título de maestro de mi padre, que podía seguir siendo maestro, pero ya ven, hasta las tantas por ahí. Y encontré el título de maestra de mi madre y a mi madre mismamente.

Ya he dicho que mi madre murió al nacer yo. Lo que no he dicho es que durante todo el tiempo que estuve en la aldea nadie me hablaba de ella, ni vi una foto suya ni nada. Y no preguntaba ni me reconcomía porque tampoco podía comparar y para mí esto de tener madre o no tenerla era como ser alto o bajo: que naces así y ya está. Y si te jode, te jode, pero no va a cambiar nada. El caso es que cuando llegué a casa me di cuenta, pero casi sin darme cuenta, no sé, pensándolo pero sin pensarlo, de que allí había muchas fotos de negros, pero ninguna de mi madre. Así que lo dejé estar. Pero un día de esos de investigación, abrí un cajón y encontré una caja de puros. Y ahí estaba mi madre. Y mi madre era bastante guapa. Se parecía a Laura Valenzuela, aunque no tan fina, esa es la verdad. Y estaba con mi padre en la foto riéndose en un sitio que parecía un desierto de Texas según lo miraras, que aquello era de un árido temible, o si le pones tanques, y le sacas el

campanario, como de conflicto árabe-israelí. Sisante, Cuenca, ponía detrás. En la foto, mi padre y mi madre se reían los dos, no sé de qué. A mí sí que me hacía gracia, aunque no una gracia graciosa, porque las fotos eran como antiguas y yo me di cuenta de que mi madre siempre sería así, como antigua. Y pensé que si habían ido a Londres a hacerse hippies, pues unas fotos podrían haberse hecho allí, más que en Sisante, Cuenca. Y un día abrí un armario y encontré ropa de ella, vestidos, y los olí y olían a polilla, que decía mi tía Brígida cuando quería decir naftalina. Y aunque en la foto mi madre iba muy puesta con su suéter y su collarcito, ahí había hasta pantalones y una minifalda que estaba por estrenar, porque aún llevaba la etiqueta puesta, que era de Londres, sin duda, que ahí ponía «Carnaby Street». Al principio me creía yo que aquello era un pañuelo, ya ven, y pensé que mi madre era una fresca. No hay más: eso es lo que pensé, puesto que bajaba del monte, como quien dice. Y otro día le pregunté a mi padre mientras comíamos:

–¿Y los abuelos?

–Querrás decir el abuelo... Tengo que escribirles un día de estos y contarles de ti...

–No, ese abuelo no, los otros abuelos.

–¿Qué otros?

–Pues los otros. Los de mi madre. –Juro que yo era la primera vez que preguntaba esas cosas.

–No nos hablan –dijo mi padre, y siguió comiendo.

Yo no dije ni pregunté nada más. «No nos hablan.» Sería a él. Seguimos comiendo y me di cuenta de que mi padre me miraba de vez en cuando. Así que no pregunté sobre Londres, ni sobre Sisante, Cuenca, ni de la minifalda pregunté nada, pero yo de vez en cuando abría el armario y me ponía a oler vestidos de mi madre hasta que me ponía a estornudar de la mierda de la naftalina. Y hay a quien le da por chupar candados. Y hay a quien le da por ir todo el día con una berenjena por ahí por los mundos.

Y un día oliendo los vestidos de mi madre vi que en el fondo del armario había una carpeta. Y la carpeta estaba llena de cartas. Eran cartas de amor que se enviaban mi madre y mi padre. Estaban ordenadas por fechas y da vergüenza mencionarlo, pero la última carta decía:

Mañana salgo para Valencia y ahí cojo el tren a Barcelona. Algo le he dicho sin decir a mi hermana Lola. Para que ate cabos cuando haga falta y no haya escandalera. Así que

mañana... Supongo que llegaré mucho antes que esta carta. Pero no importa. Tenía muchas ganas de escribirte, mi Paul, mi John, mi George y un poco mi Ringo. Un poco mucho bastante. No te enfades, que es broma. Estoy que me subo por las paredes. Todos tan tranquilos, como si fuera un día más y yo... Hasta mi padre me ha preguntado si mañana le iba a recoger de correos el diario *Pueblo*. Y le he dicho que sí. ¿Qué le voy a decir?

Tuya,

MERCHE

«De casta le viene al galgo», que hubiera dicho el del cigarro liado del bar donde vi la máquina SURF-PARTY. Esa carta también llevaba fecha del año de nacer yo, pero antes que Londres. Así que se dieron prisa en que yo naciera. Los nervios son lo que trae. Lo peor es que esta carta era como el principio del fin, vamos. Como el principio del fin del principio. Y esto ya parece una cursilada inmensa. Parece *Mientras la ciudad duerme*. Pero yo tenía que contarlos para explicarles que aquel verano casi acabo más raro que empecé. Y que entre esto y lo que pasó después, porque está a punto de empezar la acción vertiginosa, a mí casi me da un infarto. Y si no me lo dio después es porque lo raro en mí empapa.

## 8. TODOS VUELVEN AL COLEGIO MENOS YO, QUE EMPIEZO

Empieza el colegio. ¡Albricias!, que dijo Tomás Edison cuando inventó la bombilla.

Tenía muchas ganas de empezar el colegio y hasta me compré una cartera y todo el equipo, que mi padre, sus cosas tiene, pero tacaño no es, aunque a veces pusiese cara de misterio al levantarse y mover los pantalones como si fuesen maracas y como que echaba en falta monedas. Además, estrenaba pluma Parker. Llegué allí algo despistado y me dijeron a qué clase iba y subí un montón de escaleras y crucé un pasillo muy largo y enorme como la mansión de Drácula. Y por esos pasillos iban curas de un lado para otro y los curas no iban con sotana, pero enseguida, no sé, te dabas cuenta de que eran curas. Llegué a mi clase y conmigo entraban otros hasta que fuimos unos cuarenta, y treinta y nueve que me miraban. Aquello era tercero de BUP y ya se conocían todos como si se hubieran parido los unos a los otros. Mi primera impresión fue de desastre y les diré por qué. ¡No había chicas! ¡Éramos todos tíos! Muy hippy mi padre, pero me había enjaulado en un cole de curas sin chicas. Como con la tierra y el coche le pasaba, que la tierra para quien la trabaja, que eso se lo oí decir, que tacaño no es, repito, pero que entonces los Lechuzos se hubieran quedado con todo, eso aparte, y en cuanto al coche, nunca le faltaba un minuto para venga a abrillantar el Coupé y pasarle la esponja y buscar recambios. Y que alguien le dijera «Déjame el coche», que lo iba a tener claro. En fin, no era cuestión de desesperarse en lo de las chicas y el cole. Ya tendría alguna oportunidad por ahí, aunque no sabía muy bien por dónde, ni cómo, ni nada. Ahí, ya he dicho, todos se conocían y se gastaban bromas y se tiraban cosas y se llamaban por su apellido o por su mote. El Babosa se llamaba así porque era verlo y pensar: «Mira, una babosa humana», pero además, el pobre, para facilitar las cosas se llamaba Barbosa. El Caspa era el Caspa porque cargaba sobre los hombros la blanca Navidad en pleno septiembre. El Gorila, el Conejo, el Cabra... No sé para qué me había llevado al zoo mi padre. Que llamaran Monstruo al Monstruo no tenía ningún secreto al cabo de tres minutos de estar en clase. Lo de Cafetera me

costó más, pero parecía que le llamaban así porque era un desastre, y aunque nunca tuve trato con él, ni vi lo que se dice el qué de la metáfora, hice mío ese mote cuando hablaba conmigo mismo. Por surrealista, que el surrealismo lo dimos esa misma semana y surrealistas eran varios poetas importantes, que hasta uno español había ganado no hace mucho el Premio Nobel, que se empieza siendo surrealista y mira cómo se acaba. Había más motes, pero eso ahora no importa.

Entró un profesor y todos nos callamos, más o menos, porque los demás ya lo conocían, y sin faltarle al respeto, que no, pues tampoco era aquello Esparta, que también lo dimos en Griego esa misma semana, porque yo era de Letras, por si no lo he dicho antes o si no se ha notado. El profesor nos dijo que se llamaba Pagés y que era nuestro tutor y nuestro profesor de Literatura. Y aunque no tuviera más experiencia sobre docentes que mi tía Consuelo, no era el Pagés lo que yo entendía hasta entonces por un profesor, porque gastaba bromas de vez en cuando y hablaba así como diciendo: «¡Qué pasa, tío...!» El profesor nos copió el horario en la pizarra, nos contó cuatro cosas sobre lo que se esperaba de nosotros, nada del otro mundo, pues era escéptico, como no tardaría en descubrir en Filosofía, y luego dijo que en un papel pusiéramos nuestro nombre y contestáramos las siguientes preguntas:

- a) ¿Por qué has empezado la rama de Letras?
- b) ¿Cuál es tu libro preferido? Explica por qué.
- c) Di un objetivo en tu vida.

Y yo contesté:

- a) Porque quiero ser abogado, a lo mejor, que músico no voy a ser.
- b) *Más que prohombres, titanes*. Es un libro de biografías de gente que empezó de la nada y luego se hizo el Rey del Acero, el Rey del Petróleo y así. Se compran casas enormes y luego ayudan a los pobres. Todas las biografías acaban bien. Bueno, algunos se mueren, pero todo el mundo les quiere mucho y dice: «Ha muerto un gran hombre.» Pero, en fin, todo acaba bien. *El almuerzo desnudo* es una guarrada y ni se entiende.
- c) Ser normal.

Luego el profesor se fue y uno, me parece que el Monstruo, dijo:

–¡Babosa! ¡Barullo!

Y yo no entendía nada, pero los que se conocían entre ellos, o sea los demás, entendían de sobra. Cogieron al Babosa, lo tiraron al suelo, que ese era su sitio natural si lo pensamos bien, y se empezaron a amontonar uno encima de otro con el Babosa debajo y a pegarle patadas y de todo. Por lo visto, teníamos diez minutos de descanso entre clase y clase y hasta se fumaba. Lo del «descanso» es una manera de hablar, porque el pobre Babosa no creo que descansara mucho ahí debajo y recibiendo patadas. Total que siguieron las clases y así fue pasando el día. Y al día siguiente mi padre me preguntó que qué tal. Y yo le dije que muy bien. Y pasó otro día. Y otro más. Y yo estaba en casa y llamaron por teléfono. Era la mujer misteriosa de nuevo:

–¿Qué tal, Daniel?

Silencio. Yo no dije nada, porque me mosqueaba un poco todo aquello.

–¿No estará tu padre?

–No...

–¿Estás enfadado conmigo?

–No...

–¿Qué te pasa?

–¿Qué me va a pasar?

No dije nada más. Ella tampoco. Si dos personas están hablando y de repente dejan de hablar, y no saben qué decirse, da un poco de vergüenza. Pero por teléfono es que no sé, vamos...

–¿Daniel?

–Sí...

–¿Has empezado el colegio?

–Sí...

–¿Y qué?

–Pues nada. Bien. Oye, ¿cuántos años tienes?

–Eso no se pregunta.

–O sea, que eres vieja...

–Eso no se lo digas nunca a una chica.

–Es que las chicas no son viejas.

Se echó a reír, la tía, y luego me dijo:

–No se lo digas nunca a nadie.

Yo tendría que haberle dicho que nadie lo que se dice nadie era

mismamente ella para decirme nada sobre nada, pero me callé, de momento, y ahora se verá el porqué.

–¿Dónde vives? –Yo seguía preguntando. Pensaba hacerle un hábil interrogatorio hasta poder decirle: «¿Por qué estás demente perdida?» Se quedaría congelada.

–Aquí...

–Ya, pero ¿dónde?

–No te lo puedo decir.

Silencio otra vez. «Ya hablarás», pensaba yo. Y habló:

–Si te molesto, me lo dices y no te llamo más.

–Me da igual.

–¿Te lo estás pasando bien?

–¿Dónde?

–En casa, en el colegio.

–No lo sé, todo es nuevo. –Ya estaba, ahora venía mi pregunta–: ¿Por qué eres tan mística?

Dije «mística» en lugar de «demente» porque sonaba como demente y como rara, pero sin llamar demente ni rara.

–¿Mística?

–Sí. Eso de llamar y hablar con gente porque sí es de místicos y surrealistas y gongorinos. Yo sé de esas cosas porque también soy bastante místico, aunque no molesto a nadie. Y, además, me has seguido, porque sabías que este verano me iba a jugar al millón.

–Y ahora también juegas. Juegas todos los días al salir de clase.

¡La tía me estaba siguiendo de verdad!

–¿Y por qué cojones me sigues? –En el momento de clavar preguntas así viene bien tener una experiencia.

No dijo nada. No dije nada. Colgó.

Durante unos días aquello fue mi preocupación fundamental. Otra vez estuve a punto de contárselo a mi padre, pero pensé que tampoco había para tanto. Hasta que una noche primero y cada noche después, en la cama, cuando no te puedes dormir y empiezas a pensar cosas, me pregunté si la Mística no sería quien a lo mejor podía ser, que no había pasado lo que siempre me habían dicho que pasó, y era todo mentira, y yo había vivido engañado del todo y desterrado de la vida, ahí, entre vacas, por una falsedad. ¡Qué fuerte! Repito. ¡Qué fuerte! Eran pensamientos de esa clase que ya ni

los piensas, porque te duele de solo pensarlos. Y yo mismo tenía claro que estaba alucinando. O a lo mejor no. El caso es que a partir de entonces, al salir del colegio, me puse a buscar a alguien a quien pudiera pillar mirándome y se pareciera a quien yo me imaginaba que podía parecerse. ¿Y cómo la conocería? A lo mejor la pobre Laura Valenzuela pasaba por ahí y cargaba con el muerto. Ver, así, ver, no vi a nadie. Sobre todo entre tanta gente. Pero de todas maneras yo seguía dudando.

Así que estábamos comiendo mi padre y yo, callados como siempre, que él se acababa de levantar, y a mi padre se le salían los ojos de las órbitas viendo a una pava y a otra pava en la tele, que ya daba igual que cantaran, que bailaran o que dijeran que la ETA se había cargado a cuatro, que él las admiraba igual. Entonces aproveché:

–¿Cuándo murió mi madre?

Mi padre casi se clava el tenedor en el paladar. Fue como si me hubiera levantado y, pum, le hubiese dado una hostia en toda la cara. Dejó de mirar la tele:

–Ya lo sabes... ¿O no lo sabes?

–Dímelo tú.

–No es fácil de explicar... ¿A ti te lo han dicho?

–Sí, pero no me lo creo.

Se quedó con el vaso a medio viaje, como si se esforzara en que el pensamiento se le conectase, y entonces me preguntó:

–¿Y tú qué crees?

–Que se fue de casa porque era una fresca...

Dejó de comer. Se levantó de la mesa. Apagó la tele. Puso por primera vez, al menos delante de mí, la cara esa de «la que me ha caído encima». Desapareció en la cocina, se oyó una botella. Volvió y no precisamente contento:

–Son capaces de haberte dicho eso, los muy hijos de puta...

No era plan que pensara lo que no era.

–No, no, a mí me han dicho que se murió al nacer yo...

Pero mi padre no me oía.

–Unos hijos de puta, eso es lo que son... –Y me ahorro una serie de palabras que tenían mucho que ver con las que llevaba mi padre en la camiseta, que aunque estaban en catalán, yo ya las entendía: «LLIBERTAT D'EXPRESSIONÍ!»

Cuando se cansó de insultar a diestro y siniestro, pero básicamente a su familia, se levantó, salió de casa sin cerrar la puerta y fue a buscar a la señora Anita. La señora Anita, encima que la habían ido a buscar a toda prisa, entró diciendo «Que aproveche...» y «Si no es molestia...».

Mi padre le dijo que, por favor, se sentara, y le ofreció un whisky. Que si se había vuelto loco, un whisky, fue lo que contestó la señora Anita.

—¿Puede hablarle al chaval de Merche dos minutos?

La rareza corre por la sangre, lo que yo diga. No sabía qué hacer la señora Anita, a quien, precisamente, no había hecho yo caso ninguno desde que llegué por su falta de interés intrínseco, hay que decirlo, y también por el temor a que me delatara. Pero tonta no era y vio que mi padre algo tonto, a lo mejor, sí. Se lo pensó hasta que, muy seria pero delicada, dijo:

—Era guapa y muy simpática y muy buena chica. Y lista como el hambre, que dicen los castellanos... —Ahí se paró.

—¿Y...? —preguntó mi padre.

Enseguida pilló la onda, la señora Anita:

—Y al entierro no pude ir porque me quedé en la clínica por si pasaba algo con el bebé... —Me miró dando por descontado que allí, si se hablaba de bebé, de mí se hablaba. Pero como si en lo que acababa de decir hubiera dicho algo malo, enseguida le dijo a mi padre—: Perdona, Paco, pero esto es muy delicado.

—Es verdad, es verdad. La que me tiene que perdonar es usted... —Y tal como lo decía, yo creo que sin darse cuenta, mi padre ya estaba levantando a la señora Anita y como echándola a la calle.

«Tienes que cuidarte más...», fue lo último que le oí decir a la señora Anita antes de que mi padre se encerrara en su habitación dejando la comida en la mesa, así tal cual, a medias, como preparando una escena de gran ternura entre padre e hijo que no tuvo lugar porque enseguida se puso a roncar como un ornitorrinco y yo me tuve que ir al cole.

Como viera a la zorra de las llamadas le iba a ajustar yo las cuentas, por lianta, aunque fuera lianta sin querer. Porque, aunque todo quedara más o menos aclarado en ese punto concreto de la muerte de mi madre, yo veía ahí mucho enigma y menos ganas de hablar de las que son normales y naturales, que son pocas o ninguna, pero no para irse cogiendo cabreos de muerte si tu hijo te pregunta. Se dice lo que todo el mundo diría: lo del ángel, o lo de la santa, aunque llevara minifalda. Y quedas como un señor. Y más mi padre,

que pasa bastante de todo. Un tío tranquilo, vamos, pero que odiaba a su familia y no se sabía por qué ni hasta qué punto, o al menos no se fiaba de ella y pensaba que andaba diciendo mentiras cuando me había dicho la verdad.

Y asimismo fue como hice una conexión muy rara y empecé a pensar que todo lo que me había contado mi abuelo y yo había ido dejando correr mientras crecía y eso, pues que también era verdad siempre. O solo lo pensaba un poco. O yo qué sé.

Volvamos al colegio.

Las clases. Las asignaturas. Ya les he contado que mis estudios con mi tía Consuelo y mis exámenes en el pueblo no fueron lo que se dice exigentes. Fueron un pitorreo. Y ese pitorreo lo estaba pagando en el colegio. Que si escribía con faltas. Que si era muy guarro presentando los trabajos. Que si esto, que si lo otro. Y yo atendía lo que podía, porque seré muy raro, pero cuando habla alguien no sé qué me pasa que atiendo como si tuviera un imán. Y yo atendía, pero no entendía, porque me faltaba base, claro. Y el latín y el griego, nada. Y todo lo que tuviera que ver con las mates, que teníamos Comercio los que íbamos a hacer Derecho, nada de nada. ¡La probabilidad! Lo único que sabía de eso era que el que no tenía ninguna probabilidad era yo. Así que sacando Historia, que me entretenía, y Literatura, que era lo mismo más o menos, y además al profesor le caía bien, porque cuando el primer día de clase nos hizo aquellas tres preguntas, le habían hecho gracia mis respuestas, el resto de las asignaturas era una especie de agonía. Y un latazo. Yo lo que hacía la mayoría de las veces era ponerme a observar a la gente, porque, eso sí, por fin tenía gente a la que observar. Así que un día, mientras el profesor de Inglés decía no sé qué de *guaching guor* y todo el mundo andaba dando saltos por la clase, porque en cuestiones de respeto del profe de Inglés al Babosa había el canto de una uña, que diría la señora Anita que dicen los castellanos, y ahí sí que no había posibilidad de atención ninguna, me puse a escribir en un papel los grupos en los que se podía dividir la clase. Y eran estos:

a) Los empollones sin mancha.

Eran los que se sentaban delante, lo sabían todo, se peinaban con raya y no se metían en ningún follón. Estaban muy bien educados y siempre iban a preguntarle algo al profesor al final de la clase. Nunca he sabido qué narices le preguntarían.

b) Los empollones medio locos.

Estos sabían mucho de casi todo pero nada de lo que importa. Iban hechos unos guarros. No se metían en peleas, pero a veces la pelea se metía con ellos. Siempre llevaban unas revistas que ni siquiera veías en los quioscos: de música, de espiritismo, de ovnis, de dinosaurios. Cosas así.

c) Los graciosos que no lo son.

Estos decían chorradas en voz alta para que la gente se riera. Y la gente se reía. Pero es que la gente se reía por todo.

d) Los graciosos que lo son.

Estos sí tenían gracia. Alguna vez, no todas. Porque no se puede hacer gracia todo el tiempo. Por lo menos a mí, que soy muy exigente.

e) Los gamberros suaves.

Estos son los que, por ejemplo, te tiran una goma y cuando te giras se ponen a mirar a otro lado y cuando te vuelves a girar se ponen a reír como ardillas.

f) Los gamberros bestias.

Estos son los que queman una papelera, abren la ventana y tiran la papelera ardiendo por la ventana. Luego cogen al Babosa y también quieren quemarlo y tirarlo por la ventana.

g) Los papamoscas sencillos.

Estos pasan desapercibidos. Hacen como que atienden. Si el profesor dice «apunten», ellos apuntan. Si el profesor dice «levántense», ellos se levantan. Si el profesor dice, es un suponer, «cómense el bolígrafo», ellos se comen el bolígrafo. ¿Por qué? Porque están en otra parte. Aunque no muy lejos. Como por la esquina, más o menos. Y si te fijas bien, siempre tienen la boca abierta. Pero solo un poco.

h) Los papamoscas sin remedio.

Estos están en otra parte y no vuelven. Para mí que, cuando se levantan para ir a clase, su madre les da un sartenazo en toda la cabeza que les deja medio lelos y así van todo el día. En fin, que son tontos.

i) Los abusones directos.

Estos son los que van y abusan. Los abusones directos suelen ser muy grandes y repiten curso y son un poco o muy papamoscas sin remedio y un mucho también gamberros bestias.

j) Los abusones indirectos.

Estos son los que provocan a los abusones directos para que abusen. Daré

un ejemplo. Se acaba la clase. Un abusón indirecto susurra algo en la oreja de un abusón directo, porque los abusones indirectos susurran mucho. Acto seguido, como si recibiera órdenes, el muy imbécil del abusón directo de turno grita «¡Babosa! ¡Barullo!» y va hacia el Babosa, lo tira al suelo, le pega una patada y luego se tira encima de él haciendo la bomba. Entretanto, los abusones indirectos se ríen, ahí, a distancia. Je, je... Los abusones indirectos me caían y me caen muy mal.

k) El Babosa.

Pobre Babosa.

l) El Gallego.

Ese era yo.

No lo he dicho, porque no he encontrado el momento, pero a mí me llamaban «el Gallego». ¿Y por qué? Pues mucha imaginación no hay que tener. Pero cualquiera dice nada. Acabas como el Babosa.

## 9. MARCAS DE COCHES Y FUTBOLINES

Pues así estaba el asunto. Dentro y fuera de clase. Porque al salir de clase los grupos seguían siendo los mismos con alguna variación. Los abusones directos se iban con los abusones indirectos al bar de enfrente o a hacer algunas cosas que ya iré diciendo. Los empollones medio locos se juntaban con los graciosos. Los empollones sin mancha se iban a su casa, o a clases de inglés de verdad, o a hacer de monitores de casi todo. Yo me junté alguna vez con los empollones medio locos y los graciosos y un día fuimos a la biblioteca y otro día fuimos a ver *La guerra de las galaxias*, que aún se mantenía en cartelera, y supongo que aguantaba ahí gracias a esos, porque el Pérez la había visto treinta y siete veces, el Cebrià veinticuatro y al Bataller, que solo la había visto diecisiete, si no le escupían a la cara era porque eso no iba con los empollones medio locos. Lo suyo era el mirarte fijamente tras las gafas, como si estuvieras a un kilómetro de distancia. La Mirada, así le llamaba yo, con mayúscula. A mí esa película de las galaxias no me dio ni frío ni calor, y más bien me dio frío, pero a ver quién abre el pico. Darme de hostias no me darían, pero la Mirada tampoco era manca. Así que les dije algo que había pensado. Y lo que dije fue que mi abuelo se parecía mucho a Obi-Wan Kenobi, pese a ser Francisco su nombre. Lo único que me contestaron es que si la Fuerza estaba conmigo bien escondida la tenía y ni pillé el chiste y encima me miraron con la Mirada.

Llegó la primera evaluación y suspendí seis. Mi padre me echó un poco de bronca, pero no muy grande, porque en las notas el tutor había escrito: «El alumno tiene los típicos problemas de adaptación que sin duda superará.» Además, me habían puesto tres notables: uno en Literatura, otro en Historia y en Gimnasia también, no en vano era yo una cabra montesa hacía nada. O sea, que no hubo demasiada queja. Yo intenté apretar, porque tampoco tenía ganas de que mi padre se avergonzara de mí, así que en la segunda evaluación solo suspendí cuatro: Latín, Griego, Comercio e Inglés. Bueno, bueno, bueno. Mi padre me felicitó y todo, porque era un optimista, a fuer de hippy, y sobre todo porque ya pasaba de mí bastante. Después del día aquel en que pregunté por mi madre y su destino, creo que ya me dio por

irrecuperable y decidió que era yo una fatalidad por la que era imposible el combate. Algunas noches, medio dormido yo, oía una voz de mujer y trasiego, ya me entienden, y eso aún, que oía cómo las largaba con la excusa del niño cuando el despertador estaba a punto de sonar. Pero otras veces, aunque mi padre hacía «Shhhh» de tanto en cuando, venían a las tantas unos tíos que se pasaban el rato hablando de uno que se llama «Mails», y no dejaban en paz al hombre, pese a haberlo hecho todo en música y más que le hubieran pedido y hasta ponían discos para ilustrar tanto entusiasmo por «Mails». Y si el de la trompeta asmática infinita en duración era el «Mails», que con su pan se lo comieran, y si se querían morir así, con los oídos sangrando, era cosa suya. Y mi padre, que quizá por ser algo mayor cuando él hablaba todos se callaban, hacía el pitorro con los labios como imitando al «Mails» y yo recordé que mi abuelo me dijo que él hacía mejor el vibrato con los labios que uno que él se sabía con diez trompetas. Y a lo mejor se refería al «Mails», pero para mí que no. Cuando me levantaba, el piso olía a cuadra cuando cambias el estiércol.

Pero en fin, creo que, dentro de todo, esos dos o tres meses han sido la única época de mi vida, si descontamos cuando tenía un año y dos años y eso, en la que no me he sentido raro. ¿Se podía esperar más de mí? Pues sí. Ya verán lo que ocurrió, porque una cosa trajo la otra y luego la otra y yo, después de todas esas cosas que pasaron, volví a pensar, y ya seriamente, en aquello que mi abuelo me había contado del Secreto de las Fiestas.

Lo que pasó fue que en el colegio había modas. Como en todos los sitios, pero aquí eran modas distintas. Si un día alguien traía al colegio una muñequera de tenis, no pasaba nada. Pero si la traían cuatro, al cabo de una semana ya todos llevaban muñequera. Si uno llegaba cojeando, pues es que se había roto algo y pobre infeliz. Pero si ese alguien era el Subirana, o el Aznar, o alguno de los abusones indirectos, o alguien que molara de futbolista, sobre todo, pues a cojear todo el mundo que al llegar a clase parecía que todos volvían de Waterloo. Eso es a lo que me refiero cuando hablo de modas.

Pues sería enero o febrero cuando el Monstruo y el Daza y algún otro empezaron a traer a clase marcas de coche. Al salir del colegio sacaban un destornillador y arrancaban las marcas de los coches. El valor de las marcas era proporcional al valor de los coches: si uno arrancaba la marca de un Mercedes, o esa especie de diana que llevan en el morro, pues se convertía en

el novamás. Y si traías la de un Rolls, pues no te digo nada. Y nadie trajo la de un Rolls, pero traer, traían. Porque empezaron el Monstruo y el Daza y algún otro, pero no sé cómo, y que no me lo pregunten, enseguida empezaron a ir este y el otro y el de más allá. Y era muy curioso, porque, por ejemplo, el Bruguera salía un día con el Monstruo y el Daza, pero luego se iba con el Pérez, el Company y el Subirana. Y el Company se iba un día con el Rodri y el Bataller. En fin, que al salir acabaron yendo todos a lo mismo: abusones, no abusones, locos y cuerdos, todas las clases sociales de la clase unidas en la lucha. Yo no. Yo, sin divertirme mucho que dijéramos, bastante tenía con lo mío, porque salía de clase y caminaba hasta casa vigilando para descubrir a la Mística, y poniéndoles notas a las chicas que me cruzaba por la calle. «Esta un siete», «esta un ocho», «esta un cuatro». Más generoso era yo con las chicas que los profes conmigo. Una vez que llegaba a casa, cogía algo de la semanada, o todo, o lo que podía sisarle a mi padre, y me lo gastaba en la máquina. Y ya lo he dicho, y mil veces que lo repita no me canso: era un mundo cada máquina. Que si esta siempre tocaba por lotería si dejabas los mandos levantados. Que si aprendías a dejar que la bola te botara en un mando para darle con el otro y molaba su puntito, que cada día la movías mejor y reconocías mejor el movimiento, que a veces era cerrar los ojos cuando la bola empezaba a bajar para oír como en el centro de la mente el acero acelerándose en la bajada, que el sonido se elevaba, por decirlo así, encima de cualquier otro sonido, ruido o barullo, ni que jugara el Barça en la tele del bar. Como normalmente el martes ya no tenía un duro, bajaba de todos modos y me dedicaba a mirar y a esperar a que alguien me dejase una partida. Luego cenaba y me metía en la cama con la radio. En resumen, que a mí eso de las marcas de los coches me parecía una tontería y no iba. Entre clase y clase, la gente se intercambiaba marcas y se contaba aventuras («Me he colado en un parking», «Casi me pilla el dueño») o contaban que se la habían sacado a tal profesor, que sabían dónde tenía el coche aparcado y eso. Lo sabían todo. ¡Qué control! Hasta que un día estaba el Langa tan tranquilo con su destornillador sacándole la marca a un Renault 4, un coche miserable, todo sea dicho de paso, cuando levanta la vista y se encuentra con la mirada del padre Martí. El padre Martí era, cómo decirlo, un cura salvaje. Y el Langa salió corriendo. ¿Hacia dónde corres, Langa, y por qué? Era una fuga sin fin porque, además de ser un cura salvaje, el padre Martí era el director de BUP.

En todas las clases había un altavoz que colgaba encima de la puerta, y

cuando más tranquilo estabas se oía por ejemplo: «Rodríguez, venga a mi despacho, por favor.» Era la voz del padre Martí, que parecía la voz de Dios, y todos mirábamos al Rodri, por seguir el ejemplo, y el Rodri se levantaba y volvía al cabo de un rato y todo el mundo le preguntaba al Rodri qué pasaba y el Rodri decía que no pasaba nada. Pero el día que nada más empezar las clases escuchamos la voz del padre Martí diciendo: «Langa, venga a mi despacho», y no dijo «por favor», sí pasó.

Nada más levantarse Langa, una onda invisible de miedo recorrió la clase y todos nos dimos cuenta de que pasaba algo. Porque Langa, que no era un blando, tardó un buen rato en levantarse y empezó a caminar con la cabeza baja y con paso de esos de la gente que va a la horca en las películas. Y se acabó la clase y Langa no volvía. Y todo el mundo se preguntaba qué le estaría pasando a Langa. Y empezó otra clase y del altavoz volvió a salir la voz del padre Martí: «Bruguera y Daza, vengan a mi despacho.» Y no dijo «por favor» tampoco. Y cuando el padre Martí llamaba a esos dos, y juntos, es que pasaba algo. Y Bruguera y Daza tampoco volvieron. Y antes de que acabara la segunda clase el padre Martí ya había llamado a cinco.

Y la gente estaba asustada y preocupada y de mal humor, porque todos se imaginaban de qué iba la cosa. Y si tú, por ejemplo, habías ido alguna vez con alguno de los que estaban en ese momento en el despacho del padre Martí, te podías imaginar sin mucho esfuerzo que de un momento a otro te podían llamar a ti. Y si, también por ejemplo, tú habías ido alguna vez con uno que otra vez distinta había ido con el Langa, pues entonces, si había chivatazo, también te iban a llamar. Y unos a otros se pedían por favor que no dijeran nada y los otros contestaban que antes les tenían que llamar y que ya verían, porque al final allí cada uno iba a la suya.

Antes de que acabara la tercera clase ya eran dieciséis los que estaban en el despacho. Bueno, se ve que los habían llevado al auditorio y hasta que no dijeran toda la verdad y nada más que la verdad no saldrían. Ahí se demostraba que si no eras un miserable, las circunstancias te obligaban a serlo. ¿No se habían chivado de ti? Pues te chivabas tú, que callándote no ganabas nada. Al Langa le habían amenazado con expulsarle, que si no, no daba nombres. Al menos, eso dijo. Pero ¿quién le creería ahora? Y, además, después de los nombres que había dado, solo le esperaba lo peor. Algunos, los que se hacían el gamberro pero sacaban buenas notas, abusones indirectos en su mayoría, el Subirana y esos, dieron más nombres de los que había en

clase y luego se pasaron el día diciéndole a este y al otro que de ellos no habían dicho nada, sino de aquel otro que sabían que le caía mal a este. Lo dicho: unos miserables. Al terminar la mañana, los únicos a quienes el padre Martí no había llamado eran el Puig, un empollón sin mancha, y un servidor.

O sea, que habían pillado a casi todos por el asunto de las marcas.

La clase entera se llevó a casa una carta en la que salía lo que habían hecho. Por la tarde tenían que traerla firmada por sus padres y traer también las marcas de coche que tuvieran. Si no, estaban expulsados.

Esa tarde la gente parecía que volviera, esta vez sí, de Waterloo, que volver de Waterloo no es solo cojear y se nota cuando pasa. Unos con los ojos rojos. Otros con una mano marcada en toda la cara. Mucha derrota en el ambiente, sí, señor. Y lo que viene ahora ya es más de teatro que de cine, porque el padre Martí entró en clase con un saco y empezó a pasar fila por fila con el saco abierto en las manos. Con una mano cogía la carta firmada y con la otra acercaba el saco al que fuera para que el chaval en cuestión metiera las marcas que había robado y tenía en casa. Cuando les tocaba a algunos, el padre Martí ponía cara de que se le quebraba el esternón: «También tú, Subirana, hijo mío.» Se notaba que el padre Martí conocía el paño más bien a vista de pájaro. Algunos ni siquiera guardaban las marcas. Las sacaban de los coches y luego las tiraban. Robaban marcas porque estaba de moda. Y ya está. Esa tarde lo que se había puesto de moda era llevar la cara como un mapa. Luego el padre Martí se subió a la tarima y nos dijo que éramos poco menos que animales y que habíamos tirado por los suelos el prestigio del colegio. Hacía tiempo que recibía quejas de gente que aparcaba el coche cerca y él había puesto la mano en el fuego por los alumnos de la institución. En resumen, que se había quemado la mano. Y no se quedó ahí, no: dijo que no le extrañaba nada la actitud de algunos y que esos indocumentados se irían muy pronto del colegio, porque una manzana podrida puede corromper todo un cesto de manzanas y que esas manzanas podridas ya sabían ellos quiénes eran y los demás también, pero que le extrañaba que algunos alumnos con una actitud positiva, buenos compañeros, de conducta ejemplar y solidaria hasta hace muy poco, hubieran caído de esa manera. «¿Por qué? ¿Para qué?», se preguntó el padre Martí. Y yo le hubiera contestado que estaba claro: porque estaba de moda. Que la gente era así y parecía mentira que no se hubiera dado cuenta. En fin.

Bueno, pues el padre Martí, después de ese discurso tan sentido y de

insultar un poco «a quienes ellos ya sabían» y a todos los demás, se podría haber vuelto a su despacho y a otra cosa. Pero no. El teatro tenía que seguir. Por eso el padre Martí nos llamó a Puig y a mí y nos hizo subir a la tarima. Y empezó a decir que no solo éramos modelo de buena conducta, sino también de inteligencia y de personalidad, cada uno en su estilo, que eso saltaba a la vista. Y mientras hablaba me puse a pensar que si el Puig tenía personalidad, yo era bombero: porque Puig tenía exactamente la personalidad de su papá o de su mamá, de lo que ellos quisiesen que fuera. Y en cuanto a mí, tampoco había para tanto, porque si no había ido a coger marcas de coche era porque no me había dado por ahí. Y a mí, que las cogieran los demás me daba igual. Como si les operaban. Bueno, pues así fueron las cosas. Acabó la clase, y entre el pasmo y el estupor, veo que el Subirana se acerca al Monstruo y susurra que te susurrarás. Acto seguido, como si le hubieran llamado marica, el Monstruo enrojece y grita:

–¡Puig y Gallego! ¡Barullo!

Y al Puig no lo sé, pero a mí se me echaron todos encima y me empezaron a pegar patadas. Si la inteligencia consiste en que no te den patadas los demás, yo no era muy inteligente, porque yo robo marcas, y mi padre firma lo que sea, porque mientras no le roben la del Coupé yo creo que le da igual, que en su nube vivía, entre el «Mails», las tías y el Alka-Seltzer.

La otra cosa que pasó y que llevó a otra y al Secreto de las Fiestas también está relacionada con las modas.

Un día, el Daza y el Bruguera se hacían los chulos y se vacilaban el uno al otro:

–¡Bruguera! ¡Eres un marica! –gritaba el Daza. Ahora que lo pienso, el Daza siempre gritaba, nunca le oí hablar como las personas.

–¿Marica yo? –contestó el Bruguera–. Ayer estuve con la Chenta de los futbolines.

«Ayer estuve con la Chenta de los futbolines.» Analicemos la frase.

«Estuve.» Si yo sacaba notable en Literatura no era por nada. Así que sabía perfectamente que «estuve» era un eufemismo. Pero el Bruguera no era precisamente alguien que utilizara muchos eufemismos en su vida cotidiana. Más bien llamaba a las cosas por su nombre. Por eso lo de «estuve» se podía interpretar de muchas maneras, pero el Bruguera solo quería que se interpretase de una.

«Chenta.» Una chica en aquel mundo de hombres y babosas. Guau.

«Futbolines.» Tengo que reconocer que eso fue lo que más me interesó. Así son las cosas. Futbolines. Existían unos futbolines. Y los futbolines estaban llenos de máquinas de millón. Y donde había máquinas de millón, tenía que estar Basanta, el Gallego, yo.

Hablar de la tal Chenta se puso de moda como las muñequeras de tenis, cojear o sacarle las marcas a los coches. Y la Chenta empezó a ser como una especie de actriz de Hollywood. Y todo el mundo empezó a ir a los futbolines para ver a la Chenta como antes había ido a coger marcas de coches.

La Chenta. Si uno se ponía a escuchar lo que decían de ella, todas las versiones que podían contar unos y otros, pues no se aclaraba mucho. Porque de la Chenta decían:

- a) Está buenísima.
- b) No hay para tanto.
- c) Parece un quiosco.

(Este chiste lo dijo el Monstruo y lo debió de haber oído en alguna parte, porque a él, me apuesto lo que quieran, no se le ocurre. El chiste es: «Parece un quiosco porque es pequeña, pero tiene de todo.»)

- d) Es una puta.
- e) Es una estrecha.
- f) Es una antipática y una estrecha.
- g) Es una puta que no hay quien se le acerque.

h) Va con todos con solo acercársele, pero es una estrecha. En resumen: una calientapollas.

- i) Solo va con los mayores y no hay manera.

j) Vosotros os creéis que existe, pero solo es invención de una mente hipersensible y sobreexcitada.

(Eso lo decía el Casavella, que era un empollón medio loco y sin relieve, que no ganaba mucha popularidad diciendo cosas como esta, precisamente.)

- k) Es valenciana.

(Eso debía de ser de una importancia geoestratégica vital para esos memos.)

El caso es que un día, al salir de clase, escuché cómo Daza le decía a no sé quién: «¿Vamos a los futbolines?», y para los futbolines que me fui tras ellos. A una prudente distancia, todo hay que decirlo: después de lo de las marcas

de los coches caía bastante mal, y yo lo único que hacía esos días era no decir nada esperando que pasase la tormenta. Mi entrada en los futbolines merece otro párrafo.

Una larga hilera de máquinas de millón. Brillantes, multicolores, tintineantes, ding-dong-ding. Música celestial. En mi vida había visto tantas juntas. Y casi todas libres. El Daza y compañía habían entrado y se habían ido al fondo, donde estaban los futbolines, los billares y las mesas de ping-pong. Todo era como me habían dicho menos en una cosa: allí no había Chenta que valiese. Pero a mí me daba igual, porque ya tenía decidido que ese lugar iba a ser mi nuevo sanctasanctorum. El único problema eran, precisamente, mis compañeros de clase, que ya estaban empezando a entrar a montones y algunos me saludaban y otros no. A mí siempre me ha gustado hacer las cosas separadas, cada una en su momento. Bueno, no sé si me he explicado bien. Lo que quiero decir es que los compañeros de clase, si los tenía que aguantar, mejor era aguantarlos en clase. Las máquinas de millón eran cosa aparte. Solitaria. En plan el Llanero Solitario. Total, que me puse a mirar las máquinas una por una y entonces la vi:

SURF-PARTY.

Volvíamos a encontrarnos.

Pero había un problema.

El problema era que un armario con cazadora de cuero jugaba en ese momento en la mismísima SURF-PARTY y sin mucha intención de irse.

Me puse a mirar cómo jugaba.

Yo tenía un truco civil que aplicaba muchas veces. Si me ponía a mirar cómo jugaba alguien, siempre le decía qué tenía que hacer para conseguir partida. Así, a veces, si la gente se hacía partida, también me dejaba jugar un poco.

–Si te cargas todas las dianas se te enciende el SPECIAL WHEN LIGHT –le dije al armario.

Silencio en el armario.

Me di cuenta de que no utilizaba los mandos de arriba. Y eso era un desperdicio.

–Tienes unos mandos arriba –le dije al armario–: te ayudan a cargarte las dianas.

El armario giró la cabeza, que parecía que le costase, bajó la mandíbula

hasta localizarme con la mirada achicada en las proximidades del suelo y me dijo:

–Mira, capullo, como no te largues de aquí ahora mismo, de la hostia que te pego no te conoce ni tu padre.

Tengo que admitir que me llevé un corte. Me puse rojo que explotaba. Miré al fondo, por si alguno de mis compañeros había oído algo. Parecía que no. Cogí los libros, ya que la cartera la había dejado en casa el segundo día, porque en BUP nadie llevaba cartera, y tampoco llevaba la pluma Parker, que tenía todos los números para volar y no volver, y diciendo esto, que no viene mucho al caso, en apariencia, he ganado tiempo para no contar en detalle el patético y desolado momento de mi retirada. Me fui hasta la salida con mucha rabia y también, tengo que reconocerlo, con ganas de llorar. Me ahogaba. Llegué a la puerta, volví la cabeza y ahí seguía el armario tan tranquilo jugando con MI máquina. Entonces, vi el letrero:

SALÓN DE JUEGOS MULTISPORT

Horario: 12.00-24.00

Y tuve una idea.

Como el salón de juegos no estaba lejos de casa, haría una cosa, o varias: volver a casa, esperar a que llamase mi padre, que esa noche tenía un «bolo», como decía él, en Huesca, o sea que hasta la mañana siguiente no volvía, decirle que no había ninguna novedad, bajar a los futbolines y jugar a la SURF-PARTY hasta que cerrasen. Llegué a casa. Cogí el dinero. Intenté cenar, pero no me entraba la comida. Mi padre llamó a las nueve:

–¿Qué, Daniel? ¿Alguna novedad?

–Pues no.

–¿Te pasa algo? Te tiembla la voz.

–No, nada... Es que tengo la ventana abierta y hay corriente... ¿El vendaval no ha llegado a Huesca?

–Pues no... –Era un puto hippy–. Acuérdate de poner el despertador.

Como si se me olvidase alguna vez. Colgó. Colgué. Me puse el abrigo. Empecé a correr. La poca gente que había a esas horas por la calle se paraba a mirarme. Entré en los futbolines.

SURF-PARTY estaba ocupada.

Por una chica.

Una chica pequeña, pero que tenía de todo.

## 10. CONOZCO A CHENTA, ME CUENTA UNA HISTORIA Y ENTIENDO ALGUNAS COSAS

Me acerqué hasta SURF-PARTY con mi mejor aire de pistolero, mientras repasaba con la vista que no quedara allí nadie que hubiera podido ver la escena con el armario de la cazadora. Estaba ese que llamaban «jefe», pero al «jefe» nada le iba ni le venía. Me apoyé en el millón de al lado y me puse a mirar.

Al colarse la bola, fue la chica quien me miró. Luego siguió jugando.

Al cabo de un rato, se le acabaron las partidas. Metió otra moneda y vuelta a empezar.

Y yo miraba unas veces la máquina y otras a ella. Supongo que habrá que decir qué me parecía. Pues lo diré: así, de lejos, bien. Pero, de cerca, había que reconocer que no había para tanto. Es como esas películas que sin tú haberlas visto te dicen que son la hostia de buenas, *La guerra de las galaxias* sin ir más lejos, y te esperas tanto, tanto, que luego ni frío ni calor. Aunque frío no tenía, eso tampoco.

La chica no jugaba muy bien. Yo creo que no entendía la máquina y que jugaba por jugar. Un desperdicio. Pero yo no decía nada, no fuera a ser que me llevara otro corte.

Se acercó un tío. Un tío mayor. Como de dieciocho o veinte años. También se apoyó en una máquina y se puso a mirar. Se puso a mirar sin mirar, no sé si me entienden, porque hasta yo le notaba otra intención. Al cabo de nada, el tío mayor aquel preguntó:

–¿Te apetece jugar a mandos? –se lo preguntaba a la chica, no a mí. Claro está. Jugar a mandos es jugar cada uno con un botón, lo digo por si acaso.

–Vete a la mierda.

Así, pum. Y el tío se fue.

Después de que se le colara esa bola, la chica me volvió a mirar:

–¿Y tú?

Yo me empecé a cortar. Y eso que aún no había dicho nada.

–Estoy esperando. –Creo que nunca en la vida me había costado tanto esfuerzo decir nada. Es como si me viera a mí mismo desde fuera y se me

olvidara volver a meterme dentro de mí mismo para seguir hablando. El caso es que ella me dijo entonces:

–Tengo para rato.

Pero yo me quedé allí y ella también, claro. Volvió a meter moneda. Y otra vez.

–Hay un montón de máquinas –me dijo.

–Ya...

–Oye, tú eres un poco raro, ¿verdad?

–Ya...

–¿Ya qué?

–Que soy raro. De nacimiento, me parece...

Entonces se rió. Señores, un momento. Había que verla reír. Porque el «no hay para tanto» se convertía en «hay para mucho». Era como si alguien encendiese una luz. A todo esto, a mí me empezaron a temblar las piernas y no podía decir nada.

–¿Estás bailando? –me preguntó.

–No, no...

–Ah, me parecía que estabas bailando.

Yo no dije nada. Aunque a mí mismo me decía: «Estate quieto, coño.» Ella me volvió a mirar. Se volvió a reír.

–¿Quieres que pongamos a medias? Así esos... –«esos» eran cuatro individuos brutales que estaban mirando desde los billares– no vienen a molestar.

Yo dije que sí con la cabeza. Era todo lo que se me ocurría.

Pusimos a medias, pero sin jugar a mandos. Una bola cada uno jugábamos. Yo ya no sabía a qué prestarle mayor atención, si a la máquina, a la chica, o a los brutales, que también contaban. Al principio, no jugaba muy bien, y solo utilizaba esa manera mía vacilona de sacar la bola con una sola mano, que tensas con el pulgar el tirador hasta el tope y lanzas. Aparte de eso, no me atrevía a más virguerías no fuera a ser que la cagase. Tenía que olvidarme de que estaba delante de la chica de la que hablaban todos los de mi clase. Yo. Daniel Basanta.

Como a ella o se le iban todas directas o, en fin, era un desastre, yo gané algo de confianza, y la verdad, y no es por vacilar, no me costó mucho volver a cogerle el tranquillo a SURF-PARTY. Encendí el especial. Me hice cuatro partidas. Hasta sacaba la bola con el golpe ultraoculto de kung-fu, que

golpeaba a la parte de delante cuando la bola ya se había metido por un pasillo lateral y, condenada para siempre, corría hacia el agujero. Entonces cambiabas de mano el mando, por donde se hubiese colado, y te quedaba la otra mano libre, y con esa mano mismamente dabas el golpe, al propio tiempo que levantabas el mando y, de un salto, la bola volvía a entrar en juego. Era como una resurrección de bola, por decirlo así.

–¡Caray! –Ella había dicho «¡Caray!»–. Se ve que has jugado mucho.

–Sí... Una vez me fugué de casa y me pasé dos días jugando en esta máquina.

–Y yo, que soy tonta, me lo creo.

–Te lo juro. Me encontraron por eso. Me fui una noche. Durante esa noche crucé un bosque y ya no podía más... –una pausa para darle a la bola un golpe ultraoculto. ¡Guaka! Ya está–, no podía más y entré en un bar a tomar algo y vi la máquina. Y me quedé allá todo el día. Y cuando cerraron me puse a dormir debajo de un puente. Y al día siguiente me desperté todo sucio porque mientras dormía había ido rodando hasta un barrizal. Y entonces volví a jugar. Y ya me encontraron.

–¿Y en qué película pasó todo eso?

–En ninguna. Pasó en Galicia.

Ella se puso a mover la cabeza como diciendo «No tienes remedio, chaval».

Era su turno. Su turno en todo. Porque entonces me dijo:

–A mí esta máquina también me trae recuerdos.

–¿De qué?

–De cuando estuve en California.

California, así por la cara.

–¿Y cuándo fue eso?

–Hace dos años. Me contaron la historia de este. –Señalaba al tipo dibujado en la máquina, el surfista que abrazaba a las dos chavalas.

Ahí, si querías no creerte nada, era cosa tuya, porque, francamente, si la cuestión era hablar, pues se la dejaba hablar y hasta alucinabas si querías. Además, el asunto me interesaba bastante.

–Se llama Mickey Dora –dijo.

–Ah...

–Era el mejor surfista a finales de los cincuenta y principios de los sesenta. Le llamaban «Da Cat», que es como decir «el gato», pero significa como el

enrollado. Pero por lo visto tenía problemas con la policía, porque era medio delincuente. Entonces el surf se puso de moda. –Ella, no me lo invento, decía *sarf*–. Y eso no les gustaba a los tíos enrollados de toda la vida. Además, la música surf también se puso de moda. Y las películas de surf. Y todos querían conocer a Mickey Dora, hacerle fotografías. También querían que saliera en las películas. ¿Qué hubieras hecho tú?

–¿Yo? Pues salir en las películas.

–Pues muy mal. Porque eso es lo que hubiera querido hacer todo el mundo. Pero Mickey Dora, no. Mickey Dora solo quería hacer surf, porque el surf era su religión. Y más cosas. Una vez le preguntaron que por qué le consideraban el mejor surfista del mundo. ¿Sabes qué contestó? Va el tío y dice: «No lo sé, yo no vivo ahí.» Se refería al mundo. ¿Y sabes qué pasó con él?

Así que yo medio reflexionaba todo aquello, medio le miraba las tetas, cuando la Chenta me dice:

–¿Quieres saber qué pasó o no?

–Pues sí, sí.

–Que desapareció. Nunca nadie ha vuelto a saber de él. Unos dicen que se ahogó. Otros que se fue a Sudáfrica buscando la ola perfecta. Pero el caso es que nadie sabe dónde está. Y sus amigos no quieren decir nada.

–Eso es que se ha ahogado, seguro.

–Vete a saber.

Se hicieron las doce. El «jefe» nos dijo que ya era hora de irse a dormir.

Salimos a la calle.

–¿Nos fumamos un cigarro? –me preguntó.

–No fumo.

–Pues acompáñame.

Nos sentamos en un banco.

–Me llamo Chenta –dijo Chenta mientras encendía el cigarro.

–Ah... –Yo fingí que no tenía ni idea.

Me puse a mirar cómo fumaba sin decir nada. Tenía estilo. Esa chica era un misterio. En la calle no había nadie y corría una brisa fresquita. Era un momento así, que parece que le falta música o algo, pero que no le falta nada. De repente, Chenta se puso a reír.

–¿De qué te ríes?

–De ti...

–¿Por qué?

–Porque eres raro.

–Lo siento.

Se volvió a reír.

–¿Lo ves? Dices y haces unas cosas rarísimas. Digo cómo me llamo y te pones a mirarme como si se pudiera deducir el nombre de mi cara. Te digo que eres raro y me dices que lo sientes.

–Me llamo Lucho.

¡Alto! No se rían. Yo lo único que quería era estar a la altura. Y Lucho venía de Danielucho, que era como me llamaba mi abuelo. Chenta era algo especial, y yo, por decirlo así en plan un poco cursi, quería tener un nombre que solo supiese ella. Además, Lucho Basanta suena bastante bien. A cantante italiano, o algo así. Yo seguía intrigado.

–¿A qué fuiste a California?

–Conozco gente que vive allí. Estaba en De Efe por unas historias y subimos hasta la Baja, y ya que llegamos allí, cruzamos y nos dimos una vuelta con esa gente y tal.

No me enteraba una mierda de lo que me estaba diciendo.

–¿Gente?

–No me gusta mucho hablar de eso.

Se hacía la interesante, dijera verdad o dijera mentira. Eso estaba claro. Pero yo se lo perdonaba todo. Y tengo que reconocer que se lo perdonaba todo, pero que yo entonces no me daba cuenta de que se lo perdonaba. Me doy cuenta ahora, que me acuerdo.

–Me voy a casa. –Me señaló un portal al lado de los futbolines–. Hoy mi hermana no ha salido y si llego tarde me echa la bronca.

Esta frase tampoco era normal. No, señor. Parecía que hablara alguien mayor. Y Chenta no era mayor.

–¿Cuántos años tienes? –le pregunté.

Y se volvió a reír. Y ahora que escribo esto también me doy cuenta de que Chenta sabía la mar de bien que cuando reía dejaba embobado al personal.

–Quince. Si quieres también te digo cuánto mido. Y cuánto peso.

No dijo nada más. Y yo tampoco dije nada. Después de un buen rato, Chenta tiró la colilla del cigarro al suelo. Se puso de pie y la pisó.

–Yo vengo aquí cada día –dijo. Estaba señalando los futbolines–. Si quieres, pásate.

¡Claro que me iba a pasar! Pero eso no fue lo que dije, lo que dije fue:

–Ya veremos...

Porque a hacerse el interesante uno aprende rápido.

Llegué a casa. Me metí en la cama. Puse la radio. Me sentía, no sé, como un tío que acaba de ganar la medalla de oro y sube al pódium y suena el himno nacional.

Y me puse a pensar ideas emocionantes.

Y lo primero que me vino a la cabeza fue que me había ligado, más o menos, a la chica de la que todo el mundo hablaba en clase. Así, chas. Y eso que antes no había hablado con una chica en mi vida excepto con la que me preguntó la hora en el pueblo, que ni hora tenía yo entonces ni nunca. Y eso era un punto. Y también pensé que también era la primera vez que había salido solo por la noche. Y si esa era la primera noche, ¡cómo serían las demás! Y luego me puse a pensar que yo sería muy raro, pero que me lo había montado: en nada de tiempo, bueno, en casi medio año, había pasado de jugar con King, el perro lelo, a ver cómo fumaba Chenta en los bancos de enfrente de los futbolines. Y luego me puse a pensar que Chenta parecía una tía normal. Y yo aún diría más, una tía normal, pero a la vez muy rara. Era como si ella no se diera cuenta de lo rara que era. Más que promujer, era titana. Y me di cuenta de que le pasaba como a mí. Y que los demás querían ser raros y a veces lo conseguían, pero a base de insistir mucho, y así no vale. Y luego pensé otra cosa, primero casi riendo, pero luego todo serio.

Lo que pensé era que mi abuelo tenía razón. No, mejor, que me había contado la verdad. Una verdad que no lo parecía, pero que era, no sé cómo decirlo, la verdad de verdad si eras como eras. Chenta no era nada de lo que decía la gente de mi clase. Chenta era una Mujer-tachán. Bueno, una Chica-tachán. ¡Y además me había contado una historia! ¡La de Mickey Dora, el surfista! ¡Y todos los tachanes contaban una historia nada más conocerles! Y Mickey Dora también era un Hombre-tachán, porque no hacía lo que hace todo el mundo, pero no se esforzaba en hacerlo, sino que era así, que ni en el mundo estaba. Y volví a pensar en el Secreto de las Fiestas. Hice un esfuerzo para acordarme de todas las reglas, porque hacía mucho tiempo que no pensaba en ellas:

Primero: Descubre el indicio en lo evidente.

Segundo: Sigue el indicio para que el mundo no te alcance.

Tercero: Conoce al Tachán a través del indicio.

Cuarto: Guarda el Secreto aunque no lo conozcas.

Quinto: Aguanta la incertidumbre: date prisa, no te muevas.

Sexto: Escóndete entre la gente mientras bailas la conga.

Séptimo: Reconoce que el Secreto nunca termina.

Yo había descubierto el indicio en lo evidente. El indicio era la máquina de millón: SURF-PARTY. Y había seguido el indicio porque había vuelto a encontrar la máquina SURF-PARTY y había vuelto a jugar en ella y así me había olvidado del mundo, que me llamaba por teléfono en plan misterioso, o me llamaba Gallego, o me tiraba al suelo. Patadas, en general, me daba el mundo últimamente. Y había conocido al Tachán (a la Tachana) a través del indicio. Y luego no sé... Pero todo tendría que llegar. Estaba en el buen camino. Y lo más importante: todo aquello estaba pasando.

Casi no dormí esa noche.

A la mañana siguiente, las horas de clase se me hicieron eternas.

Mi padre, a la hora de comer, me preguntó por qué estaba tan nervioso y yo le dije que porque tenía un examen esa tarde. Y él dijo:

–Ah, bueno...

Y luego me preguntó:

–¿Y has estudiado?

Y yo le dije que sí. Y no mentía, porque para el examen que tenía había estado estudiando toda la vida, como quien dice.

Las clases de la tarde se me hicieron de fabulosa infinitud.

Y cuando sonó el timbre me fui hasta los futbolines corriendo a todo correr.

Y nada más llegar a la puerta vi a Chenta jugando en NUESTRA máquina.

Me puse a su lado y le dije:

–¡Hola, Chenta!

Y ella se puso a reír. Siempre digo reír, no sonreír, porque Chenta no sonreía, reía. Yo, en cambio, ni sonreía ni reía.

Al cabo de un rato llegaron Daza y el Monstruo y el Subirana y todos esos y se quedaron con la boca abierta. Y luego se pusieron a mi lado y empezaron a hablar de no sé qué chorradas para hacer como que eran amigos míos, los cabrones. Y Chenta me dijo:

–Lucho, ¿nos vamos a dar una vuelta?

Y Daza dijo:

–¿Lucho?

Y el Monstruo dijo:

—¿Lucho?

Y el Subirana nada dijo, ni susurró esta vez siquiera. Y ahí se quedaron los tres.

## 11. TODO VA MUY BIEN Y TODO VA MUY MAL

–¡Gallego! ¡Barullo! –Y todos se echaban encima y me daban patadas.

Si yo pensé alguna vez que iba a ser algo parecido a una estrella de la clase, me equivocaba. Y eso me pasa por imbécil.

Porque, por lo visto, hay gente a la que no le gusta que a otros les vaya bien. Eso ya lo sabía por las herencias y eso. Pero lo que ahora aprendía es que hay algunos que además tienen miedo de que las mentiras que han ido contando pueda llegar a saberlas una persona determinada, y que esa persona pueda llegar a fastidiarles el montaje que se han hecho de duros, de listos y de ligones.

Esa persona era yo.

Y cuando corrió la voz de que iba con la Chenta por ahí, pues algunos se acercaron en clase a decirme: «¡Qué suerte, tío!» Y, mira, eso me gustaba. Pero otros se acercaban a preguntarme unas guarrerías que no vienen al caso. Y otros venían a decirme que yo no era suficiente tío como para irme con la Chenta y que si no me daba vergüenza ir con una tía que había estado con todo el mundo.

Yo hacía como que me daba igual.

Ahora sabría contestarles y decirles a este o al otro: «Hey, tú, acércate, que te voy a contar a ti, y a todos esos, lo que yo hago y lo que NO haces tú.» También tendría problemas, pero por lo menos disfrutaría un momento y el imbécil de turno se llevaría un buen corte delante del resto de la gente. Luego tomaría mis precauciones, eso está claro. Pero yo entonces no hacía ni decía nada. Me parecía que estaba demasiado bien con Chenta y con las cosas que hacía con ella y, por lo visto, tenía que pagar un precio. ¿El precio era ese? Pues bueno. Y cuando había «barullo» dejaba que me tiraran y me dieran patadas y esperaba a que se acabase. Antes o después se cansarían. Pero no se cansaban. Y con el tiempo me fui hartando. Porque ya no me apetecía nada ir a clase por la cantidad de cosas buenas que me pasaban después. No atendía y hasta me volví un poco papamoscas sin remedio. Y si, encima, entre clase y clase te hacen la vida imposible, pues ya es el colmo. Aunque también hay que decir que ese lío desaparecía en cuanto me encontraba con Chenta y nos

íbamos por ahí a hacer cosas. Cuando digo cosas, no digo más que cosas, punto por punto estoy yendo. Pero de lo otro, hacer el gamberro y meterse en sitios y conocerlos y eso, y pasárselo de puta madre, pues cantidad.

Estableceré una especie de horario. Este es el horario que podríamos llamar normal, que solo cambiábamos cuando mi padre no tocaba o la hermana de Chenta no salía.

#### UN DÍA CON CHENTA

18.00-18.15: Quedar y pensar adónde íbamos.

18.15-21.00: A su casa o a conocer sitios.

21.00-23.00: Me iba a casa a esperar a que llamase mi padre.

23.00-...: Por ahí.

Y así todos los días. O casi todos.

Yo en todos esos días tenía, por así decirlo, dos objetivos: descubrir la ciudad y descubrir a Chenta. Y la verdad es que los dos objetivos se confundían. La ciudad. Los sitios. Enseguida me di cuenta de que en el tiempo que llevaba yo en Barcelona no había conocido nada. Hombre, había ido al zoológico y había montado en teleférico y había ido a un museo y a ver *La guerra de las galaxias*, pero, así, de normal, yo de la panadería, del colmado, del colegio, de mi casa y de los bares de la manzana que tenían máquina de millón, pues no había salido. Entonces, el día que quedaba con Chenta, pues Chenta me decía:

–Vámonos a las Ramblas.

Y a las Ramblas que nos íbamos sin pensarlo más. Y mirábamos a la gente y nos asomábamos a sitios raros y hacíamos un poco el ganso, burlándonos de los hippies y de las banderas y de los puestos de pegatinas de la política. Que allí en Galicia Fraga por lo menos te daba un bocadillo. A mí, claro, burlarme de los hippies y de los de la «Llibertat d'expressió!» pues algo me costaba, que en casa tenía a uno y no era tan bobo como a veces los pintaba Chenta, que no conocía a ninguno y creo que hablaba de oídas. Pero ella se creía que yo tenía padre y madre normales. Y yo pensaba eso, que era como un secreto, y no de las fiestas, precisamente, mientras todo pasaba ahora que lo recuerdo como en cámara lenta y sin miedo ninguno a nada.

Entonces Chenta decía:

–Vamos al Araña.

Y cogíamos un autobús, y cruzábamos la ciudad, y al Araña que

llegábamos. Y si ella tenía dinero me invitaba a algo, y si yo tenía dinero, los lunes o los martes, sobre todo, pues invitaba yo.

Y bajábamos al Araña, que era una especie de bar-discoteca, y yo hinchaba el pecho mientras bajábamos unas escaleras para parecer mayor y ahí estábamos.

¡Vaya gente!

Porque allí había de todo y, la verdad, uno se acojonaba un poco-bastante-mucho. Porque la música estaba a todo volumen, y la gente eran todos mayores y todos con el pelo como rapado y de punta, y si había alguien con melena, no se parecía en nada a mi padre, que mi padre cara de loco no tenía. Y algo se habría tomado la mayoría. Y Chenta se ponía a bailar y yo a mirar y a morirme del corte y mala hostia que me daba aquello y a no poder sacar los ojos de la escena.

Porque se le acercaban los tíos mayores y enrollados.

Y Chenta se reía mucho cuando se acercaban los mayores.

Y ya saben qué pasaba cuando Chenta se ponía a reír.

Y porque yo, delante de aquellos fantasmas, no tenía ninguna oportunidad por más que me bebiera mi cerveza como un tipo duro y me pusiera el cigarrillo en la boca, que ya había empezado a fumar y ensayaba en casa y en mi misma casa me caía a veces redondo del mareo.

Pero, la verdad, me alegra decirlo, es que nunca pasaba nada y Chenta volvía a mi lado. Y ya me fui acostumbrando con el tiempo a que los mayores se acercaran a Chenta y a que Chenta se riera de las cosas que decían los mayores y a que no pasara nada. Chenta siempre volvía a mi lado y eso era lo importante. Yo entonces le decía cómo se llamaba la canción que estaba sonando, porque en mis noches de radio aprendía un montón de grupos nuevos y eso. Y Chenta, a la que me parece que el nombre de las canciones y de los grupos le importaba más bien poco, me miraba como de cachondeo y se reía y nos íbamos.

Y otra tarde Chenta decía:

–Vamos a la Enagua.

Y yo ya supe que la Enagua era un bar de gente enrollada, pero no el rollo de mi padre, que me lo encuentro un día y me da algo.

Y Chenta decía:

–Vamos al Tibidabo, vamos al puerto, vamos al Boira, vamos al Mudanzas, vamos al Magic, vamos al Lipstick, vamos al Chocolate, vamos al

parque de atracciones, vamos a patinar sobre hielo, vamos al Lola, vamos a la Barceloneta, vamos al Bobby's, vamos, vamos, vamos...

Y así yo fui descubriendo mi ciudad. Creyendo que era mía, vamos, pobre de mí.

Hay que decir que eso pasaba, sobre todo, por las tardes y, sobre todo, los días en que teníamos algo de dinero. Las otras tardes las pasábamos en su casa escuchando música y contándonos nuestra vida más o menos.

Porque las tardes en que íbamos a su casa también eran bastante divertidas, no se crean. Porque no parábamos de hablar y de escuchar música, ya lo he dicho. O de mirar las revistas de su hermana y escuchar música y bailar. O de hablar y hacer planes y escuchar música.

A mi casa no íbamos nunca, porque era un imaginarse a Chenta mirando al de la boina con la estrella, al Comandante, y ver reírse a Chenta y morirme de vergüenza. Contaré cómo era su casa y así hacemos comparaciones y, de paso, cuento la vida de Chenta.

La primera vez que entré me sorprendí. Porque no era una casa normal. Había cuadros extraños por las paredes que representaban viñetas de tebeo, pero de un tamaño enorme. Casi no había habitaciones, sino solo un salón muy grande con su equipo de música y su tele, y un perchero con ruedas ahí en medio con cantidad de vestidos de colores muy chillones y un espejo muy grande. Y unos sofás muy bajos, blancos, que parecían sacos que hubieran rellenado. Espectacular todo. Y toda la ropa estaba tirada por aquí y por allí. Y los discos también. Pero ese desorden no parecía desorden, como en mi casa, sino algo mejor. Parecía que todo estuviera desordenado a propósito. No, a propósito no. Parecía que alguien fuera desordenado, sí, pero con estilo. Esa es la palabra.

Entonces Chenta dijo:

–Mi hermana es así.

Y yo pensé: «¡Pues qué bien!»

Luego Chenta me enseñó su habitación, que era más bien pequeña. Y en la habitación había dos carteles. Uno representaba a un surfista sin cara, pero con su tabla y todo. En vez de cara tenía un interrogante. Así: ? En la parte de abajo del póster decía: «*Da Cat is not the answer. Da Cat is the question.*» Y yo suspendía Inglés, pero a eso llegaba y sabía que significaba que el tío aquel no era la respuesta, sino la pregunta. El otro póster era de un tío que iba vestido como de marciano y, la verdad, parecía una tía.

–Ese es David Bowie –me dijo Chenta–. ¡Es guapíiiiiiiiiisimo!

Pues allá tú.

Luego fuimos a la habitación de su hermana. La habitación de su hermana era más grande, pero estaba casi vacía. También había un póster. Pero no era un póster, era la fotografía muy grande de una chica.

–Esta es mi hermana Marta.

Solo hay una manera de describir a la hermana de Chenta: ¡era guapíiiiiiiiiisima!

Tan guapa que casi daba miedo. En serio, tenía auténtico pavor a que asomara por ahí. Y algún día coincidiríamos. Tendría que estar prohibido ser tan guapa.

Antes de seguir contando lo que hacíamos en su casa, resumiré lo que Chenta me había ido explicando de su vida, de su familia y eso. Todo lo que decía era muy exótico, y yo, la verdad, no entendía nada.

Esto es, más o menos, lo que fui sabiendo.

Para empezar, Chenta era efectivamente valenciana, como señalaban los rumores, y se llamaba Vicenta, y al oírlo casi me muero de risa por dentro, porque Chenta tenía cara de todo menos de llamarse Vicenta. Vicenta Salaverría Panqueque. Su padre vivía en Valencia y su madre en México. Su padre era muy simpático, pero un caradura. Vale... Su madre era muy rica, buena en el fondo, pero bastante insoportable. Su padre y su madre estaban separados, pero se llevaban bien. Muy ocurrente. Chenta tenía dos hermanas: Isabel y Marta. Isabel vivía en Los Ángeles, California, Estados Unidos de América. Isabel se había casado con un americano que se llamaba William. Chenta decía «William» y hablaba de «William» como yo digo «Pepe», así, natural. Isabel y William daban clases de tenis. O sea, que yo deduje que Isabel y William no se mataban a trabajar precisamente. Marta vivía en Barcelona y era modelo. «No me extraña», pensé yo. Marta era, según Chenta, «la requetehostia». Todo lo que hacía Marta era «superflipante» y «alucinabas colorines» con las cosas que contaba y con lo que se ponía y con los sitios adonde iba. Caramba, caramba... Pero Marta se estaba cansando de vivir en Barcelona, porque Barcelona se estaba volviendo aburrida. ¿Aburrida? «Que se viniera a la aldea con las vacas», pensaba yo. Y si Marta se iba a Madrid, Chenta tenía que pensar otra vez con quién y dónde vivir, aunque seguramente iría donde fuera Marta. Yo no entendía nada y así se lo dije. Y Chenta me contó, un poco cambiando de tema, que a veces ella era así

cuando hablaba de sí misma, que durante años había tenido un profesor particular y ya le habían dado el Graduado Escolar, pero no había podido matricularse en BUP y tenía que esperar hasta el curso siguiente. Ante todo calma, vamos. Y había estado un tiempo en Valencia, pero allí no tenía amigos, porque había pasado algún tiempo viajando sin parar y luego en México y por ahí. Y un día se le había ocurrido tirar un cohete a unos vecinos que hacían barbacoas casi todos los días en el jardín de la casa de al lado y no paraban de molestar (¿...?). Y había sido una pasada, aunque su padre, lejos esta vez de sus maneras habituales de simpático y caradura, se había cabreado que no veas. Entonces su hermana Marta dijo que por qué no se venía a Barcelona a vivir con ella. Y ella a su hermana la quería un huevo, porque era la requetehostia de supersimpática. Y una buena tía que te mueres, porque Marta, no es que fuera su amiga, sino «su hermana contra el mundo», y se lo había demostrado una vez y dos veces. Y si alguna vez había visto hacer de hermana mayor a alguien, pero de hermana mayor enrollada, era lo que hacía Marta con ella. Y nadie se lo había pedido. Lo hacía porque quería y porque seguramente hacía con Chenta lo que los mismos padres de las dos no habían hecho con ninguna de las dos, y Marta quería evitar que a Chenta le pasara cualquier historia mala que a ella le hubiera podido pasar. Y haciendo eso a veces se pasaba de mandona. Pero si uno miraba por ahí, ¿con qué se quedaba? Y se había venido. Y había salido alguna vez con su hermana, pero su hermana iba con gente aún más mayor y antes de conocerme se aburría bastante.

Yo no entendía nada, insisto. Pero escuchaba y callaba. Por mi parte, le expliqué que mi vida era parecida a la suya. También había tenido una profesora particular que se llamaba Consuelo. Que la tal Consuelo era mi tía, eso no lo dije. Y también había hecho una gamberrada, que la fuga que le había contado el primer día era verdad, vamos, y me había tenido que venir a vivir a Barcelona.

En resumen, que la familia de Chenta era tan rara como la mía, pero en plan internacional y espectacular, si descontamos Cuba y las cosas de mi abuelo, que vaya usted a saber. Pero, ahora hablando en serio, había muchas cosas de la vida de Chenta que no entendía y que ella no parecía muy dispuesta a contar. Era otra manera de no entender. Como un misterio interesante. No como mi vida, que sin ser un misterio en nada, se hallaba rodeada de espesa niebla y de silencio por todas partes.

Ahora estamos otra vez en su casa. Yo rebuscaba entre los discos de su hermana y ponía alguno que había ido oyendo en la radio y algún otro para probar: Lou Reed, David Bowie, Roxy Music, Elvis Costello, Sex Pistols, The Clash. Bueno, no quiero ponerme pesado con eso. Cuando empiezo a contar cosas de música no hay quien me pare. Pues ponía el disco y empezaba a cantar y me sentaba al lado de Chenta. Y Chenta se reía y me decía:

–No te inventes el inglés, que hace años que está inventado.

Y me llevaba un corte. Y Chenta, que se reía por los dos, ahora me decía: «Mira, Lucho.» Y me enseñaba una revista de la que no había oído hablar en mi vida con una chica y un chico «guapíiiiiisimos» y Chenta decía «¡Cómo molan!» y decía también «¡Qué modernos!», y yo me quedaba medio fuera de juego, porque hasta entonces yo había sabido que existía la Edad Moderna y las aspiradoras modernas y los países modernos, que eran los que tenían más aspiradoras. Pero que un tío o una tía pudiesen ser modernos, pues no se me había pasado nunca por la cabeza. Y al ver la fotografía de ese chico y esa chica tan modernos, yo pensaba:

«Quiero ser como ellos.»

No, mejor. Lo que pensaba de verdad era:

«Quiero que seamos como ellos.»

Y estaba seguro de que Chenta también lo pensaba.

Y otra tarde estaba en casa de Chenta con Chenta y ella se había puesto una minifalda color butano, lo juro, y unas medias rosas y unos zapatos puntiagudos «estilo cincuentas» como ella decía. Y yo me había comprado unas gafas negras de ciego que, por cierto, me estaban dejando ciego, y ya no supe si los ciegos llevaban esas gafas porque eran ciegos o si se quedaban ciegos por llevar esas gafas, y le había cogido una americana a mi padre del año catapún que la debía de conservar para no ir a los entierros vestido de apache. «Estilo cincuentas», había dicho Chenta. Correcto. Y en la americana de mi padre cabíamos yo y otro más y alguno que pasara por ahí, pero daba igual porque yo me creía el tío más moderno del mundo. Y estábamos bailando y haciendo el burro cuando entró Marta, la hermana de Chenta.

No sé si han escuchado alguna vez la expresión «se le fundieron los plomos». Hablo de la cabeza de uno. Es cuando te vuelves como subnormal perdido. O todo lo contrario, que sería como si ya lo hubieras entendido todo, aunque no dijese nada. Bueno, en cualquier caso, de puertas para afuera

pareces subnormal. Pues a mí al ver a Marta se me fundieron los plomos. No me extraña que las guapas no tengan sentido del humor y parezcan tontas. Si todo el mundo se vuelve idiota cuando está delante de ellas, ¿cómo aprenden a no ser tontas?

Y Marta recorrió el salón que había que estar ahí para verlo y Chenta nos presentó y Marta me dio dos besos, y a lo mejor se quemó los labios porque me puse tan rojo que parecía que la cara estuviese a punto de estallar. Y Marta se rió y mi teoría de las guapas tontas se vino abajo enseguida, que esa en algún sitio había aprendido lo suyo y la simpatía parecía natural.

Marta entró en su habitación y Chenta se me quedó mirando y yo me puse a mirar a otro lado y Chenta se echó a reír. Y Marta salió de la habitación vestida diferente a como había entrado. Y Marta le dijo a Chenta:

–Me voy volando que llego supertarde.

Y Chenta le dijo a Marta:

–Vale. ¿Vendrás tarde?

–Supongo. Tú no te vuelvas loca. ¿Vale?

–Vale.

Pues vale. Pero se les perdonaba todo y más y mucho más. Muchísimo, muchísimo más.

Y esa tarde seguimos en casa de Chenta, pero ya no bailamos. Y Chenta miraba cómo mi americana, mis gafas negras y yo llevábamos el ritmo. Y Chenta me preguntó así, a bote pronto:

–¿Te gusta mi hermana?

Y yo contesté:

–Pse...

Ahora Chenta tendría que haberse echado a reír, pero no. Y yo, así, con disimulo, le pregunté que adónde iba su hermana.

–No sé, por ahí... Al Zig-Zag, al Merbeyé o por ahí...

«Por ahí» podían ser fiestas, inauguraciones, o exposiciones, o algún pase de modelos o vaya usted a saber.

Chenta me seguía mirando.

–Si salimos luego, tenemos que vigilar que no nos vea.

Y Chenta ya no dijo nada más y esa tarde fue algo diferente. Cada vez que miraba a Chenta, ella me estaba mirando. Y entonces me decía una cosa normal que, de tan normal, parecía extraña:

–Hay que comprar tabaco.

Pues vale.

Y otra tarde en casa de Chenta estaba buscando discos y, no sé muy bien por qué, me dio por mirar un grupo de discos que nunca miraba. Estaban aparte y Chenta me había dicho más de una vez: «Esos son una mierda.» Y buscando entre los discos vi uno de un grupo infantil de esos que cantan canciones totalmente idiotas en las que salen muchos animales y muñecos. El grupo se llamaba Los Gominolas y el título del disco era *¡Ven y canta fuerte!* Me hacía mucha gracia que Chenta hubiera podido escuchar un día una cosa así. Y ya empezaba a pensar lo que me iba a cachondear de Chenta mientras miraba la foto de la portada, a los dos niños y a las tres niñas del grupo, cuando me di cuenta de algo, por decirlo así, muy extraordinario. Una de las niñas del disco, vestida con un mono rosa y que llevaba trenzas y no era la «guapa» ni la «rebelde», sino la «simpática» del grupo, resultó ser Chenta en persona.

He dicho que nunca me reía, ni sonreía ni nada. Aprendí de golpe en ese momento.

Chenta estaba cambiándose en su cuarto y debió de oír cómo me reía, porque vino hasta el salón. Entonces me vio en el suelo. Luego descubrió el disco a mi lado. Se quedó sin decir nada un buen rato, mientras yo me seguía riendo y dando vueltas por el suelo. Por lo visto dijo algo, pero no lo pude oír porque mis propias risas no me dejaban. Así que tuvo que gritar:

—¡Que te vayas!

Se acabó la risa.

La miré y vi su cara, que daba miedo, y me di cuenta de que el grito no era ninguna broma. Sin decir nada, me levanté y me fui.

Antes de abrir la puerta de la calle, escuché la de su habitación cerrándose a lo bestia.

Al llegar a la calle volví, como si dijéramos, a la realidad, pero no del todo. Había descubierto tres cosas de Chenta. Una era que había cantado o, vaya usted a saber qué, en un grupo de esos idiotas. Otra, que no me lo había dicho, y ese era precisamente el misterio que hacía que muchas de las cosas que contaba sobre su vida, esos «por ahí», pareciesen tan extraños. Lo tercero que descubrí es que Chenta tenía un mal genio de narices.

Y yo, si no lo tenía, lo fingía. Porque, mientras iba caminando hacia mi casa, pensaba que me tenía que haber quedado en la de Chenta para preguntarle por qué se había enfadado, o para pedirle perdón, o para que ella

me lo pidiera a mí, o lo que fuera. Y también pensaba que aún podía volver sobre mis pasos y llamar a su casa y pedirle perdón de una vez. Pero no hacía nada de eso. Yo seguía caminando y pensando. Pensaba dos cosas a la vez, como si tuviera dos canales de pensamiento, el normal y el UHF, y yo iba del uno al otro. Y lo que pensaba era que a mí nadie me echaba de ningún sitio y que yo era muy duro y todo eso, pero en el fondo sabía también, y esto lo sabía de verdad, que lo que pasaba era que no me atrevía a hacer nada de eso, porque me había visto en una situación ridícula y eso no me lo podía permitir. No, señor. Tenía que hacerme el duro hasta el final.

Así que seguía caminando. Saludé a López, un compañero de clase, y no sé por qué en su cara vi algo extraño. Era como si la cara de López fuera un espejo, y yo pudiera ver mi cara en la suya, el gesto que en ese momento tenía mi cara, quiero decir. Una cara de alucinado.

Y López siguió su camino y yo el mío. Y si, por casualidad, me hubiera encontrado a otro compañero de clase y hubiese visto en su cara el reflejo de la mía, ese compañero estaría llorando.

Porque había empezado a llorar.

Y también fue en ese momento, que ya es mala suerte, cuando oí:

—¡Lucho!

Y seguí andando, porque solo había una persona en el mundo que me llamara Lucho. Y esa persona era precisamente la única que no me podía ver llorar.

—¡Lucho!

«Un moderno llorando», pensaba yo. «¡Vaya moderno estás tú hecho!»

—¡Lucho!

La tenía enfrente y caminaba hacia atrás, mirándome. No estaba muy guapa. También había llorado, pero ella se lo podía permitir, y además el follón lo había montado ella con sus historias. O eso pensaba yo en ese momento.

—Lucho, párate un momento —dijo, porque yo seguí andando—. ¡Para!

Y se me abrazó para que yo dejara de caminar. Y empezó a hacer fuerza. Yo dejé de caminar, pero no la miré. Lo que son las cosas. Me dediqué a mirar a la gente que pasaba por la calle y nos miraba. Era una sensación muy rara. Era como si Chenta estuviese en una película y yo en otra distinta. Y yo, además de estar en la película, pudiera ver a los espectadores, que eran la gente que pasaba por la calle y nos miraba.

Entonces Chenta empezó a hablar.

–No te he dicho nada porque me daba mucha vergüenza. –Que Chenta tuviese vergüenza de algo me parecía una cosa más que dudosa–. Era de un grupo infantil, ya lo sabes... –Entonces Chenta empezó a hablar muy rápido, como si yo tuviese que saber la historia lo antes posible, y hablaba como si me pidiera perdón–. Hace unos cuatro años, un amigo de mi padre me vio con él y le preguntó si podían hacerme una prueba para un grupo. A mi padre le pareció que eso me podría entretener y a mí también me parecía bien. Me admitieron. Me dijeron que me lo pasaría muy bien y eso. Pero no me lo pasé nada bien. No, la verdad es que me lo pasaba muy bien: actuábamos en muchos sitios y salíamos en televisión y todo el mundo te conocía. Pero hace dos años me dijeron que no podía seguir. Y me fui a De Efe una temporada y luego me tuve que volver a Valencia y mucha gente me preguntaba que por qué no seguía y a mí me daba mucha vergüenza. Por eso empecé a hacer las gamberradas que hice y a decir que me quería largar. Por eso no he podido empezar el BUP.

Uno, que es raro, en esos momentos raros, pregunta cosas raras.

–¿Y por qué no pudiste seguir en el grupo?

–¿Es que no te das cuenta? –preguntó, y empezó a hacer un gesto.

Y era un gesto muy raro, porque era muy triste, pero la tristeza la tenía ella, no el resto del mundo. Abrió los brazos un poco, pero solo un poco y despacio.

Y yo entendía por fin que había tres o cuatro o más cosas por las que Chenta no podía ser de ninguna manera de un grupo infantil.

Luego me volvió a abrazar. Y ya nada era tan ridículo, porque esa tontería que había pasado nos había hecho a los dos más iguales. Y como más débiles y aún más raros. Era como si ya estuviéramos los dos en la misma película. Como si a los dos nos hubieran hecho un agujero y necesitáramos el uno del otro para tapanlo. Y, de repente, ya no estábamos en la calle. Sino en un sitio muy, muy pequeño.

## 12. CUESTIÓN DE UN POCO MÁS O UN POCO MENOS

Ahora toca vacilar un poco. Y me lo tomaré con calma.

Empezaré desde un sitio, así, lejos, y luego, aunque no lo parezca, llegaré donde quiero llegar.

La clase de Religión nos la daba un cura que iba de hippy, pero de hippy no tenía nada, que yo podía comparar con mi padre y nada. Este sí que era un puto hippy, porque lo peor de un hippy es que nunca es un hippy, no sé si me explico. ¿Cómo va a ser hippy mi padre con ese padre a su vez, que es mi abuelo, y esas hermanas, que son mis tías, y viniendo de donde las vacas y que el coche no se lo tocaran y, lo más importante, teniendo un hijo como yo? Yo veía una foto de Bob Dylan con un sombrero con una pluma y la barba de chivo y decía: «Hombre, este tiene un pase, pero porque es Bob Dylan, que mi padre aparece así por casa y le tiro algo, que más de una vez me ha tentado.» Pues esa cosa entre un poco hipócrita y un mucho imposible se la aplicas a un cura y es ridículo, porque el tío no deja de ser un cura. Un cura de aquí, vamos, un puto cura. Y si mi padre ya tenía un mareo mental del dos por intentar ser hippy con sus cargas ridículas, pues ya se pueden imaginar el cura. Y el cura de Religión nos hacía leer unos libros que en apariencia eran muy enrollados, y hasta el Monstruo, bueno, ese no, que en la época ya estaba mangando en los colmados y a punto estaba de hacer varias putadas hasta robar el banco que le llevó a la Prote, cualquier otro, da igual el ejemplo, se daba cuenta de que eran libros-trampa, como hay paquetes-bomba. Uno se llamaba, qué casualidad, *El diario de Daniel*. Y la cosa iba de un chaval francés como de los años cincuenta contando su vida y las notas que sacaba y demás. Y entre que era francés y de los años cincuenta, pues ahí no había espejo en que mirarse. El gancho era que el tío conocía a una tía y sufría mucho, el imbécil. Allá él. Y en esas que llega un supercura gabacho y enrollado, que era hippy ya antes que los hippies, y le llevaba por la buena senda, porque le comprendía. Y uno piensa: ¿cómo le comprendes tú, cachocura? ¿Qué haces tú por ahí para enterarte de según qué? El quid de la cuestión era que el momento cumbre del enamoramiento allí quedaba

reflejado como «Ya está». Y tú pensabas: «Ya ha mojado», que simpatía le tenías al chaval, porque muy listo no era, pero se llamaba como yo y eso une. ¿Mojar? Un morreílo había dado el tío pavo y punto, y al poco la tía lo deja. No me extraña. Y aterriza Supercura para salvarle. Uf, qué mal rollo...

Otro libro obligatorio. *Pregúntale a Alicia*. Un consejo. A la tal Alicia mejor no preguntarle nada, porque siempre lleva puesto un morado del dos y medio. Otro diario. Este no lo acabé, porque ya se ve que la tal Alicia va directa a la hecatombe porque al principio sale que el diario lo han encontrado. El caso es que esta va hacia la perdición primero despacio y luego ya seguido por culpa de un tío. Y para mí que este libro y el anterior, aunque son de dos épocas distintas, los ha escrito el mismo. El primero lo escribió para alejarnos de las malas mujeres y a lo mejor de las buenas, y el segundo de las drogas y de los malos viajes, o *trips*, que allí salen un montón, en *Pregúntale a Alicia*. El caso es que la tal Alicia cuando conoce al malo de la película y cuando aún es buena dice también «Ya está». Pero esta sí que moja hasta el fondo. Luego ya la droga la deja idiota y se prostituye y todo.

Bien. Como sabrán yo también tenía mi droga. La que me ha arrastrado al borde del abismo y hasta el paraíso y otra vez para abajo. La máquina de millón. Ahí no hay cura hippy detrás que valga moviendo los hilos. Ahí eres tú y la máquina y lo que puedas aprender de tu experiencia. Y la experiencia, muy resumida, es así. El cielo cuando te haces partida, el infierno cuando te haces falta o se cuele la bola y sale el GAME OVER. ¿Y qué es lo que hay que aprender? ¿Qué es lo primero de todo que he estado explicando yo aquí? Pues cómo mover la máquina, que hay que saber tratarla, que ese es el principio del dominio. Y vale que cuando lo escribí la primera vez puse unos ejemplos algo bestias, porque aquello pasaba en un ambiente rústico y eso. Pero ahora vamos a hablar en serio. A la máquina la conoces moviéndola, sabiéndola mover después de haber aprendido a moverla. Y, ya lo he dicho, unos aprenden más pronto o más tarde. Y cuando aprendes a mover, las partidas vienen solas, como quien dice. A mover, otros no aprenden nunca y por eso los dejamos de lado. Y ahora, sin reparo ninguno, que no hay por qué tenerlo, voy a comparar a Chenta con una máquina de millón. Y ella, si se la encuentran y le preguntan, a lo mejor se busca otra comparación, yo eso no lo sé. Digamos que, después de la tarde de Los Gominolas y de que nos miramos de una manera rara, de acuerdo a nuestra doble naturaleza, de raros y de chica y chico, y de que casi lo estropeamos todo, que rechinaba aquello

más que un ratón royendo yeso, pues no podíamos esperar más, que si no teníamos que dejarlo ya de puro corte. Por eso empezamos a movernos el uno al otro. Y aprendimos a movernos sin hacer falta y sin que se colara la bola, digamos. Y primero, lo que son las cosas, me hice partida yo. Y después también yo. Y otro día también yo, que notaba que Chenta, que había jugado a eso antes, empezaba a mosquearse de no hacerse partida. Pero se hizo partida. Y nos la hicimos casi a la vez, tras un par de indicaciones de ella, como de golpes ultraocultos de kung-fu, pero sin golpe, que nadie nace aprendido y cada máquina es un mundo. Y luego se hizo otra partida la Chenta y otra más. Y yo ya le había cogido el tranquillo. Y mientras le cogía el tranquillo y pasaban esas cosas, un poquito más, un poquito menos, a veces nos levantábamos a cambiar los discos. Y los discos que oíamos yo creo que nada tenían que ver con lo que hacíamos. Sobre todo, por qué lo hacíamos. Y otra vez veía un sueño que no era un sueño: la vergüenza de volver a oír esas canciones alguna vez que no fuera esa. Y uno, aunque no lo piense, se avergüenza y, como sabe demasiado bien por qué, silba y mira la cara de Chenta, y aunque sabe que la cara tiene que estar ahí, la busca y no la encuentra, y a lo mejor es que habíamos empezado mal con eso de Los Gominolas o es que todo el mundo empieza así, o asá, que da lo mismo, que el caso es empezar y que cuando has empezado, pues ya está.

Y se podrá pensar que después de tantas partidas, aunque no tantas, esa es la verdad, las cosas entre Chenta y yo cambiaron mucho. Pues sí y no. Quiero decir que las cosas cambiaron y no cambiaron. Porque, bueno, a veces nos mirábamos de otra manera. Pero en lo que estábamos de acuerdo, sin decirlo, era en una cosa: no podíamos ir haciendo el ridículo por ahí como algunos. Me refiero a esos tíos y tías que ves agarrados por la calle y parece que vayan incómodos y que se cojan porque toca y nada más, porque quieren decirle a la gente que ya han ligado, y para que se enteren, pues se agarran. En resumen, que les falta estilo. Y Chenta y yo, me parece, aspirábamos a tener estilo, aunque me parece que yo hubiera cambiado el estilo por más partidas, por más SPECIAL WHEN LIGHT, por más, más, en resumen. Que la del estilo era ella, sobre todo.

Y ahora me toca hablar de las noches, que no es lo que parece que toca, porque eso que acabo de contar pasaba por las tardes, así que ya ha pasado.

Por las noches también íbamos «por ahí», pero era muy relativo. «Por ahí» podía ser el banco de enfrente de casa de Chenta y «por ahí» podía ser un bar

en la otra punta de la ciudad: cualquier cosa estaba bien y no nos preocupábamos mucho. Por la noche era cuando más hablábamos entre nosotros y también cuando más espiábamos y aprendíamos. Enseguida nos dimos cuenta de que el resto de la gente era demasiado mayor y nosotros poco teníamos que hacer en la mayoría de los sitios. Parecía que los planes que hacíamos por la tarde para la noche no los hiciéramos para esa misma noche, sino para una noche dentro de algún tiempo, cuando estuviéramos preparados.

Porque yo creo que, más que estar, parecía que lo viéramos todo a través de un cristal. Era como ver una tele buena. Y la culpa de todo la tenía Chenta, que le gustaba mirar. Y yo me daba cuenta de que le gustaba mirar, pero no de los porqués de ese gusto y el ansia por mirar. Y esa es la cosa.

Los sitios a los que íbamos de noche eran la puerta de los locales donde no nos dejaban entrar por edad. Nos sentábamos por allí cerca y nos poníamos a ver pasar gente. Esta última actividad, si la puedo llamar así, era de espionaje-espionaje, porque los dos teníamos claro que íbamos a ver si cazábamos a Marta, la hermana de Chenta, y nos enterábamos de lo que hacía. Si, cualquier tarde, Chenta escuchaba a su hermana hablar por teléfono y le oía nombrar cualquier sitio, para allí que nos íbamos. La verdad es que casi nunca la veíamos, porque a lo mejor ya estaba dentro, o llegaba mucho más tarde, o había cambiado de planes o cualquier otra cosa.

Pero alguna noche sí que la vimos.

Siempre llegaba en coche con otras tías guapísimas, y tíos no sé, pero me parece que también, vestidos de la manera más rara que uno se pueda imaginar. Eran como de otra galaxia, la verdad, y molaban bastante. Yo miraba un poco así, con la boca abierta, y Chenta hacía el papel como de locutora de radio:

–Mira, esa que va con ella es Elisa, la tía que quiere ser actriz y mi hermana dice que no vale mucho y que le quiere sacar la idea de la cabeza. Ese otro es Carlos Aguirre, que es de un grupo musical de Madrid y está pasando aquí una temporada. Es el que le deja los discos. Está enamorado de mi hermana, me lo ha dicho ella. Me parece que lo tiene un poco claro. Y esa otra es Frida, que es alemana y, según mi hermana, hace de puta a veces cuando vienen árabes...

En fin, para qué seguir. Ahora, todo esto lo veo muy lejano y muy ridículo, aunque más ridículo es quedarse en casa viendo los payasos de la tele cuando

uno ya es más grande que una orca, o jugar con tu perro creyendo que es un perro asesino, o irse a sacar las marcas a los coches o hacer el gamberro sin ton ni son. O, vamos a decirlo claro de una vez, echarse a dormir. Teníamos la oportunidad de espiar y espiábamos. Y ahora que me doy cuenta, yo criticaba mucho a la Mística, porque tenía bastante claro que ese llamar por teléfono era de locos y además me seguía por la calle, aunque hasta el momento no había podido averiguar quién era y por esa época ya había dejado de llamarme, o si llamaba nunca me encontraba en casa, y no había pensado en ello, ni me había acordado nunca más. Así que tanto criticar a la Mística y pensar que estaba loca y yo andaba en lo mismo. Bueno, pues ahí dejo ese pensamiento, porque tengo que seguir contando. Y lo que tengo que contar ahora es que, como a muchos espías, a nosotros también nos pillaron. Vaya si nos pillaron. Una noche estábamos cerca de la puerta del Pushkin's, un sitio de aquellos, sentados en el morro de un coche, mirando y comentando la rareza de unos y de otros, fumando tan ricamente y preparados para meternos detrás de unos cipreses que había allí al lado en cuanto viéramos a Marta, cuando oímos:

–Pero ¿qué hacen aquí esos renacuajos?

Y nos giramos de golpe y vemos a Marta y a dos tipos que van con ella. Uno, el tal Carlos Aguirre. Y el otro no sabía quién era, pero también tenía pinta de músico. Los tíos se estaban riendo que no podían más y Chenta y yo, ya se lo pueden imaginar, estábamos petrificados del todo. Marta miraba a los dos tipos y decía así, en plan dramático, pero riéndose en el fondo:

–¡Es mi hermana pequeña!

Y los otros venga a reír.

Chenta no se hizo la interesante esta vez, qué va. Empezó a explicar que habíamos ido al cine y que habíamos empezado a caminar y a hablar y nos habíamos sentado a fumar un cigarro.

–¡Pues ya os estáis yendo a casa! –dijo entonces Marta. Marta era tan guapa y me tenía tan embobado que todo lo que me dijera me parecía bien. Y lo que había dicho era «¡Pues ya os estáis yendo a casa!», que era algo como de mandona, y las otras cosas que decía Chenta que decía, lo de sus amigas y demás, eran más bien de hijaputa, ahora que no me oye, y aunque me oiga. Pero daba igual. A mí me parecía muy bien. El caso es que me había dicho algo. Si me hubiera dicho «¡Hazte el haraquiri ahora mismo!», yo me lo hago encantado.

A Chenta no le pasaba como a mí. Y mira que su hermana era más su ídolo que el David Bowie.

—¡Cómo te pones, tía!

La situación era un poco ridícula, porque uno se daba cuenta de que, al fin y al cabo, a todo el mundo le daba igual lo que hicieran los demás, y que cada uno interpretaba su papel porque no había más remedio. Fue Carlos el que nos puso en marcha a todos.

—Nada, entramos con ellos en el Pushkin's, nos tomamos algo y luego les dejamos en casa.

—Pero ¿qué dices? —dijo Marta.

A Chenta y a mí supongo que se nos notaba que queríamos entrar, aunque pusiéramos cara de que no era necesario que nadie nos hiciera favores. Y yo pensaba para mis adentros la siguiente deducción filosófica: «Este Carlos está enamorado de Marta. Este Carlos sabe que, para Marta, lo primero es su hermana. Carlos, sin que lo parezca, le hace la pelota a Marta haciéndole la pelota a Chenta, porque así Chenta dirá a Marta: “¡Qué enrollado es este Carlos!”»

—Nada —volvió a decir el tal Carlos—. Los entramos y que se tomen algo.

Así que nos fuimos con ellos y a mí, qué tontería, se me acabaron las filosofías y los celos y me pudo el momento. Iba a conocer un sitio de noche de verdad, así, pum.

Cuando la mirada del portero del Pushkin's tropezó con Chenta y conmigo, sobre todo conmigo, hay que reconocerlo, las cejas le dieron un salto como diciendo: «¿Qué hacen estos aquí?» Pero el tal Carlos le dijo algo y el portero nos volvió a mirar y se puso a reír. Luego bajamos unas escaleras. Nos habíamos colado.

Y la verdad es que no era lo mismo estar en un sitio de esos como estábamos Chenta y yo, como detrás del cristal, que dominar y conocer a todo el mundo. Y decir todo el mundo no era decir mucho, porque había poca gente, pero a la poca gente que había la conocían y la abrazaban y la saludaban y le preguntaban por otra gente que tú no conocías, claro, y a ti todo te parecía extraño y te daba la sensación de haber entrado en un cine con la película ya empezada y haberte perdido la mitad.

Y mucho no hay que decir del sitio aquel, pero a Chenta y a mí, a esas horas, nos parecía la última maravilla del mundo. Había una pista pequeña y casi toda la gente estaba bailando, cada uno en su estilo. Estilos anticuados,

esa es la verdad, porque los mayores, me he dado cuenta, tampoco es que pongan mucha atención en eso del baile. Entonces fue cuando pusieron la canción «Rock Lobster» de un grupo que se llama The B-52's. Y daba la casualidad de que en casa de Chenta, Chenta y yo nos habíamos inventado un baile para esa canción, una tontería, hacer el bobo puro y duro, vamos, pero el caso es que según la filosofía tachán eso era diversión completa. Y en esas que me fui para la pista a bailar «Rock Lobster» en el más puro estilo tachán-Chenta-Lucho, y estaba yo dando mis primeros pasos, que no especificaré para no liarla, cuando con el rabillo del ojo vi que Chenta se tapaba la cara como muerta de vergüenza. Casi me corto, tengo que reconocerlo, porque yo, como nunca había estado mucho en público, tampoco tenía sensación de ridículo. Pero, ay, amigos, cuando estaba a punto de dejar de bailar eirme corriendo a mi casa muerto de vergüenza veo que no solo en la pista sino en el Pushkin's entero TODO EL MUNDO bailaba a nuestro estilo y que Chenta separaba dos dedos de la mano que tenía en la cara para asomar un ojo y notaba algo raro y luego asomaba la cabeza como un pollo saliendo del cascarón y empieza a ver lo mismo que estaba viendo yo. Si el éxito es eso, tuvimos un éxito rotundo. Y no fue solo con «Rock Lobster», sino también con la siguiente canción y la siguiente. Y, bueno, yo, como no sabía medir las dimensiones del éxito que al parecer tenía, es que ya me ponía a cantar cada canción a todo pulmón y sin cortarme una peseta, ni cinco céntimos. Así, en mi estilo, inventándome el inglés, aunque ya hiciera algunos años que estaba inventado.

Total, que se nos hicieron las tres.

Salimos todos tan contentos del Pushkin's. Chenta y yo disimulando, porque pensábamos que Marta y sus amigos se lo pasaban así todos los días, pero el caso es que los tíos seguían riendo y yo empecé a pensar que si reían tanto noche tras noche un día de esos palmaban de una embolia.

–Oye, Marta –decía el tal Carlos, refiriéndose a nosotros–. ¿Dónde los tenías escondidos?

Chenta y yo nos mirábamos y nos encogíamos de hombros, ya digo, como si no le diéramos importancia, mientras yo me decía a mí mismo en lo más profundo de mi pensamiento: «¡Qué manera más fina de hacer la pelota!»  
Marta entonces decía:

–Es mi hermana y el noviete de mi hermana, ¿qué esperabais?

Pasaré por alto el escalofrío que me entró cuando escuché lo de «noviete».

Chenta se puso a mirar el suelo como si buscara algo y yo creo que nadie más se dio cuenta. Pero, en fin, había animación en el ambiente y parecía estar bastante claro que esa animación la habíamos provocado nosotros. Fue en esas cuando Carlos dijo:

–¿Y por qué no saltamos al Turó Park?

Y Chenta y yo, que no sabíamos de qué hablaban, miramos a Marta, por si ponía problemas. Pero Marta dijo:

–Estaría superbién.

Pues bueno. Yo no decía nada. Sabía que ese día mi padre llegaba a las diez de la mañana y sentía verdadera curiosidad por saber qué narices era el dichoso Turó Park.

Enseguida lo supe.

Resulta que el Turó Park es un parque público que cierra por las noches. Y por lo visto la diversión preferida de mucha gente es saltarlo y pasárselo en grande entre los árboles, jardines y demás. Yo, la verdad sea dicha, una vez que saltamos la verja y nos pusimos a corretear por allí, no le encontraba tanta gracia. Porque yo, árboles, había tenido más que suficientes hasta hacía bien poco. Pero cuando nos tumbamos todos en un césped y nos pusimos a fumar y a ver el cielo con edificios enormes a los lados que parecían gigantes y eran distintos de cuando miras al cielo desde una calle, ya lo empecé a entender un poco más. Me di cuenta de que estábamos en un sitio que no era ni la ciudad, ni el campo, ni la playa, sino aparte y, además, ilegal, porque nos habíamos colado. Y en ese mismo momento y por esa misma tontería nosotros éramos distintos. Yo me puse a pensar para no romper el silencio de los demás, y así, pensando, pensando, me di cuenta de una cosa y no tuve más remedio que decírsela a Chenta, que ahora sí, y lo digo de pasada, tenía la cabeza apoyada en mis piernas delante de todos, con corte o sin corte.

–Estoy a punto de descubrir el Secreto de las Fiestas.

Yo ya le había hablado a Chenta del Secreto de las Fiestas un poco, así, pataplín, sin darle importancia, y había sido ella precisamente la que me había dicho que no era tanta casualidad que todo coincidiera. Pronto vi que no era la única persona en pensar aquello, porque Marta y Carlos preguntaron a la vez qué era el Secreto de las Fiestas. Y yo les dije que una persona muy especial me había dicho una vez que los Hombres-tachán conocen el Secreto de las Fiestas.

–¿Y qué son los Hombres-tachán? –volvieron a preguntar.

Y les expliqué qué eran los Hombres-tachán y ellos se morían de risa y yo no sabía si me tomaban el pelo, o es que les parecía divertido sin más, porque lo habían comprobado en la vida y lo veían como algo auténtico, o eran reidores profesionales. Y fue entonces cuando les expliqué mi experiencia. Que primero había que descubrir el indicio y yo había descubierto ese indicio en la máquina de millón SURF-PARTY. Que, segundo, había que seguir el indicio y que yo, sin saber que seguía el indicio, me había puesto a jugar a las máquinas de millón como un loco hasta que, tercero, conocí al Tachán, que era Chenta, a través del indicio, que era la máquina SURF-PARTY en la que nos encontramos. Que me había mantenido en el Secreto, y que eso lo interpretaba yo como que había que seguir pensando en el Secreto de las Fiestas costara lo que costara, y yo había, cuarto, seguido pensando, aunque sin pensar, en el Secreto de las Fiestas. Y que, quinto, había aguantado la incertidumbre, sin explicarles claro está esa cosa que me reconcomía por dentro de que Chenta un día le sonriera de más a alguien, o lo del «¡Gallego! ¡Barullo!», que amargado me tenía. Pero al fin llegábamos al punto sexto. Y lo sexto era que me había escondido entre la gente, o sea colado en el Pushkin's, y si no había bailado la conga, al menos había bailado, y era casi lo mismo. Ahora solo me faltaba averiguar qué significaba la séptima regla: «Saber que nunca se termina el Secreto de las Fiestas.»

–Yo, para mí... –dijo Carlos, y aunque no fuese verdad que pensaba lo que decía, que el tío iba a lo que iba, yo me sentía mejor persona pensando que al tío le interesaba todo aquello–, que la regla séptima no es tal regla, sino solo que cuando llegas a ver claro las otras seis, quiere decir que siempre las disfrutarás, que saberlas es solo el principio. Lo único que no sé es cómo se baila la conga. Porque el baile ese del Pushkin's no era la conga, ¿me equivoco? –Entonces me señaló con el dedo índice–: Tú tienes cara de saber bailar la conga. Tu obligación ahora mismo es enseñarnos a bailar la conga.

–Este es capaz... –dijo Chenta.

Y Marta miraba a Chenta, y luego miraba a Carlos, y luego volvía a mirar a Chenta y a lo mejor pensaba en la conga o en otra cosa, pero te confundía de lo guapa que era.

–¡Claro que soy capaz! –dije, porque yo, según les conté, había bailado la conga lo mío.

Así fue como despertamos al otro amigo, que se había quedado frito en el césped y no se enteraba de nada, y nos pusimos uno detrás de otro, y allí, en

medio de aquel parque, en aquel sitio fantasmal, entre árboles y tenebrosas esculturas agazapadas tras los matorrales, como espiando también, les expliqué la historia de mi abuelo y la fama de su grupo Los Huracanes. Y los tíos, que eran unos modernos fanáticos, poca idea tenían. Pero seguí con mi rollo después de contar algunas peripecias de mi abuelo para llegar a decirles que, como en todo, en la conga, aparte de levantar la pierna al unísono en los compases pares, todo era cuestión de un poquito más o de un poquito menos, como acariciar mucho cuando toca o acariciar menos cuando corresponde.

–Como follar, vaya –dijo el tal Carlos.

Y Marta le miró que para mí todo el trabajo que llevaba el chaval haciéndole la pelota se le vino un poco abajo. Pero entre la risa que da en sí misma la palabra «follar», que yo contesté que sí tan tranquilo, me parece, y que había como ganas de fiesta, enseguida nos cogimos uno a otro por las caderas y fue como volver con mi abuelo a La Habana y alrededor del mundo, y como estar en la aldea y a la vez en aquel parque donde estaba la persona que más quería en el mundo, su hermana, sus amigos y yo. Y todo era fuera del tiempo. Como la máquina de millón SURF-PARTY hecha realidad. Lo que yo había querido con todas mis fuerzas. Y así mismo fue cuando de tanto hacer el vibrato con los labios para fingir que tocaba la trompeta, no solo se me hincharon los labios sino que los vecinos nos oyeron primero, y nos vieron después, y llamaron a la policía y saltamos corriendo a todo correr la verja del parque, cogimos el coche, desaparecimos de allí, me dejaron en casa, me metí entre las sábanas y pensé muy en serio: «Y esto es solo el principio.»

Aunque después, pensando un pensamiento un poco idiota, llegué a pensar que aunque no fuera como mi abuelo, a lo mejor ya era demasiado viejo para contar el Secreto de las Fiestas y ahora me tendría que encerrar. ¡Pero cómo podía ser yo demasiado viejo! ¡Además, el Secreto de las Fiestas ya no era tal secreto! ¡Estaba desvelado! ¡Y todo el mundo lo veía a la primera! ¡Y en cualquier parte se veía!

### 13. YO TAMPOCO ERA SUPERSTICIOSO

No lo era, no.

## 14. LA GRAN JEFA CICATRIZ

El día siguiente de la gran noche en el Turó Park fue sábado. Mi padre se levantó cuando pudo y como pudo sin acordarse de por qué estaba allí, en aquel comedor nuestro, él, en persona, y menos yo, que veía en la tele una del Oeste tan tranquilo, pero nada tranquilo.

La película se llamaba *Centauros del desierto* y el protagonista era John Wayne. Y yo estaba inquieto, moviéndome mal a mí mismo, como si nunca hubiera jugado a ese millón que era yo, y por demasiado torpe estuviera a punto de hacerme falta o *tilt*, como si nunca hubiese aprendido nada. Porque mientras veía esa película, la veía tres veces al mismo tiempo. La veía mientras la veía, y la veía contándosela a Chenta, y la veía explicándole cómo el Secreto de las Fiestas estaba en esa película tal como empezaba a estar en todas las cosas.

Mi padre me dijo que ya había visto esa película lo menos cien veces, aunque para él, si la película no era francesa, ni era película ni era nada. Pero bien que se apoltronó en el sofá, que salió de su habitación con la peli recién empezada, y se puso a verla conmigo, un poco para hacer de padre. Y la película que veía mi padre, haciendo de padre o no, era esta:

John Wayne vuelve al rancho de su hermano en Texas tras andar un tiempo por ahí en paradero desconocido, que en las películas nadie se extraña de que te largues un tiempo y luego en la vida real te arman el escándalo. Pues a John Wayne le preguntan que qué tal, eso sí, pero no de dónde viene. Lo que urge es que el rancho de su hermano y otros ranchos colindantes están amenazados por los indios del Gran Jefe Cicatriz. Por eso se forma una partida de voluntarios que no encuentran nada, y cuando John Wayne vuelve al rancho con un chaval que se ha criado con su hermano y al que no deja que le llame «tío», por no considerarle pariente, que tío, así, por falta de respeto ni ocurrírsele al chaval, los dos se encuentran con que los indios han quemado el rancho y han matado a todo el mundo menos a la sobrina pequeña. Bueno, se llevan a las dos sobrinas, pero a la otra se la encuentran muerta al cabo de muy poco, que ni muerta se la ve y cuando estaba viva era una cursi de las importantes. John Wayne, que está medio chiflado, se pasa

toda la película buscando a la otra sobrina, la más pequeña, con cara de muy mala hostia, porque conforme pase el tiempo la niña se volverá una mujer hecha y derecha y más india y eso no puede ser. Con lo de hacerse mujer hecha y derecha como si fuese una maldición le pasa a la sobrina lo que a Chenta con Los Gominolas, que, si te lo pones a pensar, un poco nombre de indios tenían. Los indios gominolas. Lo que parece claro es que si John Wayne encuentra con el tiempo a una india normal y corriente, la mata fijo. El chaval que va a su lado no dice nada, porque con John Wayne cerca y con esa mala baba lo mejor es el silencio prudente.

Así que primero van y la buscan durante un año hasta que se dan cuenta de que han perdido el rastro. Es entonces cuando John Wayne le dice al chaval lo que (siempre según mi padre, y dicho a medio bostezo) sería la clave de la película: «El indio, tanto cuando ataca como cuando huye, es inconstante. Abandona pronto. No comprende que se puede perseguir algo sin descanso. Y nosotros no descansaremos. De modo que al final daremos con ella, te lo prometo. La encontraremos. Tan cierto como que la Tierra gira...»

Y regresan a uno de los ranchos, donde está la novia que acompaña al chaval que va con John Wayne, que lo quiere en casa y no de aventurero por ahí, aunque eso importa poco, que ya se ve que estas cosas... Y allí les dan una nueva pista que les lleva, tras varios años y dar más vueltas que las que llevo yo dadas al marcador de Cabaret, que es de las máquinas fáciles, les lleva, digo, hasta el Gran Jefe Cicatriz. Allí encuentran a la chica, pero la chica no quiere irse con ellos. El chaval evita que John Wayne, que ya va loco perdido, se cargue a la chica porque se ha convertido en una india de arriba abajo, de la pluma a las sandalias, aunque es Natalie Wood, que la conoce todo el mundo. Pero los avatares del territorio y el odio ciego del Gran Jefe Cicatriz, que va justamente igual de loco que John Wayne, hacen que vuelvan a topar con los indios, les ganen, la chica raptada entre en razón y sea otra vez una blanca normal. John Wayne se va como vino, porque al amargado cuesta desamargarlo por más vueltas que dé.

Bueno, esa es la película que vio mi padre, si es que vio algo, que entre que iba y venía de la cocina, contestaba al teléfono, quedaba para un bolo por la noche, ponía voz de idiota si hablaba con una tía y se servía un whisky, se enteraba de la misa la media, y yo le tenía que explicar todo el rato lo que pasaba por más que dijera que la había visto cien veces.

Pero la película que vio mi padre no es la película que yo vi.

Porque en la película que yo vi, el verdadero y único protagonista es el chaval que acompaña a John Wayne. Para empezar, es al chaval al que le pasan cosas, que John Wayne, ya lo he dicho, acaba como empezó. Pero lo importante es que el chaval, cuando aparece, ya de entrada, hay mal rollo, o misterio. Se dice que John Wayne lo encontró cuando era niño y que tiene sangre india. John Wayne no deja que le llame «tío», pero siempre cede y deja que vaya con él. Cuando en un momento álgido están dentro de un tipi y les enseñan unos cueros cabelludos, John Wayne le dice al chaval más tarde, y cuando sabe que va a doler, que uno de los pelucones era el de su madre, el de la madre del chaval. Además, John Wayne, mucho odia a los indios, pero habla en indio como uno más, y sabe las costumbres, la cultura y todo. Demasiado conocimiento es ese, me da a mí, para ser uno que odia tan de plano y tan a bote pronto.

Y ahí está el misterio. Y el misterio, que nunca se resuelve y que lo dejan ahí suelto, como sueltas quedan tantas cosas en la vida misma, es que el chaval es hijo de John Wayne. Lo que yo diga. Por eso John Wayne odia a los indios, porque le arrebataron a la madre de su hijo, que era medio india, pero le dejaron al chaval, que qué va a hacer con él, y lo deja ahí, criándose con la parentela. Y estaba claro que, sin haberle dicho nada, y sin que él diga nada tampoco, el chaval descubre el indicio en lo evidente: John Wayne le odia, no porque odie a los indios, que también, sino sobre todo porque odia su vida, la de John Wayne mismamente. Que John Wayne se odia a sí mismo, quiero decir. Luego el chaval sigue el indicio para que el mundo no le alcance. Es decir, sigue a John Wayne para no morir como uno más cuando los indios atacan el rancho. Luego conoce al Tachán a través del indicio: o sea, la verdadera esencia de John Wayne, lo que John Wayne pudo haber sido y él a lo mejor es o será, que a mucho no creo que llegue, porque el chaval es buen tío, pero algo cafetera, aunque a lo mejor sí llega. Como durante toda la película el chaval se susma algo sobre su origen, guarda el secreto, aunque en realidad no lo conoce, porque nadie se lo dice. Y aguanta la incertidumbre, moviéndose sin moverse: es decir, se mueve mucho por todo el Oeste, pero no se mueve del lado de John Wayne. Luego se esconde entre la gente, mientras baila la conga, porque lucha contra los que parecen sus hermanos por la memoria de su madre y lucha con otro pretendiente de su novia, que se la quiere birlar mientras él va por ahí buscando a su prima. Luego reconoce

que el Secreto nunca termina porque John Wayne ya está demasiado amargado para decirle que es su padre.

Desde luego, en la película hay acción, la que quieras, y desierto, que no te lo acabas, y caballos a galope, y hasta nieve, me parece, que en la tele nuestra no se distingue el Kalahari del Himalaya. También se hacen unos chistes como en la aldea cuando juegan a bolos el domingo por la tarde y Fusco de Curros sale de su casa desnudo gritando que es el Hombre Invisible.

Yo no me corté un pelo a la hora de salir corriendo a explicarle a Chenta la historia que estaba en la película, pero de la que nunca se dice casi nada a las claras, la otra historia que está en la historia y nunca se cuenta aunque sí se cuenta. El portal de su casa estaba cerrado porque era sábado. Llamé al portero automático y no contestó nadie. Volví al cabo de dos horas, que me metí en los futbolines y pude jugar tranquilo, porque los sábados los de mi cole no se acercaban por ahí. Y nada: que ni Chenta, ni Marta, ni nadie. El domingo Chenta tampoco dio señales de vida.

Cuando volví el lunes, después de las clases, que empezó una historia que ya contaré cuando me dé tiempo, fui a casa de Chenta y el portero me dijo que si no estaban es que no estaban, que qué iba a hacerle él. Dos horas de SURF-PARTY y como Chenta no aparecía volví al portal. Y mira por dónde que allí me cruzo, que el hombre salía algo huidizo de aires, con Carlos Aguirre, el músico del Pushkin's y del Turó Park, el pelota, el enamorado de Marta. El tal Aguirre llevaba bajo el brazo unos paquetes y unos discos. Me preguntó que qué tal iba, campeón, y me dijo también que las chicas no estaban. Que le parecía que Marta tenía desfile en Madrid y que Chenta la había acompañado. El tío, que aunque era un pelota, mal no me caía, me dio la impresión que medio se cachondeaba de mí, medio me trataba como cuando se quiere tratar a un crío de hombre a hombre, algo que ni mi padre se atrevía a hacer, la verdad sea dicha, ni yo me hubiera dejado. Di por buena la explicación y ahora me arrepiento, de eso y de lo otro. Y lo otro fue que le pregunté:

—¿Tú has visto *Centauros del desierto*?

Ese infeliz no había visto nada y seguro que pensó que yo era bien raro, pero sin decirlo, porque solo era un pelota sin sustancia, tenía prisa y, además, pocas ganas de hablar conmigo. En toda la semana, que nadie se sorprenda, el portero siguió sin ver nada, y el sábado siguiente la película ya no era tan entretenida ni tenía yo la comezón de sacarle un jugo especial para contársela a nadie. Y el domingo, como sabía que no me iban a oír y porque

soy raro efectivamente, me dediqué a tocar el portero automático de Chenta de cinco en cinco minutos como si cada vez que tocase fuese a entrar por la puerta y fuésemos a hacer cualquier cosa que ella quisiera que hiciéramos, lo que fuese.

Llevaría tocadas unas veinticinco veces aquel timbre, cuando la puerta rugió y empujé. Era como un milagro, porque allí no había entrado nadie. Así que empujé y subí pensando que era como John Wayne, un tío constante. Tan cierto como que la Tierra gira.

En el rellano me esperaba Marta, tan guapa como siempre.

–¿Tú eres imbécil? –fue su pregunta. Y yo sonreí, claro.

No hubo una palabra más. Ni por su parte ni por parte mía, que patidifuso me quedé. Eso sí, al volverse ella, y siguiendo yo en estado de congelación, pude ver el interior del piso. Y el piso, que ya estaba bastante vacío de por sí, ahora estaba vacío del todo.

Me situé en la acera de enfrente y esperé horas. Al cabo de un rato largo, bajó Marta y fue hacia la esquina, con la escolta de unos cuantos silbidos de tíos de esos de domingo por la tarde que siempre pasean solos con las manos en los bolsillos, y parece que los fabriquen, los almacenen durante toda la semana y los saquen el domingo por la tarde para que las calles no se queden vacías. Marta se metió en el coche de Carlos Aguirre, que si no lo he dicho, ahora lo digo, era un R-5 cochambroso del todo. Al momento, y después de una discusión, que a lo mejor solo era debate o diálogo, sale Carlos Aguirre del coche, se acerca al portal, entra y al poco vuelve a salir cargado de trastos. Los metieron en el coche y se fueron, que aún los seguí con la vista cuando verlos era absolutamente imposible del todo y hasta absolutamente imposible imaginarlos.

Llegué a casa. Cogí la botella de whisky de mi padre y me serví un trago. Me volví John Wayne y el chaval que le acompaña a un tiempo. No descansaría. Daría con ella. Me lo prometí a mí mismo. La encontraría. Tan cierto como que la Tierra gira.

Cuando estaba rellorando con agua y un poco de colonia la botella de whisky de mi padre, porque le podías vaciar los bolsillos, pero el nivel del whisky lo tenía controladísimo, sonó el teléfono.

–Hola, Daniel, ¿te acuerdas de mí?

La Mística.

Colgué sin más y también para que no se notara que iba un pelín trompa.

## 15. ¡ESCONDAN A LAS CRIATURAS! ¡LLEGA EL RARO!

Las semanas siguientes me volví raro con toda la capacidad de mi rareza. Y eso que me interné en una selva de raros más que raros, que nunca se toca fondo en esa cuestión precisa. Casi quemó el motor, lo reconozco. Es más, lo quemé... El primero en comprobar lo raro que me había vuelto fue el Subirana, un compañero del colegio, por decir algo, del que ya les he hablado, pero que habrán hecho bien en olvidar. Estábamos entre clase y clase. Yo bostezaba como solía y pensaba en las horas que faltaban para salir del colegio y seguir aburriéndome y amargándome como John Wayne, que, la verdad, no mola nada el amargarse, cuando noté que, desde el otro lado del aula, el Subirana, que básicamente es un abusón indirecto, lo habré dicho hasta el cansancio, me miraba, sonreía y decía algo al oído del Monstruo. Esa película sí que la había visto cien veces. Enseguida el Monstruo bramó:

–¡Gallego! ¡Barullo!

Pero el Gallego, en ese momento, había saltado encima de un pupitre, y de ese pupitre a otro, y luego encima del Subirana, y antes de que el Monstruo me sacara de encima del Subirana para lanzarme diez metros más allá como quien arranca una hoja de la libreta, la arruga y la tira, al Subirana se le había puesto una cara que recordaba muy mucho la bandera de Japón.

Una vez que se hubo levantado del rincón donde el Monstruo le había tirado, el Gallego torció la boca y dijo las palabras que nadie se había atrevido a pronunciar antes:

–¡Subirana! ¡Barullo!

Y, tras un instante de silencio, como debe de ser en el momento antes de la batalla, toda la clase dudó, dudó mucho, pero enseguida se tiró encima del Subirana y empezó a darle todo lo que habían estado guardando hasta entonces. Hasta el Babosa buscaba un rincón del Subirana que quedara a la intemperie para vengarse. Sonó el timbre, acabó lo que llaman descanso y el Subirana me miró con una cara con la que nadie me había mirado hasta el momento. Una cara de dura competencia, la misma con la que Enrique Ford debió de mirar a Gualterio Chrysler en su pugna por el imperio del motor en

Detroit. Esa no era mi forma de ser natural, ni queriendo ni sin querer, pero asumí el reto.

Acabó la siguiente clase, y en cuanto salió el profesor por la puerta, sin ni siquiera levantarme del pupitre, grité:

–¡Subirana! ¡Barullo!

Toda la clase hizo con él una especie de nudo marinero.

Al salir del colegio, el Subirana y el Monstruo me siguieron hasta los futbolines, porque sabían que yo iba cada tarde a jugar al SURF-PARTY, mitad por añoranza, mitad porque no sabía hacer otra cosa, y eso además a ellos bien poco les importaba. Se acercaron a mí y me arrinconaron. Cuando me temía lo peor, aunque mi cara no se inmutase, me dijeron que yo era un tío enrollado y que no hacía falta que me pusiera así con ellos, que el sábado podíamos subir juntos hasta el Chufo, una discoteca en la parte alta, medio de pijos, medio de macarras como ellos, y que me presentarían a unas tías legales. Se habían olvidado por completo de Chenta y de que yo iba con ella y de que hasta hace muy poco ahí, en la puerta de al lado de los futbolines, había vivido una chica que, durante un tiempo, fue una de las modas de la clase. Ahora la moda era ir a discotecas y contar todo lo que hacías allí. Y había bastado que me pusiera chulo una vez para que pensarán, pobrecitos, que era uno de ellos. O lo pensara yo, que no queda muy claro, pero sí queda en el fondo. Hasta el Subirana me sonreía con un grumo de sangre coagulada en una ventanilla de la nariz.

Yo pensé: «La gente es así.»

La segunda en comprobar mi potencia de rareza fue la señorita Hortensia, nuestra profesora de Filosofía. Ella andaba entre pupitres, pasillo arriba, pasillo abajo, explicando no sé qué de Platón, que llámate así en mi clase y las pasas canutas, por cierto, mientras yo dormitaba como solía y estaba haciendo una lista de las diez canciones que más me gustaban. En ese momento, oí:

–Basanta. ¿Cuál es la recomendación que hace Platón para seleccionar a los gobernantes de la República?

–Que bailen la conga.

Todos se rieron, menos la señorita Hortensia.

–Basanta, levántese.

Me levanté. La señorita Hortensia repitió la pregunta.

–Que bailen la conga levantando la pierna en los compases pares –volví a

contestar con el tono de «Esta me la sé», que aún lo hace más divertido, y por si no había entendido bien, marqué unos cuantos pasos de baile.

La gente de la clase se revolcaba por el suelo. Si a eso añadimos que la señorita Hortensia era más conocida por el sobrenombre de «la Gestapón», porque era muy bajita y por el reinado de terror del que era reina, ustedes entenderán rápidamente que aquello era poco menos que un momento histórico.

–Basanta, salga de clase.

Salí de clase bailando la conga como si tal cosa. Me encendí un cigarro en el pasillo y un habano que hubiese tenido. Y ya estaba por la mitad del cigarro y la gente aún seguía riendo. Se acabó la clase, la señorita Hortensia salió al pasillo y me preguntó:

–¿Tú crees que eso que has hecho es normal?

Y yo, con todo mi morro, contesté:

–Es que mi madre no se encuentra muy bien y últimamente hago cosas raras.

La tía, claro, no sabía qué cara poner.

–Ah... –dijo al cabo de unos doscientos años. Luego se fue.

Y yo pensé: «Hace mucho tiempo que mi madre no se encuentra muy bien, pero parecía que eso a nadie le importase.»

Y luego pensé: «La gente es así.»

Hubo más personas que se convencieron de lo raro que yo era. Alguno lo sabía de antes, como el portero del edificio donde ya no vivían Chenta y su bella y delicada y generosa y elocuente hermana.

–Que no están, ni estarán... –me dijo el cernícalo aquel sin mirarme siquiera, que me debería oler, supongo. Pero yo llevaba mi plan dispuesto.

–Sé perfectamente que están en Madrid, honorable ciudadano. El asunto es que uno de sus parientes debe entregarles un paquete y ha pensando que usted debe guardar a buen seguro la nueva dirección en su archivo, no hubiera acaso un imprevisto como ahora, en efecto, sucede.

Y el tío soltó la dirección: Altamirano, 24, 2.º, 4.ª, Madrid-8.

–No sabe las ganas que tenía de no verle nunca más, espantoso homínido – fue mi despedida de aquel tipo, que levantándose un poco la visera sin dejar de leer el *Dicen...* respondió:

–A mandar...

Fui a casa. Cogí la minifalda de mi madre, aquella que aún tenía la etiqueta

de cuando la compraron mis padres en el viaje de novios, o así, en el año que nací yo. Tomé un autobús. Recorrí las tiendas de lujo de la Diagonal buscando una dependienta que tuviera ese SPECIAL WHEN LIGHT que yo necesitaba. Algo maternal, para qué engañarnos. Di con una. Muy maternal no era, más bien material, y además tenía un polvo. Fue ver la minifalda y ofrecirme por ella un pastón.

–Era de mi madre... –le dije casi sollozando–. Y quisiera que me la envolviera de regalo como un favor personal. Pero que el papel sea muy supercool, si es tan amable.

La tía se lo hizo y hasta me dejó una tarjeta en blanco y un rotulador para escribir «¿¿¿POR QUÉ???»». En correos dejé bien claro que quería un envío con acuse de recibo y me hicieron pagar un pico. A la semana me llegó el acuse de recibo y nada más. La minifalda se quedó allí con Chenta, por lo visto.

Luego llegó lo de Chufo.

Resulta que, los últimos sábados, al fin me había decidido a subir a Chufo con el Subirana, el Daza, el Monstruo y su panda. ¡Vaya panda! Era época de exámenes y los únicos del colegio que salían a divertirse eran los que podríamos llamar «los desahuciados». Yo era un desahuciado, eso estaba claro. Aunque el Subirana no era ningún desahuciado, que aprobaba gracias a su astucia, el Monstruo y toda su pandilla eran desahuciados de nacimiento. Lo mejor de cada casa. Quedaban después de comer en una plaza que estaba cerca de los futbolines y se juntaban alrededor de un banco a contar chistes malos o a explicar historias de «las tías con que se lo habían hecho», y, si no, se empezaban a pelear entre ellos, insultándose, dándose empujones y rebotándose, se liaban con el primer pardillo que en ese momento pasase por la plaza. Luego cogían un autobús que lleva a la parte alta y hacían cundir el pánico, faltaría. Las viejas y las chicas eran su punto fuerte. El Monstruo y otro al que llamaban el Pituso solían llevar la voz cantante y dedicarse a insultar sin ton ni son a cualquier elemento del sexo femenino. Si la vieja o la chica les contestaba, y con toda la razón, entonces lo tenía claro: lo mejor que podía hacer era bajarse del autobús, si no quería que aquellos palurdos le recitaran toda su colección de insultos. Recitaban los insultos de carrerilla, siempre en el mismo orden: era lo único que se habían aprendido de memoria. En el autobús, nadie se encargaba de ponerles en su sitio. Si los gamberros hubieran sido uno o dos, la cosa habría cambiado. Pero ¿quién se atreve a decirles algo a una docena de mastuerzos a los que acaban de abrir la

jaula? Una vez que llegábamos a la zona de las discotecas, a la que yo había ido tantas veces con Chenta de noche hasta hacía bien poco y con una disposición bien distinta, localizaban un par de supermercados y se dedicaban a vaciarlos de la forma más descarada. Luego, en otra plaza, trajinando botellas y emborrachándose, seguían peleándose entre ellos y, cómo no, con cualquiera que pasase. Y yo era el raro. Un científico de esos listos que hay gastándose el sueldo en monos podría ahorrarse un pico y sacar muchas conclusiones yéndose una tarde de marcha con el Monstruo, el Subirana, el Daza y su panda. Luego, cuando la discoteca llevaba abierta una hora más o menos, entraban allí como el equipo de rugby de Bestilandia. La siguiente hora se dedicaban a molestar y meter mano a las chicas, que pasaban de ellos completamente. Todos menos el Subirana, que además manejaba a la manada como si fuese un trozo de plastilina. Después seguían emborrachándose y luego, definitivamente, se dedicaban a pelearse con todo el mundo.

El Monstruo se ponía a mi lado, por ejemplo.

–¿Qué pasa, Basanta? ¿Algún problema? –Siempre tenía que haber algún problema.

–No, no...

–Si hay algún problema, me lo dices.

–Descuida.

Al cabo de un rato, el Monstruo se volvía a poner a mi lado. Aunque la música estaba al máximo volumen, su respiración podía oírse en toda la discoteca.

–¿Qué, Basanta, todo bien? Si te molesta alguien, yo me lo cargo.

–Nada, tranquilo, tío.

Se iba y volvía otra vez. Esto parece de dibujos animados, pero es la pura verdad.

–Sin novedad, Monstruo. –Yo ya me anticipaba, pero no valía la pena.

–Señálame a alguien, a cualquiera –me dijo el Monstruo.

–¿Por qué?

–Ya verás.

Le señalé al primero que vi. Ni me acuerdo cómo era. Pues bien, la persona que señalé, después de que el Monstruo acabara con él, tampoco debía de acordarse de cómo había sido antes de la avalancha.

A mí, tengo que reconocerlo, todo aquello me daba igual. Yo pasaba por

ser raro y, posiblemente, peligroso. Tenía suficiente. Pero no suficiente vergüenza.

Como lo que voy a contar ahora, que sí me da toda la vergüenza. Como casi todas las cosas que he ido contando hasta ahora, cuando las sumo una a una, pero más.

Antes, solo unas líneas para responder «Sí» a la pregunta «¿Es un cabrón Subirana?», y luego razonar mi respuesta, tal como me enseñaron en el cole, que allí uno aprende aunque no quiera.

El Subirana, por decirlo en cuatro palabras que le hagan justicia, es un ser despreciable. Casi siempre evita las peleas, pero disfruta, la cara le resplandece viendo cómo la gente se hace daño, o lo que es peor, provocándoles para que se lo hagan. Es de esos tipos, alguno habrán conocido, que sonríe muy despacio cuando un coche atropella a un perro. Tenía un control total sobre el Monstruo, porque era bastante más listo que él, que es ser bastante más que nada, y eso hacía que le convirtiera en una especie de guardaespaldas. A mí, desde que me pasó el incidente con él en clase, parecía tenerme respeto y quería hacerse amigo mío, pero tanto él como yo sabíamos que me la había jurado y lo único que quería era competir, seguir compitiendo, esperar y maquinando, porque estaba bastante claro que con los desahuciados se aburría. Pero el caso es que no podía vivir sin ejercer su dominio y eso le impedía conocer a otra gente, porque para eso a veces hay que pasar por tonto, o lo que él entendía por tonto, y la soberbia le podía. Necesitaba el mando como respirar, pero al nacer se había equivocado de barrio y era como si tuviese todas las costillas rotas y le doliera cada vez que respiraba y alguien tuviera que pagar por eso.

En la discoteca, yo no bailaba nunca. Pensaba que bailar sería ablandarme ante toda aquella gente y, además, bailar me recordaba demasiado a Chenta. Me sentaba en un sofá y miraba las cosas que hacía la gente, quién iba por quién, esas cosas. Y, sí, desde luego, pensar que se lo estaba contando a quien no podía contárselo.

Pues en una de esas, estaba yo sentado contándole a Chenta mis cosas, cuando el Subirana se sentó a mi lado.

—¿Qué? ¿Te gusta alguna?

—Hay de todo.

—Yo ya estoy harto de la mayoría. Son unas guarrillas.

—Todas, todas, todas... Vamos, que todas.

Un momento. Antes de seguir con esta penosa conversación, sé que están pensando que queríamos parecer gánsters. Pues sí, tenía y tengo la impresión de que esa era la idea. Ahora, rebobinemos un momento.

–Todas, todas, todas... Vamos, que todas. –Cómo cede uno, cómo se arrastra...

–No siempre... –El Subirana se puso a suspirar como melancólico.

«¡Qué raro!», pensé yo.

Y ahí me empezó a contar una serie de pormenores sobre las desgracias que tenía con una tía. Una que en ese momento le saludaba desde la pista y a mí me parecía que, allá ella, eso sí, pero que se moría por los huesos del Subirana, en contra de lo que este me estaba explicando como si fuésemos amigos de toda la vida.

–Con esa me pasa lo mismo que a ti con la valenciana aquella.

Él no tenía idea de nada respecto a ese asunto, aunque algo de memoria sí parecía tener. Le dejé hablar.

–Se llama Julia. A veces me dice que sí, otras que no. Pero es un poco estrecha y, además, hay una cabrona amiga suya que siempre va con ella a todas partes y no deja que estemos a solas.

Subirana me abría su corazón. Me estaba diciendo: «Te trato distinto que a los demás. Te doy importancia.»

–Si alguien pudiera enrollarse con la imbécil esa y llevársela al parque, a lo mejor tendría una oportunidad. La sacaba de la influencia de la otra...

Y el Subirana señalaba en ese momento a una chica que, así, de lejos, no estaba mal, pero que con la cara ya decía: «Ni me hables, ni me mires, ni te acerques.» Y en ese momento, efectivamente, por si había alguna duda, un chaval se sentó a su lado y le dijo algo. Entonces ella le dijo algo a él. El chaval saltó del sofá como si abres una caja y salta un muelle con cabeza de payaso de esos de broma y con la misma cara de payaso se fue, el pobre.

–¿Lo ves? –me dijo el Subirana–. Es una imbécil. Se llama Laura. Es poner la última canción, llamar a Julia, la que me gusta, y la otra la sigue como un perrillo. La tiene dominada.

¡Pobre Subirana! ¡Víctima de las Mujeres-loba que dominan las mentes y los cuerpos de los demás! ¡Cuánta injusticia hay por el mundo! ¡Cuánta Ley del Más Fuerte!

El Subirana me miraba con cara de perro apaleado y al mismo tiempo me

decía: «Solo puedo confiar en ti.» Los manipuladores profesionales, hay que decirlo, se lo saben currar.

En otras circunstancias yo no me hubiera acercado a la tal Laura ni por todo el oro del mundo. Sobre todo, no me hubiera acercado por vergüenza. Pero es verdad que historias como esa eran las que yo necesitaba por aquellos días.

–Nos vemos el lunes –le dije al Subirana levantándome. No se ha visto nunca a nadie tan chulo.

Así que me acerco al sofá donde está la tal Laura, sobra decir en qué plan. La tal Laura me mira como diciendo «Siéntate ahí y te tiro una bomba atómica». Yo me siento lo mismo y despreocupadamente. Deja de mirarme. Yo la miro. Ella, a lo suyo. Yo, tranquilo. Miro hacia el sofá donde está el Subirana, que me mira de reojo. Miro a la tal Laura. Dejo de mirarla y mantengo una mirada soñadora en el horizonte, aunque lo que estaba viendo era cómo a un camarero se le caía una bandeja. La tal Laura me mira. Finjo que capto una interrupción a mis profundos pensamientos.

–¿Por qué me miras? –le pregunto. ¿A que no se les hubiera ocurrido?

–Hombre, te has sentado a mi lado.

–Es que no sabía dónde sentarme; aquel imbécil de allí va a mi clase y porque va a mi clase se cree que puede estar pegándome la paliza la tarde entera con lo mucho que liga.

Laura miró al Subirana. Luego me volvió a mirar. Yo me puse a fingir que estaba pensando en mis cosas.

–Me parece que tu compañero de clase es un mentiroso –me dijo Laura.

–¿Perdona? –Yo seguía haciendo ver que estaba en mis cosas.

–Tu compañero de clase, que es un mentiroso.

–Ah, ya, ya... –Me puse otra vez a pensar en mis cosas.

Laura se puso a mirar a la gente. A la pista. Luego me volvió a mirar. Yo levanté la cabeza como si nada.

–¿Decías? –le pregunté.

–No, no decía nada.

–No sé por qué vengo. A mí estas cosas no me gustan nada.

–A mí tampoco. Yo vengo con una amiga, que no sé...

–Oye, aquí al lado hay un parque muy bonito, con sus pájaros primaverales. Le puedes decir a tu amiga que la esperas allí y hablamos un rato.

Laura miró a la pista. Luego me miró a mí. Luego dijo:

–Bueno... Pero solo hablar. Como empieces, me vuelvo.

No hacía falta decir nada. Nos levantamos. Cruzamos la selva de cuerpos, música y sudor, por echarle poesía intensa al momento, y subimos la escalera que daba a la calle. El Subirana se quedó allí como diciéndome con la cabeza: «Así se hace, hermano.»

Tengo que ser sincero. A mí, en ese momento, Laura me importaba más bien poco. Desde lejos me había parecido, ya ven, una arrogante y me había acercado hasta ella porque era una especie de apuesta conmigo mismo, no por hacerle un favor al otro. Bueno, no sé. El caso es que tenía que despistarla para que no se acordase de su amiga y el otro hiciera lo que tenía que hacer.

Así que, en el parque, Laura empezó a hablar y se notaba que tenía ganas de hablar con alguien. Tenía diecisiete años, o sea, uno más que yo, y estaba haciendo COU. Cuando me preguntó qué estudiaba, le dije que también iba a empezar COU. «Una década de estas», pensé.

–Pareces más joven.

–Me lo dice todo el mundo.

Laura me miró con cara de no creerse nada y a mí me daba igual. A ella me parece que también. Laura, ni que yo se lo hubiera rogado, empezó a contarme que había salido dos años con un chico, pero que lo había dejado hacía dos meses. El chico no entendía que Laura quisiese hacer lo que le daba la gana, más o menos. Además, quería ser pintora. Pero era demasiado tímida para relacionarse con gente que quisiera hacer lo mismo que ella.

–Es como si tuvieras las costillas rotas...

–¿Qué?

–Al intentar hablar con la gente que te interesa, que te duela al respirar...

–No sé de qué me hablas... Solo te estaba diciendo que me da vergüenza.

–Pues mucha vergüenza no parece que tengas. De la de hablar, digo.

–Es que contigo se puede hablar. Me he dado cuenta enseguida.

«Pues no será por lo mucho que habré hablado», pensé. «Porque para ti no valgo una mierda», pensé también, pero menos. Eso sí, lo que dije, una fórmula que recomiendo a los que quieran pasar por buenos conversadores, fue:

–Ah...

Laura siguió contándome su vida como quien no quiere la cosa y yo la iba mirando. Cuanto más la miraba, más guapa la encontraba. Pero luego, de

repente, la empezaba a ver lejos, lejos. Yo no era, o eso me parecía, una persona como para estar hablando del futuro, de profesiones y de otras historias extrañas. Yo, la verdad, y aunque me diera asco, entendía más al Monstruo y a todos aquellos.

–Y tú, ¿qué quieres ser? –me preguntó.

–¿Cuándo?

–Dentro de unos años.

–Normal.

–¿Qué?

–Que quiero ser normal. Bueno, quería. Últimamente me va bastante bien siendo raro.

–No, si raro, eres raro. Aunque a lo mejor por eso se puede hablar contigo.

Lo diré claramente. Laura, de tan normal que parecía, era aún más rara que yo. Decía las cosas con lógica, te escuchaba cuando hablabas, por muchas gilipolleces que dijeras, y luego las pensaba como si tuvieran que tener siempre algún sentido. Tampoco se dedicaba a sonreír a todos los chicos que pasaban por el parque a esa hora, ni ellos la miraban como a una que yo me sé y con quien la estaba comparando todo el rato. Por cierto, y sé que doy pena al decirlo, ganaba la otra. Y a lo mejor por eso y por ganar tiempo seguía diciendo lo que decía:

–Otra cosa que me gustaría ser es experto internacional en conga.

–Me estás tomando el pelo.

–Y me gustaría tener a toda la gente que quiero cerca de mí.

–Ah... –Ahora la que decía «Ah...» era ella.

–Y me gustaría saber cuál es el Secreto de las Fiestas.

Ustedes, a estas alturas, pensarán que yo no tengo otro tema de conversación. Y, es verdad, no lo tengo. Pero, si se dan cuenta, no se lo repito siempre a los mismos. Y, además, suelen encontrarlo bastante ameno y misterioso.

–¿Qué es el Secreto de las Fiestas?

Les ahorro la interesantísima narración hasta el punto...

–¿«Reconocer que el Secreto nunca termina»? –me preguntó.

–Si quieres, te acompaño hasta la puerta de tu casa y te lo voy explicando.

Ahí, pensaba yo que ella me diría: «No, porque espero a la otra, que he nacido para hacerle la puñeta y nada más.»

–Ah, estupendo... –me dice—. Así me libro por fin de la pesada de Julia. Es

mi vecina y sus padres y mis padres son amigos. Y se han empeñado en que vaya con ella porque soy una buena compañía. Pero la tía me odia. Y eso que a mí me da igual... Salimos juntas, estoy un rato por aquí y ella se queda con el amigo ese con el que estabas hablando.

No había yo empezado a pensar «Aquí pasa algo», cuando vemos a la tal Julia haciéndole señas a la otra para que se acerque hasta ella con una sonrisita en la boca que no me gustaba nada. A su lado, el Subirana. Y no me miraba a mí.

–Espera. A lo mejor quiere quedar después para que lleguemos juntas a casa...

Yo casi estuve a punto de decirle que no se moviera, pero era absurdo decirle eso y a lo mejor no pasaba nada. Además tenía que averiguar dónde estaba mirando el Subirana. Que no me miraba a mí, sino más allá de mí. Así que como en cámara lenta vi cómo Julia tomaba de la mano a Laura, que no entendía nada. Y vi cómo se la llevaba, doblaban las dos la esquina y se esfumaban. Y fue dejar de verla y descubrir el punto exacto donde miraba el Subirana, cuando el Monstruo, que no tuve que verlo, que solo tuve que olerle el cuero de la cazadora negra y todo lo demás, y también el Pituso, creo, me taparon la cabeza con una bolsa, me pusieron unas esposas, y no miento, que eran de acero y noté el racracrac ese, que da su angustia, me cogieron y empezaron a aporrearame, mientras por el trasluz de la bolsa, que casi me asfixiaba, yo veía que se empezaba a hacer de noche, que me habían hecho una putada, que me sacaban las esposas, que yo pateaba y que me pateaban, que me ataban a un árbol, me volvían a poner las esposas y alguien decía:

–Hacedle unos agujeros en la bolsa... Que a lo mejor se asfixia el pobrecito...

Y otro decía:

–¿Y a mí, las esposas, quién me las devuelve?

–Ya te encontraré otras... –Y era el Subirana, hablando bajito.

Y entonces me dieron una patada en toda la cabeza. Y alguna patada más. Se rieron un rato y oí los pasos y las risas, alejándose.

Una trampa. Un «Me la debías». Un «Esto te pasa por listo».

De noche, apenas había luz en aquel parque. Era demasiado grande para las cuatro farolas que había en cada esquina y por esa circunstancia precisamente era famoso al ser idóneo para el crimen y el amor. Pero ni al crimen ni al

amor les interesa el destino de un tío atado a un árbol y entre matojos, que no tiene más remedio que mearse un poco encima cuando ya se empiezan a oír los primeros pájaros. ¿Qué pude pensar hasta que llegó la policía y pudo quitarme las esposas? Pues nada, odio, mucho odio, y mucho odiarme a mí mismo, como John Wayne, pero en ridículo. Así que llegaron los pasmas, les contesté a las preguntas, me negué a dar nombres, o más bien me hice el loco, porque si había tenido tiempo de pensar algo es que aquellos se iban a defender unos a otros y, en el fondo, comparado con las cosas que se contaban que se hacían en aquel parque, a mí no me habían hecho nada. Unas esposas de la policía robadas eran la única pista. Pues quédenselas ustedes. Y hasta tuvieron la gentileza de hacer agujeritos en la bolsa que me tapaba la cabeza, me dijeron ya en plan de cachondeo. Y que había tenido mucha suerte, me dijeron también.

Se notaba que el lunes ellos no tendrían que ir a clase a enfrentarse con esos hijos de puta vengativos y a todo lo que iban a contar. Y se daría por supuesto por parte del Subirana, en sus susurros aquí y allí, y en sus pasitos allá y más allá, y en sus trampas mañana o la semana que viene, o cuando esté bien fría la venganza, que yo era un chivato como cuando pasó lo de las marcas de coches, que el miedo envuelto en mal rollo y chulería de unos acabó contagiando a todo el mundo, avergonzándolo, agusanándolo, capándolo. Y ya no hay valientes, ni tristes, ni callados, ni empollones con mancha o sin mancha, y menos tachanes, que ya nadie se acuerda de su existencia, que se acabaron con los dinosaurios, y ahí se quedaron, aplastados, y no hay más verdad que esa. Y todo es una mancha negra que huele como la carne que les sobraba a las vacas cuando parían, y uno de los Lechuzos la cogía con una horquilla y se la llevaba algo lejos, entre dos surcos, y para allí iba King que bien que se la comía, pero era un perro y tiene excusa. Y todo porque hay algunos que no tienen algo que les gustaría tener y no lo tendrán nunca porque no saben lo que es.

## 16. UNA COMIDA INFORMAL

Por fin, llegué a casa que era mediodía. Esperaba que mi padre ni se acordase de si al llegar él, como suele, estaba yo dentro o fuera de la cama, arriba o abajo. Y no es que estuviera durmiendo cuando llegué, mi padre, es que estaba despierto y preocupado y vestido como de hippy de fiesta, que siguiendo su estilo parecía que se iba a un rodeo o algo así. Que de dónde venía. Que de por ahí. Que qué había abierto por ahí a esas horas. Que parques y jardines. Que si no me acordaba del almuerzo con Constanza. Que por supuesto. Aunque a mí en ese momento me vuelven a poner una bolsa en la cabeza y me preguntan en qué día, hora o minuto me había dicho eso mi padre o había mencionado un nombre tal, Constanza, nada menos, y me asfixio seguro. Ni se había dado cuenta de que me había meado encima, aunque yo podía oler eso igual que olía mi propio odio. Que me duchara no lo decía por decir, decía. Que ahora corría, le contesté, que por una vez que se duchaba él, no era plan que todos corriéramos a enjabonarnos. Que él no era yo, ni yo solía ser él, en lo de ducharse, le dije.

Lo que más me extrañaba era que nada le extrañase mucho. Que llegara yo a casa a media mañana, que lo hiciera sin pedir perdón ni excusarme y que nada de eso le enfadase ni una pizca, cuando de una manera muy rara yo sentía que mi odio tendría que ser su odio aunque él no supiera por qué. Eso, con los animales pasa. Aunque con King, el perro aquel de la aldea, que ha vuelto el pobre a aparecer dos veces sin merecerlo, no pasaba, eso es verdad, y con mi padre tampoco.

Lo que no me extrañó es que cambiase de estrategia enseguida que me puse chulo. Lo hacía siempre que amenazaba tormenta, como si dijéramos. Pero me volvió a extrañar la manera en que cambió de estrategia. No solo quería no enfadarse, cosa bien difícil. Quería que yo no estuviese enfadado, que solía darle igual siempre que no hiciera ruido. Por tanto, me di cuenta de que la comida con esa Constanza era importante, y hasta me di cuenta de que mi padre a lo mejor había encontrado novia y me la iba a presentar. Y que a lo mejor me lo había contado alguna vez hacía poco, y hasta con paciencia, y yo ni escucharle, que a lo mejor estaba viendo *Centauros del desierto* y

diciéndole que sí por decirle. Porque si no había caído antes en que íbamos a comer por primera vez con una amiga de mi padre, que iba a ser presentado en sociedad, y viceversa, por muy hippy que fuese todo aquello, era porque me había pasado la noche con una bolsa en la cabeza hasta oír los pajaritos y las voces de medio cachondeo de la policía.

Salí de la ducha, después de que mi padre se asomase veinte veces para que me diese prisa, que con la manía hippy de no poner cerrojo, me tocaba las narices que lo hiciera. Tal como salí, noté que las muñecas me ardían. Mi padre me dijo que olía a laca que parecía la señora Anita. Le dije que le zurciesen, que no hay otra manera de conseguir un pelo de punta con ese estilo. Cambió de estrategia otra vez. Ni un chiste se permitió con mi pinta y eso le libró a su vez de los míos, que mi padre era mismamente Salvador Dalí que se hubiese colado en O. K. Corral.

Salimos de casa. Pasamos por delante del colegio y yo solo pensaba que sería mejor que no me encontrara con alguno que yo me sabía, porque aún no tenía decidido qué hacer. Y también pensaba que era una suerte que la policía no hubiera llamado a mi casa. Y la rabia me subía que ni cansado me encontraba. Y otra vez dejaba de escuchar a mi padre cuando me decía, más o menos, que enseguida iba a ver lo nunca visto. Que Constanza era muy simpática y muy buena tía y un genio, en resumen.

–¿A qué se dedica? –le pregunté, por si nos sacaba de pobres.

–Es maestra.

«Uf, uf, uf», pensé varias veces.

Y seguimos caminando hasta La Habana, que era un sitio donde iban a comer hippies mayores y progres, y tenías que aguantar que se hicieran la uve de la victoria con los dedos de una mesa a otra, que llamaran compañera a su mujer y demás sandeces. Y que a la hora del café los mitineros hablasen de mítines, los manifestantes de manifestaciones, los músicos de bolos y de «Mails» y de la onda layetana, que sería una emisora de radio, y ya todos de comunas, del PSUC y del PSAN y de qué hacer con los troskos y los anarcos y la policía asesina. Pues buen favor me había hecho a mí la policía. Y si mi abuelo llega a ver que un sitio así se llama La Habana, la lía, fijo. Y el abuelo de más de uno de todos aquellos me parece que también.

Llegamos. Esperamos. Mi padre estaba nervioso y se le notaba. Pidió un vermú de la casa. Yo pedí otro. Mi padre se encogió de hombros delante del camarero y luego me volvió a preguntar que dónde había estado. No me dio

tiempo de contestar porque en el restaurante entró una tía así mayor, pero no tan mayor como mi padre, con el pelo largo y rizado como tocaba. Si le sacabas las gafas redondas y el fular y la falda esa estampada, que parecía un saco de repollos pero con los repollos por fuera, y las sandalias horribles, a lo mejor te la mirabas.

La tía le dio un beso a mi padre en los morros y se sentó, mientras mi padre decía «Esta es Constanza», y yo la miraba así con cara de «Por mis muertos que te vas a ganar el pan, Constanza». Y juro que en ese momento lo hacía por deporte y por el cabreo que llevaba encima del ridículo y la agonía que había pasado, que de eso ella no tenía culpa ninguna en ese momento preciso.

Mi padre empezó a hablar como nunca. Y hablaba del vino y de lo buenos que estaban allí los calamares rellenos y yo pensaba que Constanza era muda, porque siempre decía a todo que sí con la cabeza, y yo creo que eso hasta a mi padre le extrañaba. Después de pedir y de beberse dos vermús más, que también se bebió el mío cuando yo no miraba, mi padre contó, en ausencia de cualquier declaración de la susodicha, que la tal Constanza iba a dar clase de preescolar el año que viene en mi colegio.

–Pues me parece que conmigo no le toca... –dije, un poco por animar el cotarro con el chiste más malo del mundo.

En cambio se rieron como si les hubiera contado el chiste del loro que cantaba cuplés.

–Estoy deseando que llegue septiembre –dijo entonces Constanza–. Tú harás COU, ¿no, Daniel?

–Si aprueba... –dijo mi padre.

Pero yo no oía a mi padre. En la primera frase no me di cuenta. Fue en la segunda. La manera de entonar la pregunta. La manera de decir «Daniel». ¿Es que no se había dado cuenta de que la iba a reconocer? ¿Es que pensaría que me iba a dar igual? ¿Es que pensaba que ese iba a ser un secreto, otro secreto, entre ella y yo? El hijo tonto de su novio aún más tonto... Un Subirana en tía. Otra Mujer-loba. Hasta pensé que hubiera colado si llega a decirlo otro día. Lo pensé de verdad.

–Esta tía de aquí es una hija de puta. Te lo digo por si no lo sabes.

–¿Quién? –va y pregunta mi padre.

–No sé, la hija del cocinero... –Entonces señalé a la tal Constanza, que a lo mejor se llamaba así, pero a mí casi me parecía un seudónimo para

engañarnos a todos. Estaba roja la tía que hasta rojos tenía los cristales de las gafas. Además, yo casi creía que, como todo lo sabía, a lo mejor sabía también lo ocurrido esa noche, lo que me estaba pasando esos meses, todo. Y grité—: ¡Esta!

Que mi padre mirara primero a todos lados y luego el vaso de vermú que estaba a mi lado y que precisamente él mismo se había bebido no ayudó mucho. Y yo seguí:

—Esta hija de puta es la Mística. Me sigue, me espía. Se quiso hacer como amiga mía. Tejió sus hilos de araña alrededor de nuestra vida. ¿A ti te ha contado todo eso? ¿A que no? Dime, dime, ¿a que no...? Que pasa lo mismo que cuando estás en las tabernas en Galicia y la gente hace como que se ríe de las cosas que cuentas y luego...

—Pero ¿qué coño estás diciendo? ¡Y siéntate! —Ese era mi padre haciendo una pregunta y dando una orden, supongo.

Que me sentara, dijo. Aún me están esperando. Mi padre, la Mística y los calamares rellenos. Que sé que no me están esperando, porque fueron pasando más cosas, pero aquel no era mi día, y ese día que no era mi día ya no era un solo día que eran dos y serían tres y más...

Mientras corría hacia casa, buscaba a toda prisa el bote con el dinero que mi padre guardaba en casa, cogía la bolsa de deporte y metía dentro la ropa de moderno nuevaolero y las chapas, a lo mejor pensé que cada día, cuando iba al colegio, siempre me encontraba junto a la pila de la cocina un bocadillo. Maldito pensamiento. El mismo bocadillo que siempre era distinto, pero volvía a ser el mismo cuando lo tiraba en la papelera de la esquina. También pensé que mi padre nunca hacía ese bocadillo. O lo compraba en un bar recién abierto al volver a casa, o en el sitio donde hubiera estado tocando, si allí hacían bocadillos. Nunca me comí ni uno. Ya digo, ni el primero. Pero hasta pensé una vez en coleccionar las servilletas de papel con los membretes, porque había algunos que molaban bastante.

A la parada de los autocares Ozaez, ahí, cerca del puerto, había ido paseando cien veces con la excusa de que muy cerca había otros futbolines a los que nunca se acercaba nadie de mi colegio. También miraba los horarios de salida de autocares a Madrid como quien mira un álbum de cromos o las piernas de una chica.

Nadie se iba a imaginar dónde estaba. Aunque a lo mejor la Mística, la puta Araña Negra... Así que anduve bastante nervioso hasta que,

anocheciendo, salió el autocar. Si apuestan a que ahora voy a decir que miré por la ventanilla y vi esto y lo otro, pierden fijo. Los soldados montaron bulla al principio, pero en nada se durmieron. Y se durmió todo el autobús menos un viejo que tenía voz de cascajo como la del actor Paco Martínez Soria, y no dejaba de hablar el viejo. El autobús paró a mitad de camino y nos hicieron bajar y todos compraron bocatas en un bar de carretera. Lo fuerte era que en la puerta del bar ese, en una jaula, había un león. Lo juro. Un león que olía a muerto que llegaba la peste hasta Barcelona o así, que parecía el Monstruo, pero en manso, el león. Y en ese momento no supe dónde estaba Barcelona. Ni dirección, ni distancia. Tampoco pregunté. Me senté en la puerta, al lado del león. Dormía como un bendito, el león. Ni roncaba, a diferencia de los soldados, pero algo le subía y le bajaba en el lomo ese enorme de pelos enguarrecidos que tenía. En la carretera, los camiones iban y venían. A partir de ese momento el autocar seguiría circulando por carreteras oscuras que me harían pensar en el túnel del tiempo y, si no me dormía, no podría dejar de pensar. Y lo primero que iba a pensar es que había hecho la tontería más grande de mi vida. Y lo segundo, que una vez que llegara a Madrid y viera a Chenta, ¿qué iba a hacer yo y qué iba a hacer ella? Porque su hermana no me iba a mantener. Ni la mirada me iba a mantener. Trabajaría, estaba claro. A los dieciséis años se puede trabajar. De camarero. Y de camarero, también. Y por supuesto de camarero.

En fin, que trabajaría de lo que fuese. Y entonces me di cuenta de que, en todas las fantasías sobre mi futuro, yo siempre tenía en cuenta que el abuelo se había ido a Cuba a los catorce años, y que yo podría hacer cualquier locura, porque mi abuelo las había hecho antes, y que yo me iba a encontrar a un hombre o a una mujer tachanes que me diera un indicio que... Mi abuelo. Lejos, lejos, lejos... El caso es que yo había tenido bastante claro y varias veces que esas aventuras que mi abuelo me había contado eran solo para entretenerme como si a cualquiera le cuentas, no sé, la historia de un elefante con las orejas muy grandes, que todos se ríen de él, y al final esas orejas tan grandes hacen que vuele. Si te lo crees, es tu problema, chaval. Y si le buscas moralejas o segundas intenciones, a lo mejor es que eres aún más tonto, porque de tantas ganas que tienes de creerte la película eres capaz de cualquier cosa, de pensar lo que sea. Si eres tonto, es cosa tuya. Si tienes dieciséis años y aún le das vueltas a todas esas cosas, pues ya sabes lo que te

toca, que te atarán en un parque y ahí te tendrán la noche entera. Pero el autocar saldría...

El autocar salió cuando subieron todos otra vez, como sonámbulos, masticando. Intenté dormir, me quería dormir, pero la voz de Paco Martínez Soria me iba despertando y me cabreaba con la furia que no le había visto al león, ni yo había tenido cojones de tener con quien se merecía y con quien no sabía si se merecía o no. Y creyendo soñar que soñaba, Paco Martínez Soria me decía todas las cosas que pensaba y seguiría pensando, Paco Martínez Soria, Paco Martínez Soria, Paco Martínez Soria...

## 17. UN MODERNO EN MADRID

A las seis de la mañana estábamos en Madrid. Para los anales de la historia, diré que era el 10 de junio de 1980. O sea, que ya hacía su calor por temprano que fuese.

Le pregunté al conductor dónde estaba la calle Altamirano y me dijo que ni idea.

Cuando abrieron las cafeterías, me senté en una de las terrazas y pedí café en plan «¿Qué pasa, macho?», como había visto que hacían algunos madrileños en Galicia. Me senté allí bien sentado y una sola idea ocupó mi cabeza. Y la ocupó toda.

Madrid, desde aquella terraza de café, me parecía bien. Más o menos como Barcelona, la verdad. Hacía calor, ya lo he dicho, pero no estabas sudando desde primera hora de la mañana. Pagué el café, le pregunté al camarero dónde quedaba la calle Altamirano y me dio las indicaciones correspondientes.

Cuando al cabo de hora y media camina que te camina, vi el letrero que ponía CALLE DE ALTAMIRANO, casi se me saltan las lágrimas sobre mis John Smith, una gota tras otra. Cuando llegué al número 24, ya no sentía las piernas. Cuando apreté el timbre del 4.º, 2.ª, era una especie de alucinado.

Cuando, después de llamar diez veces, no contestó nadie, me puse un poco nervioso.

Me senté en el portal a esperar. Eran las diez y media de la mañana. A esas horas mi padre y la Mística, que se habría apuntado a la Operación Rescate, porque una ocasión así no se presenta todos los días, ya estarían haciendo cábalas sobre mi paradero. A lo mejor hasta habrían ido a la policía esa en la que se cagaban tanto y de la que, por cierto, Madrid estaba a rebosar. También a esas horas ya habrían pasado lista en clase y me acordé de que tenía un examen de Historia y hasta me acordé de que iba sobre las causas y las consecuencias del colonialismo y pensé que hubiera aprobado seguro. Me enfadé con Chenta, porque no aparecía y me hacía pensar en la verdad cruda. Y pensé en el pobre King otra vez y en su mal gusto comiéndose lo que queda de las vacas cuando han parido. Decidí ir dando vueltas a la manzana y

cada vez que daba una vuelta, llamaba desde abajo. Así le daba emoción al asunto.

A las cinco o seis vueltas decidí que ya estaba harto de esa manzana y que daría las vueltas más grandes.

Descubrí un paseo, que se llamaba de Rosales, bastante bonito, con unas terrazas como para gente importante. Descubrí también un parque. El resto, ya he dicho, como Barcelona: unas casas más grandes, otras más pequeñas, coches más lentos, más rápidos, y más casas. Las tías iban muy pintadas y con todos los collares del joyero, pero a lo mejor era porque aquel era un barrio fino, que se notaba, o porque abundaba la policía y así cualquiera se despreocupa.

Comí en el bar que me pareció más barato. Cené en el mismo bar. A estas alturas me repito mucho, pero a veces es bueno repetir las cosas porque así la gente las acaba aprendiendo. Y aquí va la idea, que tiene que ver con que yo entraba en un sitio y comía y luego entraba en el mismo sitio y cenaba. Normal, ¿verdad? Pero lo que quiero decir es que si alguna vez llego a ser famoso, no tendré problemas en acostumbrarme a que todo el mundo me mire. Solo que me mirarán con cara de «Pídele un autógrafo», a lo mejor, o con cara de «Es más bajo que en el cine», o algo así. Porque a que siempre me mire todo el mundo estoy y estaré acostumbrado. Tal que si un ciempiés entra en cualquier bar, se sienta a una mesa y come y cena. Que otra cosa no hago.

A las doce de la noche, en casa de Chenta no había aparecido nadie. No sabía muy bien cómo iba el asunto de las pensiones y de los hoteles y de mi edad. Lo único que tenía claro es que, con la suerte que tenía, enseguida se iban a dar cuenta de que me había escapado de casa.

A las dos de la mañana salté la verja del parque.

A las ocho de la mañana un guarda me despertó no muy amablemente y me dijo que la próxima vez me llevaría directamente a la policía, mi única y verdadera amiga.

A las ocho y dos minutos llamé a la puerta de Marta y Chenta. Y me abrió la gemela pastosa de la señora Anita. Es decir, que la señora aquella era como mi vecina de Barcelona, aunque sin el acento aquel tan gracioso de la señora Anita, pero con el mismo que ponía yo al hacerme el fino y que oído así, en su hábitat natural, era también para reírse.

—¿Qué desea, joven? Habrá observado que hay una puerta de servicio.

Además, la chica ha salido a unos recados y, si es usted uno de sus novios, le tengo más que dicho que esperen en la calle.

–Pero ¿tiene más de un novio?

–¿Amparito? Es algo pilingui, sí.

–¿Qué Amparito?

–¡Socorro!

–¿Qué Socorro?

Pero no se refería la vieja a nadie que se llamase Socorro. Lo que hacía era pedir auxilio mientras intentaba cerrar la puerta. Forcejeábamos y me sentía yo un poco un mangui sin necesidad alguna al decirle:

–Mire usted, señora, que no tengo nada que ver con la criada, si es de ella de quien habla. Soy amigo de Vicenta.

–No lo creo probable, porque yo misma soy Vicenta y no recuerdo que haya entablado con usted relación alguna, amistosa o no.

–Me refiero a Chenta. A Chenta Salaverría Panqueque.

–¡Ah! ¡Vicentita! ¿Y quién eres tú, que vas así, disfrazado de conserje de manicomio?

–Soy un amigo de Barcelona. Hace unas semanas envié un paquete con un obsequio y...

Aquí abro una especie de paréntesis mental, como si dijéramos, y sigo hablando:

(–... y, bueno, que me llegó el acuse de recibo, pero ni las gracias, vamos. Y quizá ahora me explico que haya establecido usted un vínculo entre mi aspecto exterior y el manicomio, porque no me extrañaría que algún miembro de su familia, en cualquiera de sus ramas, haya frecuentado ese tipo de establecimiento, aunque no en calidad de empleado, sino de residente. Porque esa forma de antipatía y de ser desagradecido, que en algunas casas se puede tomar por excentricidad y así, de hecho, se hace en los mismos segmentos sociales de los que ustedes forman parte, en otros solo es rareza en el mejor de los casos y motivo de befa en los peores. Porque yo no creo que mi primo Ramoncito, el que se subía a los árboles creyendo ser un ave de buen tamaño hasta que fue tiroteado vilmente, se distinga en alguna de sus manías o rutinas de los miembros de su familia de usted, señora, aunque, eso haya que reconocerlo, sean más guapos por regla general, más pulidos y hasta valiosos si aún existiese el comercio de esclavos y un intercambio masivo con las colonias, que la última española fue el Sáhara Occidental, muy rica en

fosfatos. Ni un duro ofrecerían por mí los tratantes o *slave masters*, lo sé. Aunque usted tampoco está para tirar cohetes. Y hablando de cohetes. ¿Le pareció a usted normal que su sobrina Vicentita, o su nieta, o la forma de parentesco que la una a esa pequeña y escandalosa criatura, lanzase cohetes a los vecinos que hacían barbacoas tras ser explotada en un grupo infantil de nombre Los Gominolas, que es mencionárselo y ponérsele a la muchacha los pelos de punta?, muchacha a la que por cierto le di mis meneos, y esa electrificación capilar guarda sin duda mucha relación una con otra, porque apostaría a que a usted jamás de los jamases...)

Desde que he abierto esa especie de paréntesis le hablaba a una puerta cerrada, que la vieja me la cerró en las narices definitivamente en cuanto imaginó o supo quién era yo. Luego, entre el portero y lo que podría ser su hijo, que en esa familia siempre se buscaban un servicio de lo peor, me pusieron de patitas en la calle. El hijo, que me llevaba medio metro, me dio una colleja. Desistí de pelearme, porque tenía una misión. Me rechazaban, renegaban de mí, pero a lo mejor no era culpa de ella, de Chenta. Y la encontraría. Como que la Tierra gira...

A partir de ese momento, de aquel desaire familiar, que era sin duda una pista, aunque seguía sin saber de qué, me propuse un encuentro cara a cara con Vicentita. Se trataba de no hacer caso a la comparación burlesca de que mi aspecto nuevaolero era semejante al del portero de un manicomio y, enseguida, reforzarme en esta idea: «Tengo que buscar a gente con pinta moderna y seguirla con discreción, así a lo mejor me llevan a algún sitio donde pueda encontrar a Chenta.»

Así que me coloqué en una esquina de la calle Princesa y me puse a esperar a que cruzara por allí un moderno o moderna. A las dos horas, aún estaba en el mismo sitio, quieto como un clavo y oxidado tal que el clavo mismo. A las tres horas y media, pasó una chica que prometía. La chica se metió en El Corte Inglés y luego en su casa, que estaba por allí cerca. Entonces recapacité. ¿Qué hacía yo? ¿Era imbécil yo, o solo parecía imbécil yo? Volví al portal de Chenta. Desafié con la mirada a los porteros. Allí no entraba nadie. Me fui otra vez a la calle Princesa. Nada. Empecé a caminar. Calle Princesa. Plaza de España. Gran Vía. Calle de Alcalá. Gran Vía. Plaza de España. Calle Princesa. Calle Altamirano. Miradas de los porteros. Nadie. Tampoco había visto ser humano ni remotamente moderno, o con pinta algo pop, o nueva ola, o estilo cincuentas, nada de nada. A las ocho de la noche,

pese al peligro que sin duda conllevaba mi merodeo, el portero y el imbécil de su hijo dieron por concluida la jornada laboral. Me senté en la acera de enfrente. Entonces, de pronto, doblando la esquina, vi a un chaval con un tupé tremendo, una cazadora de cuero y un aire así a lo Elvis. Salí corriendo tras él.

–Escucha, escucha... –Yo estaba sin aliento.

–¿A ti qué te pasa?

Supongo que estos rockers cuando se ponen el pijama aún dicen: «¿Qué pasa, tío? Mira qué moto, brum, brum.» En fin...

–¿Tú, por casualidad, sabes dónde va la gente como yo?

–Al manicomio.

–¿Qué os pasa a los de Madrid con los manicomios? –le pregunté al tío, pero el tío se había puesto a andar como si tal cosa dando la conversación por concluida, así, por su lado.

Empecé a seguirle. El tío se dio cuenta, y yo creo que, pese al medio metro que también me sacaba, iba el hombre algo acojonado. Le sonreí para que se tranquilizase y ahí la cagué, yo creo, porque hasta me había dado un poco de pena pensar en el dinero que se había gastado para parecer tan duro y luego...

Mira que sé de los peligros de dar una oportunidad a según qué tipos. Lo sabía, lo sé, pero nunca lo sabré. Y me volveré a equivocar hasta el Día del Juicio mío personal. Porque fue ablandarme yo y él parar en seco, esperar y decirme:

–Tú ya me estás cayendo un poco gordo...

–No, no, un momento... Lo que te quería decir antes es si sabes de algún sitio...

–Ya, ya, donde va la gente como tú. ¿Quiénes? ¿Los gallegos? ¿Los guarros? No sé...

Me miré a mí mismo. Me entristecí. Por dormir en el parque llevaba la americana arrugada y los pantalones manchados de hierba. Además, se me había caído la chapa de los Clash que con tanto orgullo lucía en mi solapa.

–No, no, la gente que le gusta el pop y eso.

–¿Y a mí qué me cuentas? Pues por Malasaña o así.

Y el tío siguió andando. Desde luego, la amabilidad no era el fuerte de aquel simpático seguidor de Elvis con un acento de pijo que tiraba para atrás, que a lo mejor se habla de ese modo en Memphis, Tennessee, que qué puedo saber yo, aldeano...

Pues un cómodo viaje en metro me dejó en Malasaña sin más sobresaltos. Comí un poco, me miraron, aunque menos, señal de que la cosa mejoraba, y esperé a que abrieran los bares y llegara la hora en la que el buscador de Chenta se pusiera en acción.

El horario de los bares musicales suele ser de siete a dos, o dos y media, o tres. En mi primera ronda, localicé, preguntando, mirando y espiando, cinco bares que reunían las características que buscaba. Durante la segunda ronda calculé que tardaba unos veinte minutos en recorrer los cinco bares, rastrearlos y mirarle la cara a toda la gente. ¿Cuántas rondas más tuve que hacer desde las siete y media a las dos y media de la madrugada? Lo han adivinado: veintiuna. ¿Qué resultado obtuve en mi concienzuda búsqueda? Lo han vuelto a adivinar: ninguno. Se da por descontado que lo primero que hice fue preguntarles a todos los camareros de todos los bares por Chenta y por Marta, pero todos me dijeron que no las conocían. Y yo, claro, fui volviendo cada cierto tiempo, y en ese cada cierto tiempo, a la que abría la puerta del local y empezaba a mirar las caras, podía oír las risas de los camareros. Y yo ya empezaba a flipar solo con la posible reacción que tendría la gente la próxima vez que entrase. Me imaginaba abrir la puerta y ver a todo el mundo aplaudiendo y con un cartel: «¡Basanta, campeón, nadie es tan mamón!». Me imaginaba también que habían avisado a Chenta de que alguien se estaba recorriendo esos cinco bares una y otra vez y que andaba buscándola, y que todos jugaban al juego de llamarse por teléfono y decir, por ejemplo: «Acaba de dejar el Pentagrama y se dirige al Escalón.» Y Chenta, entonces, dejaba el Escalón y se iba a La Vía Láctea, y entonces se repetía la jugada y así todo el rato. La situación era bastante ridícula y yo estaba completamente agotado, pero solo la esperanza de encontrar a Chenta y contarle mi aventura, aunque solo fuera eso, sin más explicación, hacía que insistiera una y otra vez, y que una y otra vez abriera las mismas puertas, encontrara las mismas caras y oyera las mismas risas.

A las dos y media empecé a pensar que ese día tampoco la encontraría. ¿Qué era yo? Una bola de millón, de *bumper* en *bumper* chocando. Una hueca esfera de acero hecha persona. Eso era. Me había convertido en lo que miraba, en lo que me gustaba, en lo que quería, en lo que me daba miedo y en lo que sobre todo me daba miedo odiar, y ya estaba odiando por muy lejos que estuviese de casa y también de lo que odiaba de verdad.

Y seguía vagando con esa alegría por las calles solitarias cuando, de

repente, en la puerta del Pentagrama, vi algo que me hizo pensar otra vez en indicios, en seguir indicios, en descubrir indicios en lo evidente: una moto Guzzi igual que la de mi abuelo. Vamos, niquelada que te quedas ciego y llena de adornos y de mandangas, pero, en fin, como la de mi abuelo.

Entré en el bar. No quedaba nadie. El camarero me miró y empezó a negar con la cabeza solo verme. Me senté en la barra y le pedí una cerveza.

–Vamos a cerrar –me dijo.

–Oye, ¿de quién es esa moto de ahí?

–Del jefe. Como la toques te corta las manos.

–No, no, si yo...

Empezaba a irme cuando el camarero me llamó:

–Hey, chaval, ¿quieres la cerveza?

–Bueno...

Me sirvió la cerveza. Me miró. Se había quedado con la copla de mi búsqueda, porque me había visto veintiuna veces aquel día y a lo mejor, sin acordarme de él, o confundiéndolo con otro, le habría preguntado diez o quince veces por Chenta. Entonces me dijo:

–Tardaré media hora en cerrar. Si quieres, puedes quedarte ese tiempo.

–¿Qué debo de la cerveza?

–Nada, te invito.

Apagó la música de los bafles del local y dejó solo el que se oía en la barra. Puso un disco que le debía de gustar mucho y que yo, no es por nada, también había escuchado mil veces. El tío se puso a cantar, que la verdad, daba pena. Y a mí, como el tío me dejaba descansar, me había invitado a una cerveza y, en fin, era amable conmigo sin obligación ninguna, no se me ocurre otra cosa que decirle mientras cantaba:

–No te inventes el inglés, que hace años que está inventado...

El tío no me pegó directamente, aunque un destello a lo Monstruo sí vi en sus ojos. O a lo mejor no era un destello a lo Monstruo, sino de otro tipo. La verdad es que no supe interpretar el gesto.

–¿Y qué dice la canción? –fue lo único que preguntó.

–Pues la canción viene a decir más o menos esto. Resulta que Nick Lowe, el que tú y yo estamos de acuerdo que canta, tiene una novia o novieta. O él cree que la tiene. Y da toda la impresión de que la novia o novieta no deja de hacerle putadas y él clama al cielo, pero sobre todo le clama a ella que por qué, por qué, por qué ese hoy te quiero, mañana vete a saber qué hago

contigo. Y ella se justifica diciéndole que hay que ser cruel y cariñoso a partes iguales, o lo que es lo mismo, ir dando una de cal y otra de arena, que si no eso ni es amor ni es nada. Ya te puedes imaginar lo que encierra semejante conducta. ¿Qué busca ella, amable camarero?

–No me llames camarero, soy barman.

–Pero te puedes imaginar igual qué busca ella, ¿no?

–¿Que le den dos hostias?

–No, un indicio. Pero donde ella ve el indicio, él no ve indicio ninguno. Él ve el indicio de que es un putón o una desequilibrada.

–Lo que te decía.

–Exacto, que tú tienes tu experiencia, con la de barman añadida, sin duda.

–Lo curioso del caso es que la Intrépida, una clienta que viene por aquí y me tradujo también la canción, no me contó nada de eso que me acabas de contar.

–La entendería mal.

–O distinto.

–Será eso...

Y el «Será eso...» dio paso a uno de esos silencios que solo rompe el ruido de las neveras en los bares vacíos, sonido que yo desconocía hasta el momento y, aunque es verdad que trepana el cerebro, tiene su parte lírica si uno se siente con esa predisposición.

Cuando el bar cerró definitivamente, el barman me deseó suerte en mi búsqueda y ya no sabía si me la deseaba de verdad o si quería que me partiera un rayo. Empecé a caminar calle arriba y calle abajo, hasta que me cansé y me senté en el banco de una plaza con una estatua en el centro: un señor a caballo miraba un balcón con unos calcetines tendidos. Al cabo de un rato, un chaval con una cara de cansado como la mía, y con una mochila, que es más de viajar, se sentó en la otra punta del mismo banco. Nos miramos.

–¿Tú también te has ido de casa? –me preguntó.

–Pues sí...

–¿De aquí, de Madrid?

–No, de Barcelona.

–Ah, yo soy de Tarazona.

–Pues buena suerte.

–Pues vale.

El chaval dejó la mochila que llevaba, miró a todos lados y luego me dijo:

–¿Qué te parece si mañana el primero que se despierte despierta al otro? Así nos aseguramos de que no nos pase nada, ni que venga la bofia, ni yo qué sé...

–Hecho –le dije, así, mundano.

Yo hablaba y se me iban cerrando los ojos. La moto Guzzi. Había visto una moto igual que la de mi abuelo. Una moto entre las vacas, dando vueltas por los bares, Princesa, plaza de España, Gran Vía, Alcalá. Todos se ríen de mí. Mira, el Gallego tonto. Quiere hacerse partida en esta máquina de millón, pero es muy difícil. Unos ingenieros americanos han inventado la máquina de millón en la que es completamente imposible hacerse partida: ENCONTRAR A CHENTA Y A MICKEY DA CAT DORA. Así, con un nombre tan largo, se llama la máquina. Y el muy imbécil sigue jugando y se cree que su abuelo cruza los mares en moto y se va a La Habana y se pone a hacer el moderno y busca a alguien que va en moto y se fuga de casa y entonces viene alguien y le pega una hostia, que viene y se monta en la Guzzi y tiene la cara de Paco Martínez Soria, Paco Martínez Soria, Paco Martínez Soria...

–¡Paco Martínez Soria!

El del grito era yo. Y los viejos que tomaban el sol a mi alrededor se empezaron a reír. ¿Cuánto había dormido? En la plaza, las tiendas ya estaban abiertas y la gente iba arriba y abajo. Y yo me ponía en pie de un salto y estaba feliz y contento, porque ya tenía una pista: Paco Martínez Soria.

Tardé unos diez segundos en darme cuenta de que eso no era una pista. Y un minuto en quedarme con que no tenía un duro en el bolsillo, ni en ningún otro lado.

Los viejos me informaron, que para eso están, no para intervenir. «Tu compañero», me dijeron. «El chaval que estaba durmiendo contigo, aquí, esta mañana.» «Un auténtico artista en lo suyo, podría decirse.» «Y te ha dejado la bolsa y todo, que nobles son nobles.»

¡El de Tarazona!

«El primero que se despierte despierta al otro...» Intenté no enloquecer del todo. El caso era encontrar a Chenta y las cosas se arreglarían. Luego ir a buscar al de Tarazona y... Era mejor dejarlo.

La bola de acero dio unas cuantas vueltas más, por darlas, por mirar. Entré en alguna tienda de discos. Busqué un poco al de Tarazona. Volví a entrar en una tienda de discos. Solo se me ocurría volver a la calle Altamirano, explicarle mi situación a la vieja y pedirle dinero, que sin duda le

reembolsaría al volver a Barcelona. Nunca más sabrían de mí. Y en cuanto al dinero... Si pude enviar la minifalda, ¿por qué no podría enviar el dinero? Que era solo un favor, que un chantaje no era.

No pasé de la portería.

Lo volví a intentar. Me gané una colleja del hijo del portero.

Entré en un bar de la misma calle, casi me subí en un taburete y pregunté a la concurrencia si sabían cómo se hacía una llamada a cobro revertido y dónde. Me explicaron que en cualquier cabina, si encontraba alguna que funcionase. Al cabo de unas catorce esquinas encontré una. Iba a marcar el número y entonces la vi.

La moto Guzzi.

Y para mí que la conducía Paco Martínez Soria.

Es una locura. Lo fue, lo es y lo será. Pero a mí eso me decía que el indicio estaba ahí, que tenía que seguirlo, que había conocido al Tachán a través del indicio (¿el barman?, ¿Paco Martínez Soria?, ¿el de Tarazona?). La moto Guzzi con un tío viejo conduciéndola me decía también que había aguantado la incertidumbre: me había dado prisa en llegar hasta Madrid, no me había movido de mi idea. Ahora solo tenía que esconderme entre la gente mientras bailaba la conga.

Cuando vi otra moto Guzzi, que era la misma de la noche anterior, en la puerta del Pentagrama, y vi la aglomeración de un concierto, supe que iba a bailar la conga escondido entre la gente.

Y para la puerta de aquel antro que me fui con mi bolsa de deportes vacía en la mano. Se veía pop-rock en el ambiente, americanas como la mía, aunque menos arrugadas, chapas de grupos molones en las solapas. Bien. Nadie tocaba la moto Guzzi. La señal seguía. Bien. Bien. Bien. Me puse en la cola.

Cuando me disponía a entrar, un señor de gran tamaño me puso la mano en el pecho.

–La entrada –dijo.

Estuve a punto de decirle: «La entrada es esta. Donde estamos usted y yo. Porque por aquí se entra.» Pero no estaba yo, ni él me parece que tampoco, para muchos dilemas ni paradojas, que la Gestapón no habló en vano al transmitir sus saberes filosóficos y tampoco sé por qué digo esto ahora.

–No tengo entrada, caballero.

–Tienes que pagar.

–No puedo pagar.

–Pues no entras.

–Soy amigo del jefe. Yo le vendí la moto Guzzi. Era de mi abuelo.

El tío se puso a reír.

–Así que tú me vendiste A MÍ esa moto.

La situación era desesperada, pero tenía esa calma absoluta de la más absoluta desesperación.

–La verdad es que no, claro. Pero le diré lo que acabo de pensar: «La situación es desesperada, pero tiene esa calma absoluta de la más absoluta desesperación.»

¿Qué más podría decir?

–Anda, pasa...

Era un buen hombre. Como el llamado barman.

En aquel sitio no había un alfiler bailón de lleno a rebosar que estaba aquello. Me puse a otear el paisaje mientras, sobre una tarima, Los Podencos, que así se llamaba el grupo que actuaba, empezaban a colocarse frente a sus instrumentos. Me fui acercando a la barra como pude, para poder apoyarme en el estribo y elevarme aún más. Chenta era bajita y sería difícil verla entre tanto moderno.

–¿Qué? ¿Buscando todavía? –me preguntó el barman mientras servía copas a todo trapo y, no tengo más remedio que insistir, con cierto aire de misterio en la voz.

A mí, en ese momento, que el barman me preguntara algo me daba cierta sensación de importancia. Que todo el mundo se pusiera tan misterioso como yo cansaba un poco al cabo de los días.

Además, como no tenía mucha idea de lo que decía, me encogí de hombros como diciendo «Ya ves...».

Y, sí, la vi. Al poco. Y la vi mucho. Como si ella solo existiera en aquel caos. Llevaba puesta la minifalda de mi madre. Y unas medias rosas y no me acuerdo qué más. Estaba entre un grupo de gente, muy cerca del escenario.

–¡Es aquella! –le dije al barman.

El barman, que después de todo tendría su curiosidad, miró y solo dijo como para sí: «La Intrépida, lo que yo te diga.» Y eso fue lo único que dijo. Y justo cuando me disponía a gritar el nombre de Chenta como un loco, porque, por más señas que hacía, no se fijaba en mí, Los Podencos empezaron su actuación.

Música atronadora, señores. Uno no podía oír ni los pensamientos de uno mismo, aunque no tuviera ninguno.

Yo seguía haciendo señas desesperadas en dirección a Chenta, pero Chenta estaba completamente absorta en la actuación de Los Podencos, un grupo bastante flojito, todo hay que decirlo. Y fue en ese momento, entre el esfuerzo que yo estaba haciendo, entre el calor aquel asfixiante y entre tanta gente y lo poco y mal que había dormido en los últimos días, cuando empecé a sentir una especie de sudor frío nada bueno. Dejé el refugio en la barra e intenté acercarme hasta el escenario para sorprender a Chenta, para tocarla, para darle un beso. Este sí era un reencuentro. Los problemas se solucionarían, acabaría haciendo las paces con todo el mundo y todo el mundo comprendería que yo era un auténtico Hombre-tachán. Que no todo lo que había creído entender hasta ese momento eran las tontas fantasías de un niño. Todo eso se llega a pensar cuando se mezclan los sudores caliente y frío.

Con gestos, a empujones, medio rebotón, le decía a la gente que se apartase, pero no se cabía, uno no podía ni moverse. Y la gente me mecía, me zarandeaba. Y la música sonaba cada vez más fuerte y los que tenía alrededor y casi encima hablaban cosas sin sentido, como al revés, como en el inglés que te inventas. Y los colores eran más vivos y los perfiles de las personas y las cosas iban de aquí para allá. Y Chenta, su imagen, temblaba. Y la imagen que estaba junto a Chenta, un tipo que era el hermano gemelo de Carlos Aguirre, el pelota aquel, se agachaba, le cogía la nuca y le metía la lengua hasta la campanilla. Y Chenta, la Intrépida, la razón de que yo estuviera allí como un pasmarote, en medio de desconocidos en una ciudad desconocida, no decía que no al beso, qué va, y abrazaba al tío que, ahora lo veía claro, si las uvas de la hermana están verdes, las de la pequeña, las de la Intrépida, pues no.

No sé a quién agarré la botella de cerveza con la que di la primera estocada, pero los dientes de Carlos Aguirre se dieron un trompazo con los dientes de Chenta que ni te lo cuento. Todo eso delante del escenario, que hasta los músicos miraban, porque su interés tenía, el drama. Chenta se dobló sobre sí misma tapándose la boca, pero el otro imbécil con la nuca y la boca chorreando sangre aún tuvo curiosidad por saber qué había pasado. Y la cara de Carlos Aguirre a lo mejor era la suya, o la del de Tarazona, o la del Subirana o la de la Mística o hasta la de mi padre, que yo ya no sabía, ni

sabía tampoco de quién era la jarra que tenía ahora en la mano y que era de duralex, por cierto, que el duralex cuando se rompe salta en mil pedazos, y eso lo aprendí en la aldea, que lo repetían mucho mis tías.

Alguien me sacó de allí. Alguien me dio dos jumos y hasta tres. Alguien me llevó no sé dónde, me preguntó si estaba drogado, me empujó a un sitio que tenía una colchoneta y ahí me dormí en serio.

## 18. EL FUTURO ASESINO DEL PECOS, EL PESCADOR DE PECECILLOS Y EL GALLEGO MODERNO

Cuando mi padre me sacó del calabozo de una comisaría cualquiera no sin antes aguantar por puto hippy el choteo de los guardias, paisanos suyos al fin y al cabo, sobre si es que ahora hacían gaitas eléctricas y otras gaitas, valga la redundancia, yo tenía la mar de entretenidos con el llamado Secreto de las Fiestas a un pedófilo que no era tal, sino filósofo, y también a un confeso de futuro asesinato, este sin oficio ni beneficio alternativos. Hasta que atraje su atención pasó un rato. Me explico:

–El pececillo se despierta... –fue lo primero que oí, tumbado como estaba en la colchoneta.

–Como le toques un pelo al chaval, te reviento la cabeza esa de bujarra...

Después se callaron, aunque yo seguía sin atreverme a abrir un ojo siquiera, y así me di cuenta de que estuviera donde estuviera estaba a solas con ese par. En el infierno no estaba, porque éramos muy pocos para tan magno ámbito, creo yo, y porque me dolía todo, pero sin combustión. Además, fuera y arriba, llegaba tumulto de voces y del mucho tráfico.

–Tú eres un bujarra, hijoputa, y por culo te voy a dar –oía yo.

–Si me das por culo, eres tú el bujarra.

–Igual de bujarra que el Pecos, eso es lo que eres.

¿Estaba dentro de una película del Oeste no apta para menores, tanto Pecos, tanto Pecos? ¿Dónde estaba? Abrí medio ojo: una bombilla cagada de moscas, como la de la cocina de los Lechuzos, y dos siluetas oscuras al lado de las rejas, cada una en un extremo. ¿No sabían que era menor? Pues allí me habían dejado, con esos dos. Uno vestido con un Dux de piel de melocotón que ya era antiguo cuando lo llevaban los paletos en las verbenas de Galicia. El otro era calvo, llevaba una camisa como de seda y una barba de collar. Como a lo mejor le habían sacado las gafas para que el otro, o yo mismo, hay que reconocerlo, no le clavara las patillas en la yugular, no veía bien y se notaba. De los dos, con todo, no sé quién le tenía más miedo a quién. El uno al otro por lo que saltaba a la vista de cualquiera, que aquel tipo era como el

Monstruo, pero ya muy evolucionado en su monstruosidad. El otro al uno por lo que representaba, que igual era de buena posición, le hacías algo y metías la pata hasta el fondo.

–¿Te puedes pronunciar acerca del Pecos? –preguntó el de la barba, que también sentía su curiosidad, el hombre.

–¿Tú no sabes quién es el Pecos? Pero si a ti te tiene que gustar...

–Quizá, depende, pero jamás sin mutuo consentimiento.

–El Pecos es el cantante. Y yo he nacido para la desgracia. Me sueltan de la Modelo, y para aquí que vengo a matar al Pecos. Pero que no lo he encontrado. Que lo avisé en un bar y saqué la sirla para decirles lo que le haría al Pecos solo verle. Que en todo el pecho le iba a pinchar y retorcería, raza, raza, que hace más daño. Retorcería y retorcería... Y lo estaba contando y solo contándolo que se me fue la olla de pensar y repensar y ya estaba allí la madera sin haber hecho yo nada, contar solo.

–Escándalo público es eso, si no te vas a molestar... Por idéntico motivo estoy yo aquí. Por llamar pececillos a unos muchachos que siempre se sientan en la puerta de casa. Entraba esta tarde en el portal de mi propio domicilio, y como era calurosa la hora y a ellos se les notaba en las fiebres de la edad y en las hormonas alborotadas, les he preguntado: «¿Queréis agua, pececillos?» Como no tenían nada mejor que hacer, los haraganes, me han denunciado y aquí estoy.

–Pero a ti no te han matado ninguna hermana.

–He de reconocer que no.

–Pues el Pecos mató a mi hermana.

–¿Me hablas de un cantante asesino?

–Mi hermana fue a una actuación del Pecos y allí se murió.

–Fue una avalancha –dije yo desde la colchoneta–. Es verdad. Murió una niña...

–¡El pececillo habla! –dijo el pederasta–. ¿Qué nos dices, pececillo?

–Pasó en Barcelona. En una actuación en Montjuich de los Pecos... Perdona usted... –le dije al otro–, pero los Pecos son dos. El nombre de cada uno no lo sé, porque soy moderno. Pero que son dos, seguro. Y me parece que la pobre...

–Calla, calla... –Y el futuro asesino del Pecos se puso a llorar ahí mismo, que la cabeza se le iba deslizando por los barrotes–. Y yo en el trullo me tuve que enterar, que estaba a punto de cumplir...

–Así que los dos sois de la industrial Barcelona. ¡Barcelona es cara a mi corazón!

–Es muy cara, sí. Pero yo nací en Écija –dijo el del Pecos.

–Y yo soy gallego –añadí, por despistar.

–Parias de todas partes. Eso somos. Aunque me indumente con el dogal de la servidumbre burguesa, también soy anarquista. En nuestras manos está el futuro, parias de la Tierra.

–¡Paria la madre que te parió de la hostia que te doy!

Pero el de la barba de collar no atendía, se limitaba a retroceder y como a recitar, a ver si así se le olvidaba dónde estaba.

–Cada día somos más. Nos multiplicamos, hijos de la revolución. En cambio, los patronos, como los elefantes, como todas las bestias prehistóricas, procrean lentamente...

–Y el último se caerá sobre el Hombre-tachán y estaremos otra vez como al principio.

–Tú no hables de aplastar, joder, que me acuerdo de mi hermana y lo mismo te aplasto antes de que llegue el juez... –me dijo el Pecos, y me callé, y rápido.

–¿A qué te referías, pececillo, con lo de Hombre-tachán?

Así, con la historia que se imaginan, les mantuve entretenidos hasta que abrieron la puerta y me dijeron que saliera.

Me despedí de aquellos dos.

–Eres buen chaval, Pececillo. –Eso me lo decía el Pecos, que ya me había dejado lo de «Pececillo» de mote–. La fulana esa no te merece, lo que yo te diga.

–Ay, Pececillo, deja que te abrace y no me temas. Has remontado el río de la vida, Pececillo. ¡Digo mal, Pececillo! ¡Salmonete! ¡Qué vía crucis de estación en estación y con cuán llevadera y notable fantasía!

Como éramos tan amigos, les di mi nombre y dirección: Ramón Subirana, calle de Pasaje del Parlamento, 60, principal. Que ahí tenían su casa, añadí.

Cuando llegué a los despachos, mi padre se quejaba a un policía de que si no se habían dado cuenta de que yo era menor. Y el policía le dijo, con el Libro de Familia en la mano, y entre chistes de gaitas, que en estos tiempos, y vestido de chaqueta, como iba yo, todo se confundía. Que a ver si aprendía él, mi padre, por cierto, en cuanto a chaquetas. Y añadiendo a mi falta de documentación que al hijo del dueño de Construcciones Aguirre le hubieran

desdentado del todo, con veinticinco puntos en la cabeza además, que aún estaba en observación, y añadiendo el estado catatónico y furibundo en el que se había sumido el agresor, resistencia a la autoridad, etc., etc., el resumen de todo ello, añadió, tampoco indujo a la Autoridad a andarse con miramientos...

Mi única alegría, si se la puede llamar así, es que mi padre viniera solo.

Dejamos Madrid sin decirnos ni pío. Carretera y manta. Ahí se quedaba Chenta para toda la vida. Dos vidas, cuatro vidas, ocho vidas, todo se dividía, como los protozoos, igual de rápido.

Cuando llevábamos unas tres horas de viaje y yo no me atrevía a decir ni que tenía ganas de mear, paramos a comer. Al menos, eso supuse. Y mira tú, casualidades, en el mismo sitio donde tenían el león enjaulado. Se ve que allí paraba todo el mundo, porque fue entrar mi padre y el dueño salir de la barra y saludarle y preguntarle por la música y por todas esas cosas. Que si podíamos comer, preguntó mi padre, aunque el sitio estaba abarrotado y eso que el aroma leonino lo llenaba todo.

Nos subieron a un comedor del piso de arriba. Creo que mi padre le había dicho algo al dueño, porque aquello era como una habitación y solo había una mesa. Además, era rectangular y mi padre estaba en uno de los lados cortos y yo en el contrario, que parecíamos dos lores al salir de la Cámara de los Lores y ponerse a comer. Como para hablar de nuestras cosas en confianza y plena intimidad. Le miré, me miró. ¿Por qué éramos tan patéticos? Eso estaba pensando yo cuando mi padre me dijo:

–No sabía lo de Constanza...

–Natural...

–De eso habrá tiempo de hablar...

–El que quieras...

A partir de este instante, cada vez que yo abra la boca imagínense que a mi padre, comiendo y todo, que más bien era beber que comer, le dan un puñetazo en el plexo solar.

–Al principio creí que habías vuelto a la aldea. Y llamé a casa del cartero, para que fuera hasta la aldea y les preguntase. Imagínate la que se ha armado.

–Te habrán echado la bronca.

Hostia en el estómago. Mirada de mi padre. Trago.

–¿No me preguntas cómo están?

No había caído, la verdad. Y eso no decía mucho de mí como persona sensible. Aunque, no sé, la verdad, yo ya no caía en nada, ni casi nada sabía.

–Estarán como siempre. Porque si el abuelo se hubiera muerto lo habrían dicho, ¿no?

¡Toma en la barriga! Ya no lo digo más.

–Ese está mejor que nunca. Sobre todo después de enterarse de lo que ha pasado...

–¿Y qué ha pasado?

Silencio. «¿Qué va a pasar, imbécil?», me pregunté. Y quise arreglarlo.

–Yo creo que nos odian. A cada uno por su lado, claro.

–Pero ¿a ti quién te odia? Vamos a ver... ¡A ti no te odia nadie! Nadie te persigue, nadie te obliga a nada, siquiera. Y estos son los resultados...

–La Mística me perseguía.

–Eso ni siquiera iba contigo... Mira, cuando llamé a Galicia, después de todo el follón, que allí telefoneas y se entera todo el mundo y eso es lo que más les duele a tus tías y al viejo... Dejando aparte eso, me contaron que esos días los Lechuzos andaban cortando árboles para ensanchar un campo. Y en un castaño viejo se encontraron con una inscripción. Fueron hasta casa a preguntar qué decía. Era tu nombre y la fecha en que te fuiste de allí y no sé qué más. Y las tías les dijeron que no lo cortaran. Así que ahí está el árbol con tu nombre para cuando quieras volver...

–La verdad es que no quiero volver a ningún sitio.

–Estupendo. Te quedas aquí con el león... –Dicho esto, que ya no correspondía mucho a la edad que yo tenía, ni a mis últimas acciones, mi padre siguió con la campaña publicitaria de que todo el mundo me quería–: Además, te han estado llamando...

–¿Quién? –Y yo aún me imaginaba...

–Una tal Laura.

–Ya ves...

A lo mejor la zorra aquella de Chufo quería que pasase otra noche al raso. Y ya iban demasiadas. O a lo mejor la pobre no tenía ninguna culpa y se quería excusar, pero a mí qué más me daba.

–Parece buena chica esa Laura...

–Sí, y guapa. Y como dicen los castellanos, más lista que el hambre...

Mi padre será despistado, pero ahora sabía pero que muy bien de qué le hablaba. Y no entendía nada de nada. Por lo menos al principio. Y luego creyó que entendía y empezó a cabrearse mucho. En silencio, eso sí.

–Mi madre también se escapó de casa, ¿no?

Silencio profundo como los abismos del tiempo, si sacamos los camiones que iban y venían por la general.

–Era una situación tan distinta que no tienes ni el mínimo derecho a mencionarla.

–Y luego a Londres, a haceros hippies o lo que fuera... Y, por cierto, no se te ocurrió pensar que a lo mejor me había ido con los otros abuelos. A conocerlos. Al sitio ese de Cuenca...

–¿Y a ti quién te ha contado eso de Londres?

–Los billetes de avión... La foto... Las cartas en la caja de puros...

Mi padre se levantó de la mesa. Y tal como estaba se dio un cabezazo en toda la pared que saltó un cuadro de unos perros cazando a un ciervo. Un señor y una señora, que para mí que eran cocineros, entraron en el comedor aquel como si hubiesen oído un cañonazo. Sin decirles ni una palabra, con la frente sangrando, mi padre salió de allí. Fue al poco, y después de algunas exclamaciones de todo tipo, cuando oí el rugido del león, que olería sangre. Y oí que uno que estaba abajo y que, por supuesto, no se enteraba de la copla les decía a todos en el bar, y yo creo que uno a uno, que hacía tiempo que el león no rugía.

A través de la ventana vi cómo mi padre salía a la carretera. Para mí que se iba a tirar delante del primer camión. Y tuve miedo, lo reconozco. Pero no. Solo cruzó al otro lado, se deslió el pañuelo ese de colores que llevaba al cuello y se secó la sangre. Luego estuvo un rato agachándose, cogiendo unas piedrecillas y tirándolas al campo, de espaldas a la carretera y a mí y al mundo. Porque daba pena aquel campo, que vete a saber qué salía de allí, que aquello no daba ni para pipas. Luego vi cómo mi padre le preguntaba algo a uno o a una que yo no veía desde mi ventana y que debía de estar al lado de la jaula del león. Echó a andar hacia el pueblo, que también era de esos pueblos que los confundes unos con otros.

Al cabo de un rato, subió un camarero a preguntarme si quería postre. Qué bueno.

Al cabo de más rato, subió el mismo camarero a decirme que mi padre me esperaba en el coche.

Llegué al Coupé. Me subí. Miré a mi padre. Se había rapado la cabeza. Del todo.

## 19. ESTOY MUERTO Y NO LO SÉ

Antes de llegar a Barcelona, y mientras conducía a toda velocidad, que el miedo aumentaba, mi padre solo abrió la boca una vez y fue cuando paramos en una gasolinera.

–Tus abuelos, los de la otra parte, los de Sisante, no sé si están vivos o muertos. Pero ellos creen que estás muerto. Que tú estás muerto. Es lo único que te voy a decir sobre eso. Ahora, si quieres, te vuelves a escapar y montas el número...

Hay gente que piensa que estoy muerto... Unos abuelos que tengo o tenía, parece, y quizá una tía, porque al menos había otra tía, que aquello de mi madre sonaba a familia numerosa. Bueno, en cualquier caso, para mucha gente es como si estuviera muerto. Si me lo pongo a pensar muy serio, para la mayoría del mundo es como si no existiera, y para la minoría del mundo que me importa, o me importó, o yo qué sé, es mejor que nunca hubiera existido. Porque además existí para ellos poquito, una pizca, unas tardes, una noche, y luego a lo mejor me puse a existir demasiado.

Pero volvamos al asunto de mi muerte. Porque también es verdad que mi padre no había dicho: «Creen que no has nacido.» Eso no lo había dicho, sino «Creen que estás muerto». Debí de morirme en algún momento. Debí de morir con mi madre, con ella, al nacer. Con la una se fue el otro. ¿Qué si no? ¿Seguro que la Tierra gira?

Llegamos a Barcelona. La calle seguía igual: edificios más altos, edificios más bajos, coches y más coches. Y semáforos y señoras gordas y tiendas y gritos y estatuas y gente que para mí estaba muerta y me daba igual que hubiese nacido o no. El verano se acercaba y muertos como estaban todos parecían algo más contentos y los niños jugaban a la pelota y las chicas iban de un lado para otro con algo que hacer, seguro, y el mundo parecía ocupado y todo tenía un orden extraño y, a la que superé la noticia de mi muerte, me puse a pensar otra vez en Chenta, pero no en nada particular que Chenta hubiese hecho o dicho, sino en Chenta en cada casa y en cada coche y en cada paso de cebra. Era como si lo de Madrid, lo que verdaderamente pasó en

Madrid, la conclusión, vamos, no hubiese pasado nunca. Y creo que mi padre tuvo que subirme a casa en brazos, si es que pudo conmigo él solo.

A lo mejor dormí dos días o tres. Y más que hubiera dormido si no me despertan a la vez el teléfono y la trompeta.

El de la trompeta era mi padre con la cara pintada de negro. Y cantaba imitando a Louis Armstrong. En lo que yo había oído, no lo hacía nada mal, pero a mí Louis Armstrong me daba miedo. Aclaro eso. Me había dado miedo, y cuando uno despierta y no sabe ni quién es ni dónde está... Porque si de pequeño me hubiesen dicho: «Cómete eso o vendrá Louis Armstrong», me lo como todo. Y a lo mejor me lo decían y no me acordaba, porque en la aldea... O a lo mejor mi abuelo... No lo sé... Además, ese no es el asunto, claro. Ni siquiera que mi padre cantase con mucho sentimiento la canción y los tonos de la trompeta le sonasen limpios y además, si eso es posible, y es posible explicarlo así, le estuvieran arrancando un brazo a la vez, que hacía cuando emboquillaba y soplaba que el aire saltase en pedazos, no como el «Mails» dichoso. Y decía mi padre en inglés, que eso lo entendía, que qué había hecho él para ser tan negro y estar tan triste. O para ser tan negro y azul a un tiempo, según se mire, y hay que mirárselo, si te pasa. Y los vecinos llamando. Por encima, por los lados y yo creo que también desde la acera de enfrente. El teléfono no dejaba de sonar y era raro ver a mi padre no haciéndole ni caso, porque siempre que sonaba el timbre dichoso saltaba encima del aparato como un leopardo, por los bolos o por las novietas. Pero eso, claro, ahora tampoco era el caso. Eso ahora a mi padre le daba igual. Él a cantar como Louis Armstrong, a tocar como Louis Armstrong, a poner cara de Louis Armstrong, que fácil no es, y se me escapa si a estar tan borracho como Louis Armstrong, que creo que no, y eso lo digo en favor de Louis Armstrong, si vive, que ni lo sé ni me importa, ya que «la ignorancia, la apatía y la muerte» es el tema, como si dijéramos, de esta parte de la redacción.

De repente, como a media nota, va el tío, mi padre, y sin dejar de mirarme con esos ojos blancos y desquiciados se para. Y se me queda mirando y mirando hasta que el teléfono deja de sonar y los vecinos dejan de aporrear las paredes y yo ya me había levantado para explicarle a la señora Anita que tenía toda la razón del mundo, que yo era un poco bruto, y desde luego raro, poniendo la música a esas horas, que me perdonase, que la quería mucho, aunque poco se lo hubiese demostrado hasta la fecha. Adiós.

Al volver a la salita, mi padre y su cara pintada me seguían mirando con algo parecido a aquella Mirada, a la Mirada de los empollones de mi clase. Pero era mi padre y estaba sentado en el sofá con una trompeta en una mano y una botella de Jaimie 08 en la otra. Entonces me suelta:

—¿Por qué no te ríes nunca? ¿Por qué ni siquiera sonríes?

Luego me ordenó, y esta vez en un tono nada hippy, que se distinguen rápido, que le pusiera un whisky. Marchando. Y que me pusiera yo otro. Y se puso a hablar. Y hablaba y se callaba y volvía a hablar mientras fuera amanecía y los coches cada vez hacían más ruido y el sol subía y se iluminaba la salita. Y farfullaba mi padre. Desde el primer momento farfullaba. Pero no fue farfullando cada vez más. Y por mucho que farfullara se le entendía todo. Todo, todo.

—Tú, hijo mío, si me dejas que te llame así, eres fruto del amor. Así de hippy suena, pero ya ves y más que verás. Eres fruto del amor de tu madre por ti y del amor de mí por ella. Hasta ahí puedo explicar y hasta ahí puedo decir que algo no encaja ni encajará nunca.

El teléfono volvió a sonar y dejamos que sonara como si los dos dijésemos, vale, un respiro, pero que acabará seguro cuando vuelva el silencio.

Y el silencio volvió.

Ya he dicho que mi padre, ahí tirado, parecía tener todo el tiempo del mundo, pero con esa cara no le deseo a nadie lo de tener tanto tiempo. Y no sé si fue mientras aún sonaba el teléfono, o volvió a sonar, o empezó el silencio, o el silencio esperaba a que mi padre siguiera hablando cuando le vi otra vez en la carretera, enfrente del bar del león enjaulado. Y vi la tierra amarilla y el aire vacío y la pinta de mi padre, pero también mi pinta. Como dos payasos, tan lejos de cualquier sitio, como el abuelo en Cuba, o cualquiera en cualquier sitio. Cualquiera que hubiese intentado algo que no sé y no sabré nunca decir qué es. Lejos del sitio donde has nacido, o sobre todo cuando estás en el sitio donde has nacido. O se supone que estás muerto.

Fui al lavabo y cogí algodón. Arrojé a mi padre en el sofá y se dejó. Cogí mi propio whisky y lo empapé en el algodón. Empecé a despintarle la cara, que olía a betún que echaba para atrás. Pero él seguía hablando:

—Tu abuelo te contó alguna vez el Misterio de las Juergas, ¿a que sí?

—¿El Secreto de las Fiestas...?

—Ahora se llama así, bueno. Menos mal que el dichoso nombre ya no cambiará nunca.

Otro silencio, que te pones a bucear y no llegas al fondo. Pero volvía:

–Claro que seguí el indicio, Daniel. En cuanto la vi. En un pueblo cualquiera al que ni siquiera tenía que haber ido y en una orquesta en la que me enrolé a última hora. Ahí abajo estaba. La Tachana. Y claro que la convencí para que siguiéramos el indicio, para que el mundo no nos alcanzara. El médico dijo que corría peligro. A Londres se iba a lo que se iba. Llegamos y tu madre no quiso hacer lo que se supone que íbamos a hacer. Que tenía un buen presentimiento, que aguantaría la incertidumbre. ¿Te cuento más? ¿Quieres saber más, gran hombre?

–No... –le dije mientras salía corriendo al lavabo a por más algodón.

–Pues eso, valiente... –Y así como así, aunque a lo mejor no, cambió de tema–: ¿Nunca te has dado cuenta, ni al volverlo a pensar, porque seguro que lo has pensado mil veces, que en la historia de tu abuelo siempre falta algo? No algo que se le haya olvidado, no. Algo que siempre evita mencionar y, según es él, le volverá loco no poder inventarse nada sobre eso. Siempre suelta el rollo de los filipinos. ¿Le preguntaste sobre eso al tirano de los cojones?

–Solo te queda la herida de la frente... Y el olor, que con una ducha...

–¿Me quieres contestar?

–Sí. No. Te he contestado que no.

–Eso tampoco fue demasiado valiente. Con salir pitando... Si te digo la verdad, que te la imaginas, yo tampoco me atreví nunca. ¡Los Huracanes! ¡La conga! ¿Tú te crees que ese hombre...? Me quedo con lo mejor... Nunca conoceré a mi padre, ni tú me conocerás a mí, y siempre igual, venga, venga y venga. ¿Me tengo que seguir echando la culpa? ¿Y luego me tengo que echar la culpa de que, en verdad, todo han sido excusas y solo son excusas para seguir bebiendo, para seguir de juerga, para seguir con esta vida? Pero ahí estás tú. Y no eres precisamente un bebé sonriente. Eres otra cosa. Un bicho raro, eres. A mí me dejaste de recordar a tu madre en cuanto te envié a la aldea. En cuanto te vi con ellos. Ya eras su mundo. No aquel otro que duró nada... ¿También me tengo que echar la culpa de eso?

–No...

–Pues sí, me la echo, ¿qué pasa?

Y el teléfono sonaba aquel día que yo creo que nunca ha sonado tanto en aquella casa. Y, claro, dejó de sonar, porque no había fuego ni había nada,

salvo lo que había. Y lo que ahora había era una serie de bolas extra con lo de la culpa.

–¿Me tengo que echar la culpa? –Era la vigésima o yo qué sé vez que lo repetía.

–Que no...

–No me trates como a un mierda. Me la echo, claro que me la echo, para eso estamos...

Entonces cogió la trompeta entre las manos y dio una nota larguísima. Pero esta vez nadie se quejó. A mí me daba pavor que se pusiese a cantar otra vez. Y me daba corte decirle que salía a dar una vuelta. Además, el hombre hablaba y hablaba. Conmigo.

–Dejo la música. Empiezo a dar clases a partir de septiembre. Un horario normal, una rutina. Aunque ahora tú no entiendas una mierda de lo que te digo, te lo digo igual. No te pido ni te pediré nunca nada a cambio. Ni que mejores, ni que te apliques, ni que seas sincero... No te pido ningún esfuerzo, porque en el fondo no quiero nada de ti.

Dio otro trompetazo y dijo:

–Distancia... Aguantas aquí conmigo hasta que seas mayor de edad y luego ya veremos...

Como por lo visto yo me encogí de hombros, un poco chulo, y como me vio y se dio cuenta, me soltó:

–Te jode que sea tu padre, ¿verdad? Un puto hippy, que dicen ahora los modernos. Mira qué te han hecho, los modernos... Yo también fui moderno quince días... ¡Bah! Un puto hippy de aldea. Y, claro, alguna vez has soñado, así como sin soñar, que eras el hijo del rey del acero. De Rockefeller...

–El rey del acero era Andrés Carnegie...

–Sí, pero yo tuve la música y tú solo tienes la mierda de las máquinas tragaperras esas. ¿Quieres coger el puto teléfono?

De tanto oírlo, ni me había dado cuenta de que había vuelto a sonar. Y por lo visto no me había dado cuenta de nada. Así que le dije:

–Levántate si puedes y cógelo tú.

Se levantó como el viejo que era. Contestó y la voz se le emplastaba entre las sílabas y las palabras y las frases, que de repente ya no le entendía ni yo. De pronto, dejó caer el auricular y ahí se quedó, colgando el auricular y dando vueltas... Y, antes de meterse en su habitación, me dijo:

–Es para ti.

## 20. ¿ALGUIEN ME EXPLICA QUÉ ES EL SECRETO DE LAS FIESTAS?

A Laura le tuve que explicar las serias dificultades que teníamos con el nuevo mayordomo filipino. Se lo tomó a risa y hasta se puso pesada con quedar. ¿Por qué? Porque sabía lo que había pasado aquella tarde con Subirana, Julia y la Bestia o el Monstruo ese que acababa de atracar un banco y se lo había llevado la policía y él había contestado que atracar bancos le ponía más que el churro media manga. Ecos de sociedad. Muy bien. ¿Y qué? Que desde ese día yo no había vuelto a aparecer por clase, que ella se había interesado por mí, y mucho, y le costaba decir esas cosas. Ni había aparecido por la discoteca, ni por ningún otro sitio, que de mí se contaban cosas muy raras. ¿Entonces? Que no sabía cuánto tiempo fue, y eso era lo raro, con perdón, pero el caso es que aquella hora que había estado hablando conmigo en el parque era lo mejor que le había pasado en mucho tiempo siendo, la verdad, yo como era. ¿Era eso penita? ¿Era yo el tema de algún trabajo de COU? Ninguna penita. Ahora mismo me daba su dirección y quedábamos delante de su casa por la tarde. Que no podía quedarse mucho, porque estaba de exámenes de selectividad, pero que quería verme un momento, sobre todo ahora que me había encontrado.

En cuanto me puse una camisa limpia y una chapa de los Sham 69, salí de aquella casa como un fantasma, con el ronquido de mi padre en el ambiente y la trompeta abandonada en el sillón.

Ya me pasó al llegar, pero fue pisar la calle y pensar en Chenta. En esa calle por la que pasaba, en ese árbol en el que se apoyaba para fumar despacio y preguntarme dónde íbamos esa tarde o esa noche, aunque ahora en ese mismo árbol un perro meara tan campante, y yo siguiera pensando en Chenta como un todo que representaba lo que más me gustaba del mundo y lo que menos, que me asustaba saber qué era lo que más y lo que menos me podría llegar a gustar en el mundo y lo cerca que estarían una cosa de otra. Y pasaba por delante de su portal y la veía salir de ese portal, o entrar, y yo entraba o salía con ella, o le daba un beso, levantaba la mano y me iba a casa, o me quedaba mirando cómo caminaba y entraba en un bar a comprar tabaco

y salía asomando la cabeza y se ponía a reír por nada. Porque yo la estaba mirando como un imbécil, por nada. Y Chenta dejó de ser muchas cosas y muchas ideas para ser solo Chenta otra vez. Y seguía pensando en Chenta después de lo que me había hecho, aunque a lo mejor no había hecho nada. Y pasaba por los futbolines y alguien me cogía del hombro y era el Daza y el Daza me decía que dónde me había metido, que los habían expulsado a todos, a «todos los enrollados del colegio», que no veas la que se lió el otro día en Chufo, que tuvieron que encender las luces, y habían llamado a la policía, porque se juntaron los del Carmelo contra el Monstruo, porque el Monstruo le había pegado a uno del Carmelo, y eso fue el día anterior a lo del Monstruo y el banco, que eso sí que ha sido fuerte, que en la Prote lo tienen, pero que no se lo dijera a nadie, que era un secreto, me dijo el Daza, un secreto, y yo no pensaba decírselo a nadie, porque no estaba escuchando al Daza, sino que estaba pensando en Chenta. Y en que los dos estábamos muertos y muy vivos a la vez, aunque yo hubiese quedado con una chica que no estaba mal y hubiese sabido esa mañana que el mundo está lleno de listillos y que yo había sido uno de los más penosos, y que seguro que había otras formas de enterarse.

Mira que Chenta se disfrazaba, aunque nunca parecía que se hubiese vestido a propósito de nada. Pues ahí, a lo lejos, estaba Laura, en un portal de la calle Urgel, que se había vestido «para quedar conmigo». Y mira que Chenta guapa, guapa, lo que se dice guapa, no era, y además estaba lo otro, y que Laura le daba mil vueltas. Pues Laura, tal como me iba acercando, parecía una pieza de museo. Acababa de pensar que nunca sabría lo que me gustaría de verdad ni lo que odiaría. Pero, joder, Laura no me daría nunca lo del millón, lo que Chenta me dio con el primer millón, la primera partida que nos hicimos juntos. Y esto no es de raros, que es de locos, lo que luego me quitó. No me daría en vete a saber cuánto lo que Chenta me había dado en una tarde. Pero la selectividad la pasaba, seguro. Y encontraría a alguien mejor que yo por arriba, por los lados y por abajo. Y no hablo en cachondeo. Seguro.

—¿Cómo estás? ¿Vamos a algún sitio?

—¿Qué haces aquí?

Un momento. Las primeras preguntas, en buena lógica, son de Laura. Hacia mí, vestidita para mí, mejor que yo en todo. La segunda es de su padre, que llegaba de trabajar en ese mismo instante, la miró, me miró, sacó sus

conclusiones, la cogió de la cintura como si fuese su novio de toda la vida y la metió en el portal de su casa. Ella se despidió de mí con un entornar de ojos, y le dijo a su padre que no iba a casa, sino a clase, que se tenía que ir, que le juraba que solo iba a hablar conmigo cinco minutos, que si alguien, ahora que estoy escribiendo esto para matar las vacaciones, quiere entenderlo, que lo entienda. Cuando Laura estuvo lejos y fuera de mi peligrosísimo alcance, el hombre aquel padre de Laura, por llamarlo de alguna forma, se me quedó mirando, y mientras me miraba a los ojos me miraba a la vez de arriba abajo, y, la verdad, no sé cómo lo hacía. Mientras yo andaba pensando en eso y en lo demás, el tío me suelta:

–¿Cómo te llamas? ¿Sham Sesenta y nueve? –Y se rió de su chiste que casi se muere.

–Daniel Basanta, para servirle.

–Mira, Daniel. Laura tiene exámenes de selectividad a partir de la semana que viene. Además, hemos tenido malas experiencias con ciertas amistades. Tú pareces un buen chico... No es nada personal. Y una pregunta, ¿no tienes que estudiar?

–¿Usted es normal?

–¿Qué?

–Sí, es que, a partir de ahora, cuando oiga la palabra «normal» voy a pensar siempre en usted. Y no me gustaría equivocarme.

El tío flipaba, lo juro.

–Somos una familia muy normal.

–Me alegro. Como la mía. Dígale a Laura que suerte en los exámenes.

Que me cerraran la puerta en las narices no era ninguna novedad. Pero no sé por qué había dejado de importarme y en ese momento estaba queriendo mucho a mi padre. Y odiando a todo el mundo, incluso a mi padre. Y, en fin, para qué negarlo, hasta los quería a todos un poco por ser como eran. A los vivos y a los muertos.

Como al viejo ese que me encontré bajando la calle. Ese viejo que mira las televisiones de las tiendas de televisiones. Todos conocemos a un viejo así. El viejo miraba una película y pasaba el rato, ahí, en plena calle. Y me puse a mirar lo que miraba. Y lo que vi fueron dos, tres, cuatro, muchos televisores emitiendo la misma película antigua. Una película en blanco y negro con hombres y mujeres con cara de película antigua, todos iguales, y el viejo que estaba mirando los televisores me miró y me dijo así, pum:

–Los jóvenes no sabéis nada. –Eso fue lo que me dijo el viejo.

–A lo mejor –le dije yo.

–Pero es que nada.

–Pues vale.

–¿A que no sabes qué baile es ese? –me preguntó el viejo, ya en plan vacile definitivo.

–La conga.

Porque era la conga. En esa película en blanco y negro estaban bailando la conga, y todos estaban tan contentos sin pensar en Chenta ni en nadie, ahí, retratados.

–¿Y tú cómo lo sabes?

El viejo, todo sea dicho de paso, se había llevado un corte.

–Mi abuelo estuvo en Cuba y organizó una orquesta conocida mundialmente: Los Huracanes.

–No los conozco.

–Pues debería. Mi abuelo hizo giras internacionales y estuvo actuando en los locales de más lujo y de más clase. Y me enseñó a bailar la conga como nadie.

–¿Como nadie?

–Como nadie.

–No me lo creo. Y no me lo creo porque yo también fui un gran bailarín de conga, allá por los años del estraperlo.

–Pues vamos a probar.

–Pues adelante.

Así que cogí al viejo de la cintura y me solté a tararear la conga, a hacer el vibrato con los labios, y empezamos a bailar en medio de la calle y a dar saltitos en los compases pares. Y una señora gorda que aún no se había metido en su portal correspondiente pasó por delante de nosotros y dijo:

–¡Anda! ¡Pero si están bailando la conga!

Y la señora gorda se puso detrás de mí, y antes de que nos diéramos cuenta ya estaba bailando con nosotros. Y pasamos también por delante de un quiosco que estaba cerrando y el quiosquero dijo:

–¡Ostras!

Y ya se colocó detrás de la señora gorda mientras gritaba:

–¡Conga!

Y nuestra serpiente recogió a un urbano que nos juró que estaba fuera de

servicio, a un borracho que en ese momento salía de un bar y le pareció muy bien bailar la conga, y a un grupo de chicos que se estaba fumando un cigarro sin decirse gran cosa, y a una chica que venía con unos folios bajo el brazo y me preguntó:

–Pero, Daniel, ¿qué haces ahí?

–Hola, Laura, pues ya ves. Aquí, bailando la conga. ¿Te apetece?

–¡Pues claro!

Entonces le hice un sitio a Laura delante de mí, y a Laura no se le daba mal, pero que nada mal, bailar la conga, liberada ya del mastuerzo de su padre. Y Laura, de tanto en tanto, volvía la cabeza y me miraba y sonreía. Laura solo sonreía, no reía, como la otra. Y tenía una sonrisa preciosa, hasta cuando dijo:

–¡Raro, que eres un raro!

Allí en la calle ya era un montón de gente la que bailaba la conga. Y yo ya estaba pensando en que ir caminando hasta la casa de Laura y pararme en la tienda de televisores era el indicio. Y que ponerme a bailar la conga era seguir el indicio. Y que había encontrado a la Mujer-tachán a través del indicio...

Y lo que tenía más claro que nada es que nunca se termina el Secreto de las Fiestas. Y ni sabía ni sabría lo que era. Lo reconozco.

## NOTA DEL AUTOR

La primera versión de *El Secreto de las Fiestas* se publicó en una colección juvenil en el año 1997. Ante todo, quiero expresar el más sincero agradecimiento a mi editora de entonces, Norma Sturniolo, por su aliento, su esfuerzo y el devolverme la alegría de escribir en una temporada no muy fácil. Ahora entrego una segunda versión, notablemente corregida y crecida, pero no aumentada. La pregunta que cualquiera se haría, que yo mismo me hago, con alguna curiosidad y la inevitable sorna, es: «¿Por qué?»

Solo acabar la novela supe que la historia, dentro de sus límites, aún poseía capacidad para que la egocéntrica voz adolescente de Daniel Basanta, a veces ágil, muchas veces torpe, siempre vulnerable y lacerante a su pesar, como la edad misma que representa y los futuros que intuye, se desarrollara con mayor fuerza para dotar de hondura y de relieve a trama, acción y personajes. Era necesario también que el autor se abandonase a las condiciones de su propio juego con suficiente coraje para ofrecer la ambigüedad, la entereza y la honestidad necesarias, sin olvidar por el camino el impulso vital de su primera propuesta. Convertir, en definitiva, el mismo relato de adolescencia en una lectura adulta y cumplida.

Existe otra razón importante para mejorar la novela y darle vuelo: *El Secreto de las Fiestas* es, de mis libros, en el que más me reconocen los amigos de siempre. Una razón nada literaria, desde luego, y nada autobiográfica, por extraño que parezca. Aunque saben de sobra el final de la aventura, me sentiría muy satisfecho si este nuevo intento aún les gustase más.

FRANCISCO CASAVELLA

Edición en formato digital: junio de 2018

© Francisco Casavella y herederos de Francisco Casavella, 1997, 2006

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2018

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3956-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)

[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)